

Gonzalo Calvo

margen

ESPAÑA
EN
MARRUECOS



1910 ~ 1913



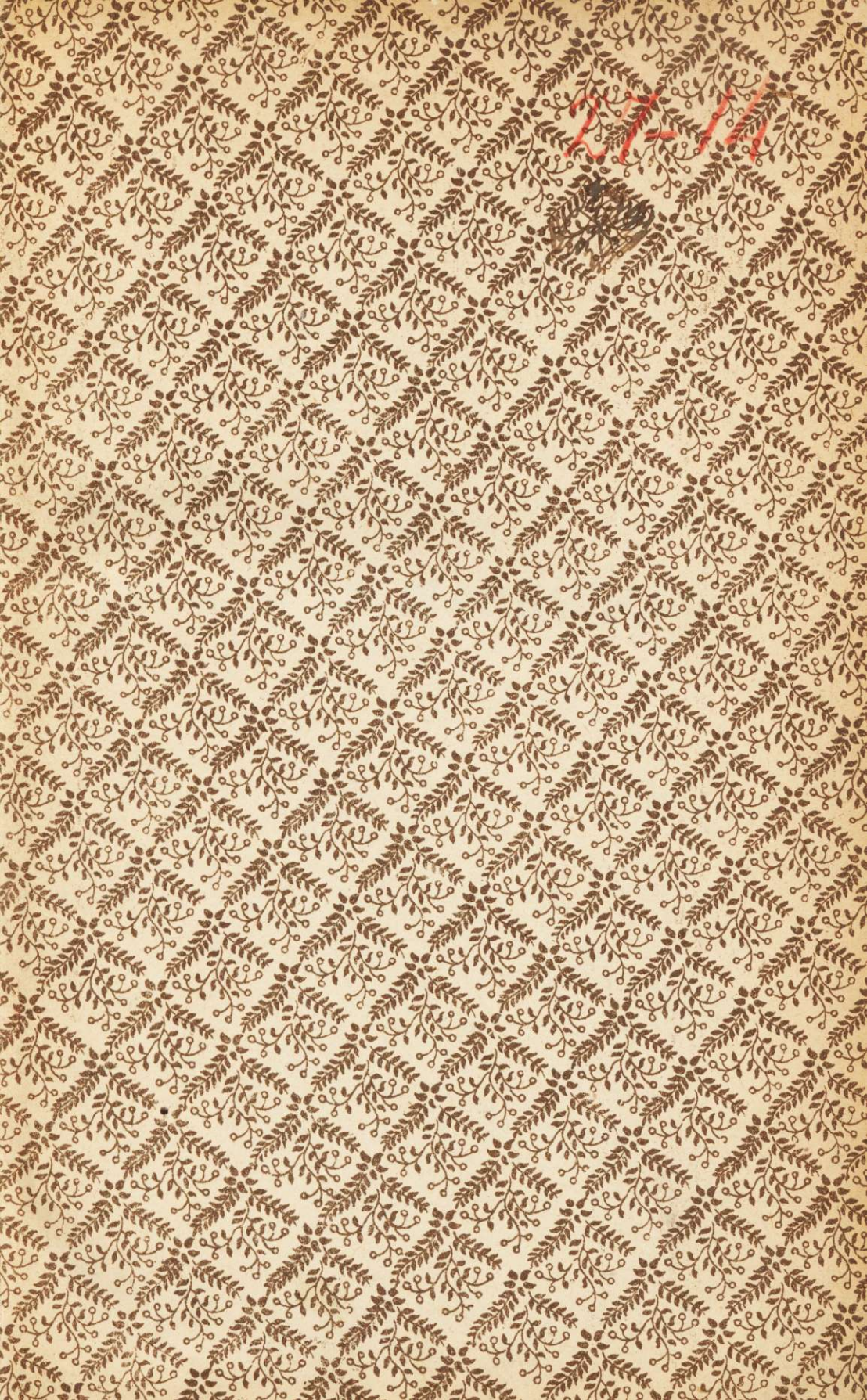
Biblio
Clasifica

Número



BIBLIOTECA CENTRAL MILITAR

Inscripción... { Folio.....
Número.....
Clasificación... { División.....
Subdivisión.....
Colocación VII { Estante.... 8
Tabla... 3a
Número.... 20



1913

125

BDE-10484

ML-R-373-A

1913 / 125

Guerra

27-9/14

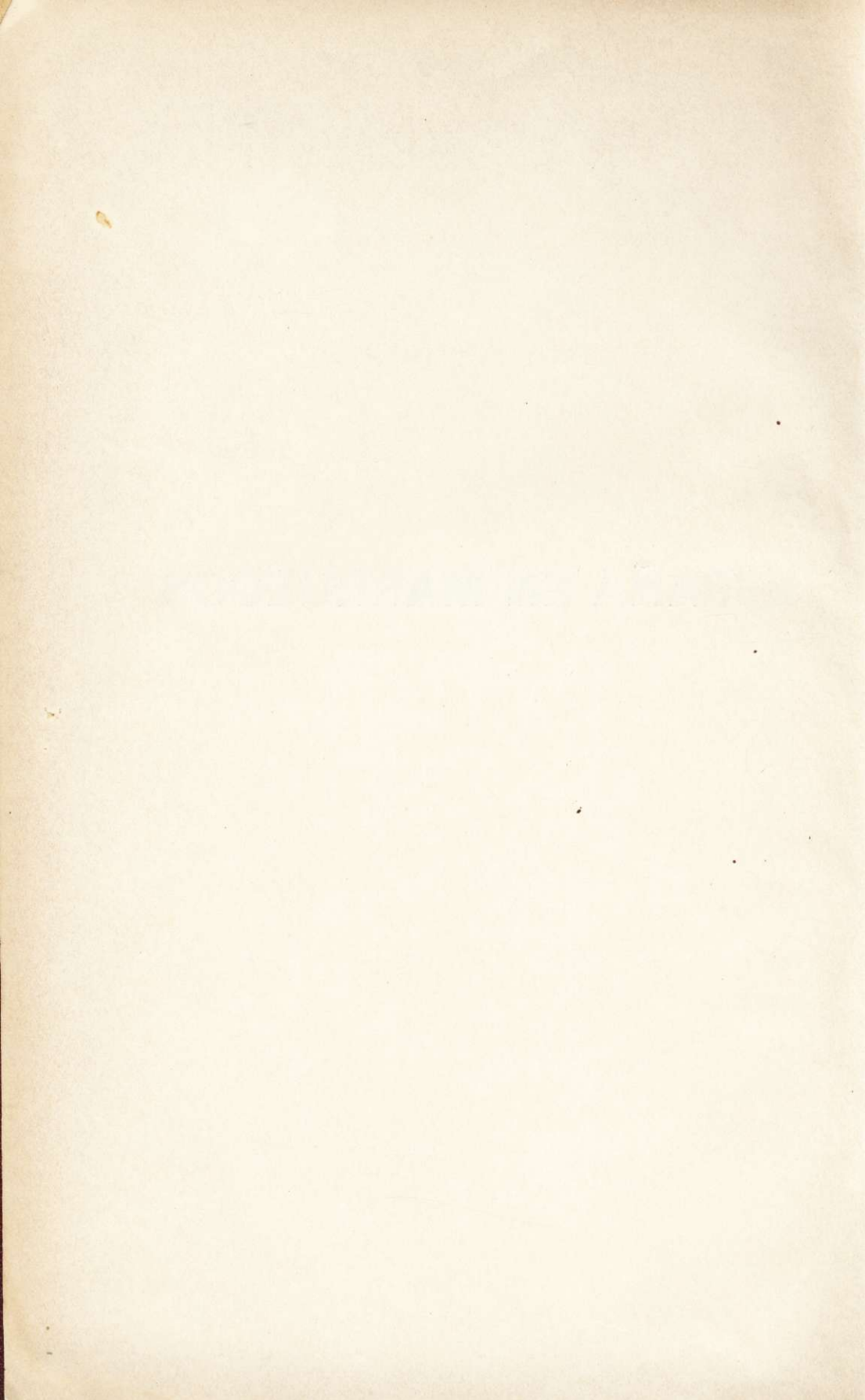
L. 10

6-50

8-3

M. 11

ESPAÑA EN MARRUECOS



ESPAÑA EN MARRUECOS

—— (1910-1913) ——

Acción de España en las regiones de Larache,
Alcázar, Ceuta y Melilla

CON EL RELATO DE LA

Campaña del Rif en 1911-1912

POR EL

TENIENTE CORONEL

GONZALO CALVO

JEFE DE ESTADO MAYOR DE LAS BRIGADAS 3.^a Y 2.^a DE CAZADORES
EN LAS CAMPAÑAS DEL RIF EN 1909 Y 1912 RESPECTIVAMENTE

Edición ilustrada con 237 grabados



BARCELONA

CASA EDITORIAL MAUCCI

Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena 1903, Madrid 1907, Budapest 1907
y gran premio en la de Buenos Aires 1910

MALLORCA, 166

BUENOS AIRES, Maucci Hermanos, Sarmiento, 1057 al 1065

ES PROPIEDAD DE ESTA CASA EDITORIAL



Dedicatoria

Al ilustre y distinguido Teniente General, modelo de caballeros y dechado de virtudes militares

Excmo. Sr.

Don Arsenio Linares

como testimonio de la altísima consideración que le profesa

El Autor





CAPITULO PRIMERO

Fin de la campaña de 1909.—Las Navidades en los campamentos.— Sigue la repatriación (*).—Organización de fuerzas indígenas: la policía.—Sumisiones de cabileños: Abd-el-Kader, Ulad Settut, Beni Sidel.—Reapertura de los zocos.—Las agresiones: sus causas.—Fusilamiento de merodeadores.—Un bando.—Paseos militares.—Viaje del general Marina a la Península.—Su dimisión no aceptada.—Se reanuda la repatriación.—La Capitanía general de Melilla.—Reorganización del ejército de Melilla.—Final de la repatriación.

Con el año 1909 dió el Gobierno español por terminada la campaña del Rif, pensando desde aquel punto en la consolidación de la paz en la zona ocupada y en empezar inmediatamente las mejoras que habían de hacer comprender a los indígenas, la nobleza de nuestros propósitos y las ventajas que el porvenir les ofrecía bajo la protección de España.

Durante la Navidad de 1909, en la plaza y posiciones se gozó de verdadera tranquilidad, dedicándose en los campamentos, dentro de los medios de que en ellos se disponía, a participar de las fiestas que en esa época celebran todos los pueblos cristianos y que en las tropas en campaña tienen el melancólico encanto que las presta el compañerismo, procurando llenar en el corazón el vacío producido por la patria y el hogar leja-

(*) Véase el principio de la repatriación en el libro «España en Marruecos», en 1909.—Barcelona: Casa Editorial Maucci. 1911.

nos. La Noche Buena se celebró en los campamentos de Nador con gran animación. El general Tovar visitó los alojamientos por la tarde. En la posición ocupada por el batallón de las Navas había la tropa construido un *nacimiento* a estilo madrileño; las músicas alegraron el ánimo siempre dispuesto a ello, de nuestros soldados, quienes cantaron los himnos de sus cuerpos y hasta hubo sus *villancicos*. Una comparsa de húsares visitó la tienda de



La Navidad de 1909 en los campamentos

campana del general Tovar, y acompañándose con improvisada orquesta de guitarras le cantaron coplas alusivas, compuestas por la tropa y por algunos jefes y oficiales. Entre las que más llamaron la atención recordamos ésta :

Los húsares felicitan
al gran general Tovar,
que conquistó en siete días
de Taxdirt a Zeluán.

Y esta otra que cantó el coronel Jaquetot :

Por el campo de batalla
cruzar tranquilo le ví ;
llevaba treinta ayudantes ;
por eso le conocí.

Se formaron comparsas que recorrieron los campamentos y se celebraron otras diversiones. Cosa análoga pasó en otras posiciones. Jefes y oficiales de cada cuerpo o todos los de un campamento cenaron juntos, y la velada se prolongó hasta más allá del toque de silencio, transgresión permitida en atención a lo ex-



Los oficiales de cazadores con las coronas que les fueron regaladas a su llegada a Madrid

(Fot. *Nuevo Mundo*)

cepcional de la noche. En la plaza hubo la animación y fiestas de una ciudad que se encuentra en plena paz.

Como corolario natural de la pacificación, continuó la repatriación de tropas que se había iniciado con el regreso de la brigada de cazadores procedente de Cataluña. La base de la repatriación era la idea que, aunque falta de las formalidades legales, se tenía ya en principio por el Gobierno y que consistía en dejar reducido el ejército de Melilla a unos veinte mil hombres, que habían de organizarse, a grandes rasgos, del modo siguiente :

Una división de infantería, formada por los regimientos de Africa, Melilla, San Fernando y Ceriñola, que se reforzarían con

terceros batallones y reclutas, reuniendo un total la división, de 14,000 infantes.

Un regimiento de caballería de seis escuadrones, sirviendo de base el grupo de tres escuadrones, y el regimiento de María Cristina, que el 18 de febrero embarcó en Málaga en los vapores *Ciudad de Mahón* y *Sevilla*.

Artillería habría 23 baterías de posición, un grupo de tres baterías de montaña y otro de cuatro baterías montadas.

Un regimiento de ingenieros.

Sin perjuicio de formalizar luego la organización, se dispuso que por el pronto fuesen repatriándose las fuerzas que no estaban incluidas en este anteproyecto.

La primera fuerza que embarcó fué el regimiento montado de artillería que salió de Melilla en el vapor *Puerto Rico* el día 1.º de enero de 1910.

Siguieron a éste las compañías de ingenieros del segundo regimiento mixto de ingenieros y el de caballería de Lanceros de la Reina, ambos de la guarnición de Madrid, y el 10.º regimiento montado de artillería, que se dirigió a Getafe, encontrándose los tres en sus cuarteles en los primeros días de enero.

Se continuó la repatriación por la primera brigada de cazadores perteneciente también a la guarnición de Madrid y sus cantones.

En los vapores *Cataluña*, *Puerto Rico*, *Rabat*, *Alfonso XII* y *Villarreal* salieron de Melilla, en los días del 16 al 19, los seis batallones que forman la primera brigada de cazadores, la guardia civil reconcentrada en aquella plaza con motivo de la campaña, una compañía de zapadores, la de aerostación, una compañía de Administración militar de Madrid, con su material, y un escuadrón de Lusitania. Los embarques, desembarcos y transportes en ferrocarril se hicieron sin incidente alguno y las mencionadas fuerzas se hallaron en los puntos de su destino en las fechas previstas. Durante los trayectos en las marchas por trenes, en las estaciones donde se detuvieron a comer los ranchos que se les tenía preparados, y en las poblaciones de destino fueron objeto los soldados y sus oficiales de todo género de obsequios y pruebas de entusiasmo, con que el pueblo demostraba en aquellas tropas la satisfacción que a la nación había producido el comportamiento de su ejército en la dura campaña, y con sus expresiones de afecto y simpatía borraba todo recuerdo de las penalidades y sufrimientos pasados. El Rey revistó en el cuartel del Conde Duque, de Madrid, al regimiento de caballería de la Reina y en

Getafe al 10.º regimiento montado de artillería. El pueblo de Madrid recibió a sus cazadores con delirante ovación ; inmensa muchedumbre esperaba en las calles del tránsito desde la estación a los cuarteles el paso de las tropas ; el pueblo rompía las filas de los soldados, y abrazándoles, se mezclaba con ellos ; los jefes y oficiales fueron cubiertos de coronas, así como sus caballos, y en todos los semblantes se reflejaba la alegría del regreso del vencedor, dando completa animación al cuadro los acordes vibrantes de las animadas músicas militares y las aclamaciones a España y al Ejército. También los cazadores fueron revistados por S. M., que felicitó a su general y a todos los jefes, oficiales y tropa.

El día 26 llegaba a Barcelona, donde estaba el resto de su regimiento, la compañía de zapadores y telegrafistas del 4.º mixto de ingenieros.

El 11 de febrero embarcaron en el *Ciudad de Mahón* las dos baterías de la brigada del campo de Gibraltar para regresar a su guarnición.

El 24 del mismo mes embarcaban en Melilla los regimientos de húsares de Pavía y la Princesa, que, sin detenerse en Málaga más que el tiempo necesario para transbordar al ferrocarril, continuaron su viaje a Leganés y Getafe, desde donde salieron el día 27 para formar una columna que llegó a Madrid a las diez y media de la mañana. El pueblo de Madrid, con la cooperación de todas las autoridades civiles, círculos, sociedades, gremios, escuelas y todas las entidades, tenían preparada a sus soldados una entrada entusiasta y verdaderamente triunfal. Vítores, aclamaciones, colgadas, banderas, coronas y cuanto pueda servir para demostrar el entusiasmo patrio y el cariño y gratitud de un pueblo que empieza a ver resurgir en sus hijos las antiguas glorias, todo se prodigó durante las dos horas que tardaron los regimientos en llegar a sus cuarteles. La Prensa se asoció y contribuyó a ensalzar el mérito de los soldados publicando artículos encomiásticos, animando al país a continuar la obra empezada, sin dudas, vacilaciones ni regateos ; *El Imparcial* dedicó su artículo de fondo del día 26 a la llegada de los húsares, alabando que hubiera compenetración entre el pueblo y el Ejército, diciendo : «Bien hacen Madrid y España entera recibiendo en día de gala a quienes se sacrificaron por la Patria. Honrando a los héroes honramos a la bandera.»

Con la llegada de estas fuerzas terminó el primer período de la repatriación, pues no se consideró conveniente restar más tropas de aquel territorio hasta que las fortificaciones proyectadas

estuvieran terminadas, facilitando con ello la disminución de las guarniciones de las posiciones definitivas, así como se deseaba también organizar antes algunas fuerzas de policía indígena y cuerpos de tropas regulares también indígenas que suplieran muchas de las funciones y servicios que entonces estaban a cargo de las fuerzas del Ejército, y, por último, era necesario que se determinase definitivamente cuál había de ser la fuerza permanente que guarneciese el territorio, lo cual estaba pendiente de la resolución del Gobierno.

En los primeros días de enero se dieron las instrucciones necesarias y empezaron a organizarse tres unidades o *mías* de policía indígena para el Zoco el Had de Benisicar, Nador y Quebdana, estas últimas divididas entre Cabo de Agua, Restinga y orillas del Muluya. Cada unidad se debía componer de 34 infantes y 22 jinetes, mandados por un capitán y un teniente, otro subalterno y un sargento; el capitán y el teniente serían plazas montadas.

Dependerían directamente del subinspector de las fuerzas indígenas (entonces lo era el general Larrea), quien tendría como auxiliares un jefe y dos capitanes. La recluta se haría entre los moros de las mismas cabilas a que se asignaba la *mía* respectiva. El uniforme consistiría en las prendas usuales entre los indígenas, llevando chilaba, fez con borla, capote marroquí, cinturón, canana para los cartuchos, cartera de cuero y frasco para agua; las fuerzas montadas usarían albornoz. Este vestuario no lo usaron en la práctica, sino que únicamente han llevado hasta hace poco el traje corriente entre los moros del Rif, que aproximadamente es como el que se proyectaba, diferenciándose en que la mayoría usa constantemente el característico y elegante turbante blanco y no había uniformidad en los colores de las prendas, llevando únicamente los cabos unos galones análogos a los de los de su clase del Ejército, pero colocados a manera de presilla en el pecho de la chilaba. Ultimamente se les ha entregado y se les va haciendo poco a poco acostumbrarse a su uso, un traje de tela de la llamada *kaki*, compuesto de guerrera europea y pantalón zuavo. De todos modos, gracias a los hábitos militares que sus jefes saben inculcarles y a los frecuentes ejercicios de instrucción táctica a que se les somete, unido al continente naturalmente guerrero del marroquí, hacen que al poco tiempo de pertenecer a la policía adquiriera el moro un aspecto marcial que la hace conocer a primera vista, resultando inconfundible aun a larga distancia.

El haber asignado era pesetas 2'50 los infantes y 3 pesetas las plazas montadas, reteniéndoles 0'50 pesetas diarias hasta amor-



La primera brigada de cazadores pasando por la Puerta del Sol a su regreso de Africa
(Fot. *Nuevo Mundo*)

tizar el valor del caballo y equipo, a menos que le presentasen de su propiedad.

En los primeros días ya se reclutaron, sin ninguna clase de excitación ni violencia, 110 policías, de ellos 60 de las cabilas de Mazuza, Benisicar, Nador y Mezquita, muchos de los cuales habían combatido contra nosotros algunos meses antes y ahora venían a ofrecernos sus servicios convencidos de las ventajas de nuestra protección. Se les instruyó en la explanada del fuerte de Camellos y en muy poco tiempo estuvieron en aptitud de prestar servicio.

Las sumisiones continuaron; el 1.º de enero se presentaron al general Marina varias comisiones de Quebdana llegadas por Mar Chica, haciendo ante el comandante en jefe y el general Larrea protestas de la buena actitud de su cabila hacia España.

Abd-el-Kader, jefe de Benisicar, recién sometido y adversario nuestro durante la campaña, visita al general Marina y espontáneamente le declara que su cabila está satisfecha por haberse sometido.

El 12 de enero fué el general Marina a Alhucemas, donde se le presentó una delegación de Beniurriaguel, sacrificando ante él una ternera en señal de amistad. Los moros de Bocoya mandaron otra delegación que hizo igual sacrificio y protestas, regalando al general una espingarda. Para celebrar la sumisión mandó el general poner en libertad a los moros presos. A las fracciones de Stng y Tafrat les impuso una multa como condición del perdón, y el día 17 se presentaron al comandante militar de Alhucemas a satisfacerle. A los de Sibuca les impuso igual condición.

En Nador se presentaron a la autoridad militar unas comisiones de Ulad Settut y Beni Sidel para que les facilitase el ir a Melilla a conferenciar con el general Marina. Autorizados por el general del territorio, marcharon a Melilla. Las comisiones fueron presentadas por el célebre moro Asmani (El Gato), y las componían 46 moros de Ulad Settut, Bengarbarby y Benibuifror, contándose entre ellos el caid Iben Senland, cuñado del Roghi, y el caid Mahomed Unsiri, jefe del poblado de Beni Donsar (Mazuza), que fué herido el 9 de julio por nuestros soldados. El objeto de la visita era solicitar el perdón y permiso para volver a habitar sus casas, todo lo cual se les concedió. Según dijeron, en las tribus reinaba la miseria como resultado de la guerra y tenían que defenderse constantemente de los merodeadores. Otro de los presentados dijo que el 18 de julio mató en Mezquita a un moro que se negó a combatirnos, y por ello tuvo aquél que huir a Beni Snassen,

donde estaban sus padres, y que en Zeluán le desvalijaron los rebeldes.

Una de las primeras labores que se empezaron para afirmar la pacificación fué el restablecimiento de los zocos que habían sido suspendidos durante la guerra. Para guardar en ellos el orden, evitando las colisiones que por el menor motivo se suscitaban en los mercados entre los indígenas, garantizando la formalidad de las transacciones, defendiendo también a los concurrentes de agresiones que eran posibles por cabilas ajenas al territorio a que el mercado pertenecía, se mandaban piquetes de fuerzas del Ejército, los cuales, cuando la policía estuvo ya instruída para ello, fueron sustituidas por fuerzas de este organismo. Desde los primeros días de paz ya, según datos recogidos en Melilla, aumentaron de modo visible las transacciones mercantiles, viéndose en los zocos hasta moros de la región de Tazza.

Los esfuerzos de las autoridades dirigiéronse también a que los indígenas concurrieran sin armas a los zocos; en uno de los primeros días del mes de febrero en el zoco del Jemis de Benibui-fror, ya se señaló la presencia de gran número de moros sin fusil. El primer zoco a que empezaron a acudir europeos haciendo compras fué el de Benisicar, el que, con mucha frecuencia, visitaba el general Sotomayor, y en uno de los zocos del domingo en esta cabila, estuvo, durante su visita a Melilla, el ministro señor Gasset, haciendo en el mismo algunas compras. El general Marina tuvo gran interés en restablecer luego el zoco de Mazuza cerca de Nador, y para celebrarle señaló un sitio cerca del monte Arbós, inaugurándolo el 28 de enero, asistiendo a él más de 600 indígenas, presentándose con mujeres y niños, aunque se notó la falta de moros del interior; en el zoco se presentó el general Muñoz Cobo con una pequeña escolta y una música militar que tocó algunas piezas, que fueron acogidas con agrado por los moros. En el zoco de Segangan, el 14 de febrero fué desde Atlaten el coronel del regimiento de Wad-Ras, a quien los moros prometieron acudir sin armas en lo sucesivo, conviniendo en que los que vinieran del interior las dejarían a cargo de la guardia del zoco, que se las devolvería al regresar a sus casas. En el zoco del Jemis de Benibui-fror, el 13 de febrero se presentaron todos los indígenas sin armas, presenciándolo el general Muñoz Cobo. El día que se inauguró el zoco de Zeluán, al final del citado febrero, ya se presentaron los moros sin armas. El día que se inauguró el zoco del Arbaa de Zalet asistió el coronel Primo de Rivera, regresando desde allí a Melilla con fuerzas de Atlaten. Al empezar el mes de marzo

puede decirse que se hallaban ya restablecidos todos los zocos comprendidos en nuestra zona, funcionando desde entonces de manera normal, sin registrarse el menor incidente desagradable y aumentando en progresión siempre creciente las transacciones comerciales.

No obstante el estado de paz, no cesaron nunca las agresiones, y ha de ser muy difícil que desaparezcan completamente.



Entrada del batallón de Figueras en Madrid

Dejando aparte las causas de carácter general, que en todas partes existen, pues hasta en los países más civilizados se registran atentados personales y sería una exigencia inaceptable el querer que, en cambio, no se registraran en pueblos a los que aún falta mucho para estar civilizados, tienen las agresiones otras causas inherentes a la psicología del moro, como son : el fanatismo, difícilísimo de dominar por la razón, y que les hace ver un enemigo en cada cristiano y su muerte un modo de ganar el Paraíso, no pudiendo muchas veces resistir a la tentación de matar un cristiano si ven ocasión para ello ; el deseo de poseer un arma de fuego por no tenerla o para venderla, y para cuya posesión no vacilan en asesinar al que la lleva en la mano ; y en general el espíritu de rapiña, tan compenetrado con el moro, que constituye para él un gran placer el apoderarse de la propiedad de otro, aunque tenga que combatir con el poseedor para despojarle, sobre todo si el botín ha de



Don Alfonso XIII estrechando la mano del moro Manen llegado al batallón de Barbastro.

consistir en armas o metálico. Se ha dado caso de matar a un viajero para robarle una peseta que se sabía llevaba.

El día 7 de enero fué agredido en Zeluán un cabo del regimiento de San Fernando, al que hicieron una descarga unos moros escondidos, hiriéndole. A las pocas horas fueron presos tres indígenas, presuntos autores de la agresión, y de otra efectuada días antes en Nador, sometiéndoles a juicio sumarísimo, como resultado del cual fueron condenados a muerte, ejecutándose la sentencia sin incidentes, siendo fusilados cerca de la alcazaba de Zeluán, formando el cuadro tres batallones de infantería y dos escuadrones de caballería, mandando todas las fuerzas el general Muñoz Cobo.

El día 13 fueron asaltados junto a Tauima dos acemileros del regimiento de San Fernando, matando a uno, y llevándose el mulo que conducía y el fusil. El capitán de artillería Velarde, que, con una sección del Parque móvil regresaba a Zeluán, acudió con algunos soldados, que hicieron fuego sobre los agresores, que huían, recuperando el mulo y recogiendo el cadáver. Desde Tauima salieron algunas fuerzas, que detuvieron a los agresores.

El 28 de enero disparan un tiro a un soldado vigilante de las obras de la carretera a Aissa en el barranco del Lobo, hiriéndole, sin que se pudiera capturar al agresor, y el 29, por la noche, hirieron detrás de los Lavaderos a un cabo y un soldado.

El día 31, en Hidum, fueron agredidos un cabo y tres soldados de ingenieros que regresaban de hacer aguada. Los agresores quitaron el fusil al cabo, intentando hacer lo mismo con un soldado, quien se defendió desesperadamente, teniendo que cortarle la mano para quitárselo. De la posición acudieron fuerzas y los moros huyeron. El soldado, llamado Víctor Aznallen, murió al llegar a la plaza. A los pocos días fueron capturados por la policía indígena dos moros, padre e hijo, como presuntos autores del delito.

La noche del 6 de febrero fué agredida una pareja de la avanzada de la estación del ferrocarril de Nador, siendo heridos los dos soldados. El general del territorio, que lo era el de la división allí acampada, impuso al poblado 500 pesetas de multa si no presentaban a los agresores, ordenando talar todas las chumberas del caserío, por ser donde se guarecían los malhechores. El general Marina, preocupado por la frecuencia de las agresiones en este sitio, se personó en Nador y llamó a su presencia a los caídos, amenazándoles con castigarles si aquéllas se repetían y conminándoles a presentar a los autores de la última.

El 21 de febrero fué asesinado un indígena hermano del conocido adicto Asmani (El Gato), huyendo los agresores al otro lado del Muluya.

Para poner coto al bandolerismo y a los cómplices y encubridores, publicó el general Marina el 25 de febrero un bando amenazando castigar las agresiones con pena de muerte, y con cadena perpetua la venta clandestina de armas y municiones, so-



Cabo del regimiento de San Fernando, herido por tres moros cerca de la Alcazaba de Zeluán

(Fot. *Nuevo Mundo*)

metiendo a juicio sumarísimo a los que se cogiera *infraganti*, leyéndose el bando en árabe en todos los zocos.

Aunque las tropas de ocupación habían sufrido una notable disminución y apenas si bastaban para guarnecer todas las posiciones, descansando sólo por corto tiempo una pequeña parte de ellas, para lo cual se efectuaban frecuentes relevos, alternando entre las posiciones avanzadas, las de primera línea y los alojamientos de la plaza, hubiera sido ineficaz la ocupación, quedando en poco tiempo anulados los efectos de la campaña si no se ejercitaba el dominio recorriendo y materialmente pisando el suelo

de nuestra zona en todos sentidos para que los indígenas no perdiesen la costumbre de vernos constantemente, con lo cual, además, se ejercía una acción verdadera de policía, vigilando el territorio, impidiendo o dificultando las concentraciones, así como la penetración en dicha zona, de agitadores del interior, que podían con sus predicaciones excitar los ánimos, creando de ese modo obstáculos a nuestra acción, y para hacer imposible la vida a las cuadrillas de bandoleros, se organizaron frecuentes recorridos por columnas mixtas, aprovechando unas veces la protección que era necesario dar a las comisiones del cuerpo de Estado Mayor, que ejecutaba trabajos topográficos, como se hizo el día 1.º de febrero, en que, para proteger un reconocimiento de dicha comisión, salieron de Atlaten seis compañías del regimiento de Wad-Ras, caballería y artillería, ocupando la altura de la izquierda del collado de Atlaten y avanzando 10 kilómetros hasta el borde de la meseta de las Monas a la vista del Kert el regimiento del Rey. En esta ocasión les fueron hechos desde lejos algunos disparos, que se ordenó contestara la policía indígena y algunos moros amigos de Benifaclan que acompañaban a la columna; el general y oficiales fueron convidados a comer por el caid del territorio. Cosa análoga se hizo el 26, en que, para proteger los trabajos de triangulación en Benisicar, salieron dos columnas, compuestas cada una de un batallón y una sección de caballería, partiendo del zoco el Had de Benisicar y de Hidum, marchando respectivamente a Tuserin y Tumandit, regresando sin novedad al anoecer. Con motivo de los trabajos de campo para cerrar el polígono central de la triangulación, por Río de Oro, salieron uno de los primeros días de febrero los batallones de cazadores de Tarifa y Ciudad Rodrigo, un escuadrón de Alfonso XII y una batería al mando del general Morales, que llegaron a Tizza, saliendo al mismo tiempo de Atlaten el general López Herrero con un batallón del Rey, otro de Wad-Ras, un escuadrón de Pavía y una batería de montaña, dirigiéndose al Noroeste, buscando el contacto con otra columna formada por el regimiento de Cuenca de infantería y el de María Cristina de caballería. Una vez reunidos, marcharon por las alturas entre Río de Oro y la costa, llegando al monte Iznagrian, sin encontrar rastro de unos malhechores que se buscaba, por ser ese el objeto de la operación. Las tres columnas recibieron bastantes adhesiones a su paso por los poblados. En este paseo militar hubo que lamentar el que el general López Herrero sufrió una caída con su caballo, causándose

tan fuertes contusiones en un brazo, que tuvo que pasar al hospital para su curación.

El 17 de febrero la comisión tantas veces dicha hizo unas observaciones en la cima del monte Uixan, protegida por dos compañías del regimiento de Wad-Ras que con aquella subieron, efectuándose constantemente operaciones parecidas. Lo mismo se hizo con motivo de las visitas que a varias posiciones realizó la Junta



Los moros agresores del cabo del regimiento de San Fernando

de Defensa, que por orden del ministro de la Guerra fué al teatro de la campaña a estudiar las posiciones definitivas para la ocupación.

El día 2 de marzo embarcó en Melilla con rumbo a la Península el general Marina, quien, sin detenerse en Málaga más que el tiempo indispensable, siguió hasta Madrid. Al llegar a Córdoba se encontró con S. M. el Rey, que regresaba de Sevilla a la Corte. Recibido cariñosamente por el Rey, quien le abrazó, haciéndole objeto de otras muestras de su distinción y afecto, uniéndose el coche en que viajaba el general, al convoy real, siguiendo hasta Madrid, donde llegó el día 4. En Aranjuez subió al tren real el infante don Fernando, quien saludó también al general Marina. A consecuencia de lo repentino e inesperado de su viaje, no fué el recibimiento que en Madrid se le hizo todo lo entusiasta que debió ha-

ber sido dada su personalidad y el éxito de la campaña por él dirigida, y así lo reconoció la Prensa, calificándolo de frío.

La misma tarde de su llegada conferenció con el general Aznar, ministro de la Guerra. En los días sucesivos fué el general Marina objeto de toda clase de atenciones y obsequios por el Rey y toda la familia real, así como por muchas sociedades y particulares, que se disputaban el estrechar su mano.

El día 18 marchó a reponer en una estación balnearia su quebrantada salud; pero a los pocos días corrió el rumor de que había dimitido su mando de Melilla, pero que no le sería admitida la dimisión. Según el presidente del Consejo declaró en el Congreso, se esperaba su regreso para, en vista de su opinión, decidir las fuerzas que habían de quedar como guarnición permanente en los territorios ocupados. La Junta de Defensa que se había enviado a Melilla para estudiar sobre el terreno las fortificaciones que habían de sustituir con carácter permanente a las posiciones o campamentos atrincherados que ocupaban nuestras tropas, había regresado en el último tercio de enero después de detenido examen y frecuentes inspecciones oculares, en muchas de las cuales fué acompañada y asesorada por el mismo comandante en jefe. Desaparecidas las causas que obligaban al general Marina a presentar la dimisión, y después de algunas conferencias con el presidente del Consejo, con el ministro de la Guerra y con el general González Parrado, jefe del Estado Mayor Central, se decidió la guarnición permanente que había de dejarse, y el general Marina regresó a Melilla para dirigir la repatriación de las tropas que se había acordado tenían que hacerlo. La despedida que tuvo en Madrid fué brillantísima en extremo, acudiendo a la estación el presidente del Consejo, los ministros, los obispos de Seo de Urgel y Sión, los señores Dato, Vadillo, Azcárraga, todos los generales que se hallaban en Madrid, el capitán general, los gobernadores civil y militar y nutridas comisiones de los cuerpos militares, y, además, muchísimos jefes y oficiales que particularmente acudieron a rendirle aquel homenaje de respeto y cariño. El día 25 llegó a Málaga, embarcando el mismo día para Melilla.

Antes de la salida del general Marina de Madrid, ya se había resuelto que se repatriaran en seguida diez o doce mil hombres, quedando como guarnición permanente los regimientos de Melilla, Africa, San Fernando y Ceriñola, que se reforzarían con terceros batallones y reclutas, tres batallones de cazadores, un

regimiento de caballería con seis escuadrones de 150 hombres, un grupo montado de cuatro baterías de artillería de campaña, otro grupo de tres baterías de montaña, 23 baterías de posición, un Parque móvil, un regimiento de Ingenieros, tropas de Administración y Sanidad, una compañía de tropas de artillería, la brigada disciplinaria y las fuerzas indígenas, formando un total de más de veinte mil hombres, dándose inmediatamente las órdenes para la repatriación de las restantes fuerzas, preparándose los trenes militares y los vapores que habían de transportarlas.

El día 26 llegó el general Marina a Melilla, recibéndole el general Sotomayor y todos los demás generales que se hallaban en la plaza, tributándole honores una compañía de infantería. El mismo día salían embarcados en los vapores *Cataluña* y *Rabat* el general Brualla con el regimiento de infantería del Príncipe, que a las pocas horas de su llegada a Málaga embarcaban en dos trenes militares, siguiendo hacia Madrid y Oviedo.

En las posiciones de Melilla se hicieron los relevos conducentes a la reducción de sus guarniciones y a la preparación para el embarque de otras fuerzas. La segunda brigada de la primera división fué relevada por la media brigada de cazadores que cubría las posiciones desde el blokhaus de carriles hasta Atlaten, quedando en Nador el cuartel general, con dos batallones, dos escuadrones y una batería de montaña. En Zeluán quedó un batallón de Ceriñola y en las restantes posiciones, desde la primera Caseta, por Benisicar, Tres Forcas y las estribaciones del Gurugú, los regimientos de Africa y Melilla.

En los campamentos inmediatos a la plaza se establecieron los Ingenieros y la Administración militar de la primera división.

El 1.º de mayo en los vapores *Alicante* y *Delfín* embarcaron los cuarteles generales de Sotomayor y Ayala con el regimiento de Cuenca y una sección de ametralladoras, saliendo en trenes especiales desde Málaga para seguir hasta Vitoria.

El día 2 en el transporte *Almirante Lobo* embarcó el cuartel general de la primera división y seis compañías del regimiento del Rey, que llegaron a Madrid el día 3. El resto del regimiento salió en los vapores *Rabat* y *Cataluña* al día siguiente, con el regimiento de León.

En los días siguientes se repatriaron el grupo de Ingenieros y la compañía de Administración, ambos de la primera división, y la Plana Mayor y algunos oficiales y soldados de Alfonso XII, que llegaron el 10 a Vitoria. La recepción de todos los cuerpos fué motivo en las guarniciones de su destino para que se demos-

trase en todas partes el entusiasmo de todas las clases sociales. En Madrid, el Rey mandó, a la llegada de los trenes que transportaban tropas, alguno de sus ayudantes; las autoridades acudieron también a recibir a las tropas y el pueblo abrazaba a los soldados, colmándoles de obsequios y atenciones. El día 2 de junio se presentó el Rey en el cuartel de María Cristina, ocupado por el regimiento de su nombre, y demostró su deseo de comer



Los agresores del cabo del regimiento de San Fernando conducidos al sitio donde fueron fusilados

(Fot. *Nuevo Mundo*)

con la oficialidad de aquél. Durante la comida reinó la mayor animación. El coronel del regimiento dió a S. M. las gracias por el honor recibido y a petición del mismo relató su participación en la campaña. El Rey contestó: «Señores: Tengo gran satisfacción en concurrir a esta fiesta. Vuestro coronel me ha expresado vuestros relevantes servicios, que ya conocía. Sé que vosotros y todo el Ejército han cumplido con su deber, y aun cuando tengo gran pesar en no haber compartido con vosotros las glorias de la campaña, yo, lo mismo que vosotros, creo que he cumplido con mi deber quedándome aquí. La historia juzgará.»

Estas palabras del Monarca fueron acogidas con estruendosos aplausos.

La repatriación sufrió una suspensión con objeto de esperar a que entretanto fuesen reforzándose los regimientos que habían

de quedar, para lo cual se ordenó trasladarse a Melilla a los terceros batallones de San Fernando y Ceriñola y que a los demás cuerpos se les incorporasen los soldados que tenían con licencia hasta cubrir las plantillas que se les asignaban. El día 13 embarcó en Málaga gran parte del tercer batallón de San Fernando en los vapores *Menorquín*, *Ciudad de Mahón* y *Almirante Lobo*, y a los dos días en el vapor *Sevilla* embarcó el resto. Entre los días 21 y 22 embarcó en los vapores *Ciudad de Mahón* y *Menorquín* el tercer batallón del regimiento de Ceriñola (1).

En 1.º de junio siguiente se creó la Capitanía General de Melilla, la cual tendría a su frente un teniente general con la denominación de capitán general de Melilla, auxiliado por los organismos correspondientes de Estado Mayor, comandancias generales de Artillería e Ingenieros, Intendencia, Inspección de Sanidad, Auditoría, Tenencia Vicaría y Subinspección de Veterinaria. Habría también un Subinspector de las tropas de la Capitanía General que a la vez había de ser el gobernador militar de la plaza. Para las fuerzas indígenas habría otro subinspector.

El gobernador militar de Melilla ejercería el mando sobre la plaza, su antiguo campo exterior y fuertes avanzados. Las demás posiciones ocupadas y su zona de acción, así como las plazas del Peñón, Alhucemas y Chafarinas dependerían directamente del capitán general.

Se designaron para fuerzas de aquellas guarniciones los cuerpos siguientes :

(1) En 14 de mayo se ordenó un licenciamiento en el Ejército y se disponía que los cuerpos de guarnición en Melilla quedaran con la siguiente fuerza:

Regimiento	Melilla	3,026	hombres
»	Africa	3,026	»
»	San Fernando (*)	3,055	»
»	Ceriñola (*)	3,055	»
Cazadores	Cataluña	1,024	»
Cazadores	Tarifa	1,024	»
Cazadores	C. Rodrigo	1,024	»
Un grupo	ametralladoras	58	»
Una sección	para los cazadores	29	»
Grupo	escuadrones	352	»
Regimiento	M.ª Cristina	548	»
7.º Mixto		1,000	»
Comandancia	A. M.	605	»
Compañía	mixta S. M.	201	»
Compañía	de Mar	150	»
Fuerzas	indígenas	410	»

(*) De estos 29 para el grupo de ametralladoras de la 2.ª brigada de Melilla.

Una división de Melilla de dos brigadas de dos regimientos de infantería, cada uno de ellos de tres batallones ; dos grupos de cuatro ametralladoras ; un regimiento de caballería con seis escuadrones ; un grupo de tres baterías de artillería montada ; otro grupo de tres baterías de artillería de montaña y un regimiento de ingenieros. Además, como tropas afectas a la Capitanía General : tres batallones de cazadores, mandado el grupo por un coronel, una compañía mixta de ingenieros, una Comandancia de tropas de artillería que tendría a su cargo el servicio de las baterías y plazas menores y el de las baterías de posición establecidas en los puntos ocupados, una batería de artillería de montaña y otra de obuses, un Parque móvil de municionamiento, una Comandancia de tropas de Administración militar, una compañía mixta de Sanidad militar, la compañía de mar y las fuerzas indígenas. Continuaría también la brigada disciplinaria.

Los regimientos de infantería que había en Melilla, según la anterior organización continuarían allí, pero pasando los batallones a tener seis compañías cada uno y aumentando el número correspondiente de oficiales, aunque el total de clases e individuos de tropa continuaba siendo el que ya había.

Los tres batallones de cazadores de Cataluña, Tarifa y Ciudad Rodrigo quedarían afectos a la Capitanía general con la plantilla de un teniente coronel, dos comandantes, ocho capitanes, médico, capellán, 20 tenientes, 1,024 clases e individuos de tropa, contando en ellos una música, nueve caballos, 32 mulos y un carro, y, además, con un completo tren de combate.

El cuartel general de la brigada de cazadores y los otros tres batallones habrían de regresar a la Península.

Con el grupo de tres escuadrones de Melilla y el regimiento de María Cristina se creaba un regimiento de caballería llamado de «Taxdirt número 29», compuesto de seis escuadrones, cada uno de los cuales tendría un capitán, cuatro tenientes y 183 clases y soldados y dos carros, siendo la Plana Mayor del regimiento un coronel, un teniente coronel, cuatro capitanes, seis tenientes, cuatro veterinarios, un profesor de equitación, 31 caballos y un carro. En conjunto, contaba el regimiento con 1,009 caballos.

La artillería de posición se organizaba en siete baterías, que cubrían en total veintidós posiciones, contando, además, con una batería de obuses de 15 centímetros y un Parque móvil de municionamiento con seis carros de municiones de artillería, 12 de

infantería, seis carros de parque, un carro fragua y 24 mulos de carga.

Continuaría en Melilla la batería de montaña del tercer regimiento y se organizaba un regimiento mixto de artillería con dos grupos de a tres baterías, uno montado y otro de montaña de a cuatro piezas Schneider de la clase respectiva.

De Ingenieros quedaba el séptimo regimiento mixto y de



El general Marina saliendo de Palacio de almorzar con los reyes
(Fot. *Nuevo Mundo*)

Administración militar, Sanidad y compañía de mar continuaban como hasta entonces.

También quedaba un depósito de ganado que había de tener constantemente 75 caballos y mulos para reponer bajas.

Se anunciaba al crear la Capitanía General que las fuerzas que excedieran de las designadas serían repatriadas en breve.

El ministro estudiaba el establecimiento en Málaga de núcleos militares para que pudiesen acudir inmediatamente a cualquier contingencia que se presentase en Melilla, pensando que por el pronto quedase allí a la expectativa la media brigada de cazadores del Campo de Gibraltar.

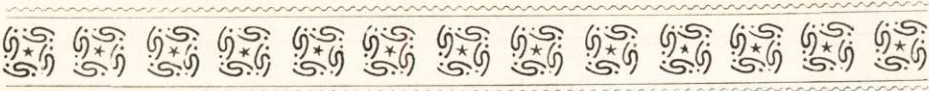
El general Marina quedó como capitán general y los generales Arizón y Larrea como gobernador militar y subinspector de las fuerzas indígenas, respectivamente.

Antes de conocerse de modo oficial cuáles eran las fuerzas que definitivamente quedaban en Melilla ya se dieron órdenes para que continuase la repatriación de las que no estaban designadas para aquel objeto. El día 9 de junio en el vapor *Menorquín* embarcó el cuartel general de López Herrero con seis compañías de Saboya y el día 11 embarcaron el resto de dicho regimiento, tres compañías del de Wad-Ras y las ametralladoras de ambos. Pocos días después lo hicieron también los regimientos de Burgos y Guipúzcoa. El 14 de julio embarcó en Melilla para Ceuta una compañía del primer regimiento mixto de Ingenieros, a la que se unirían luego las restantes, que estaban en Logroño, y salieron de allí el día 17 para embarcar en Algeciras.

En la primera decena de agosto regresaron a la Península los tres batallones de cazadores de Segorbe, Chiclana y Talavera, y el día 25 llegaban a Vitoria los dos escuadrones de Alfonso XIII. Unos y otros tuvieron también, como todas las tropas, entusiasmas recibimientos. La Cámara de Comercio de Vitoria entregó a los escuadrones una corona de laurel.

Con la repatriación de estas fuerzas puede considerarse por completo terminada militarmente la campaña de 1909.



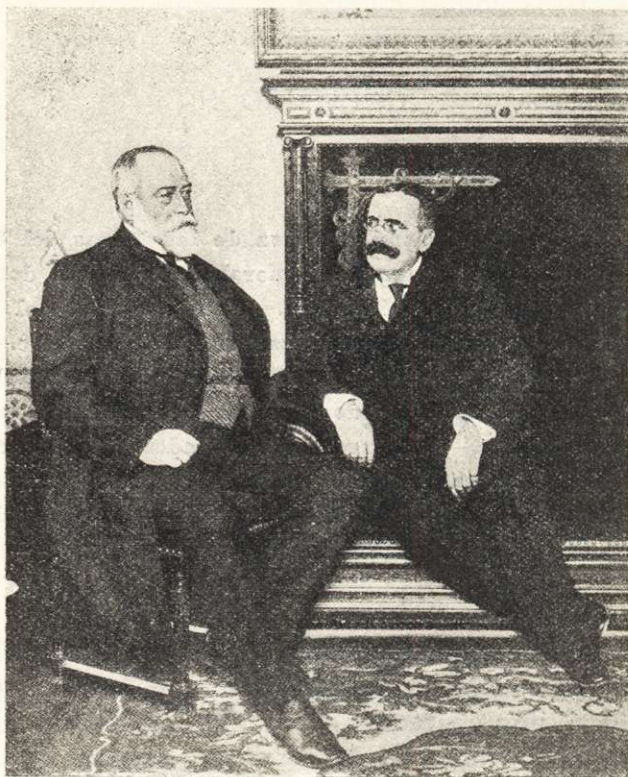


CAPITULO II

Ocupaciones pacíficas.—Hardú, la Casa de las Minas del Uixan, Yazanen.—Dimisión definitiva del general Marina.—El doctor Maestre y los artículos de «El Mundo».—Una alocución del general Marina.—Término de su cuestión con el señor Maestre.—El general García Aldave.—El general Alfau.—Los trabajos públicos en Melilla.—Viaje del ministro de Fomento a Melilla.—Ponencia del señor García Faria.—El ferrocarril a Nador.—Las carreteras.—El puerto.—La Bocana de Mar Chica.—La granja agrícola de Nador.—Viaje del señor Armiñán a Melilla.—El comercio.—Algunos caides moros visitan la Península.

No obstante considerarse por el Gobierno cumplido el objeto de la campaña con la ocupación del monte Atlaten, que fué oficialmente la última operación de aquélla, era necesario para consolidar nuestro dominio en el territorio ocupado, para garantizar la tranquilidad de los poblados y aduarenses enclavados en nuestra zona, así como para relacionar entre sí las posiciones principales, ocupar otras posiciones secundarias, pensando, desde luego, el alto mando, tomar posesión de los puntos que reunieran condiciones militares para satisfacer dichos objetos, pero con la idea de aprovechar para ello la tranquilidad reinante, para que las operaciones necesarias no dieran lugar a efusión de sangre, sino que hechas de acuerdo con los jefes moros de las fracciones a que perteneciesen, se ocuparían sin tener que vencer ninguna resistencia ni emplear, por tanto, la fuerza. Para ello se empezó por hacer reconocimientos por columnas mixtas de fuerza variable, y cuando ya se tuvieron hechos los estudios, se trató con los jefes y no-

tables de los aduares a que interesaba, convenciéndoles de la conveniencia que para tranquilidad de los suyos respectivos implicaban las ocupaciones. Después de lograda su aquiescencia se procedió con gran tacto y lentitud a efectuar las ocupaciones. Así se ocupó el 10 de mayo la posición de Hardú en el Gurugú, subiendo a ella un batallón de San Fernando, que después dejó en la posición dos compañías con un jefe y otra compañía de



El general Marina conferenciando con el señor Canalejas
(Fot. *Nuevo Mundo*)

zapadores del séptimo regimiento mixto de ingenieros, que inmediatamente comenzó a ejecutar obras de defensa. También se llevaron tiendas y se dejaron raciones para quince días. La operación se hizo sin incidente alguno, presenciándola con indiferencia algunos moros de los alrededores. De la misma manera se ocuparon otras posiciones de segundo orden en el Gurugú para relacionar las principales con las de Benisicar.

El día 1.º de junio se estableció un destacamento en la casa aspillerada de las Minas en el monte Uixan con objeto de pro-

teger el trabajo en las minas, que había de empezar a los pocos días.

El día 24 de agosto el coronel Aizpuru, con una columna compuesta de las tres armas, ocupó la posición de Yazanen en Benibugafar. Para ir a ella salió de Hidum, continuando por una senda próxima a la costa de Tres Forcas, pasando por el morabito de Sidi Mesaud. La posición, que más adelante veremos jugó papel importante en la campaña de 1912, es una extensa colina de suaves pendientes situada a 25 kilómetros de Melilla, 15 de Atlaten y 2 de Punta Negrí, donde luego se construyó un desembarcadero para abastecerla. Desde ella se divisa a simple vista la desembocadura del río Kert; dista cinco kilómetros del zoco y uno de un buen manantial de agua potable y abundante. Desde la posición a Punta Negrí se extiende suave pendiente con muchos caseríos rodeados de huertas y olivares.

La columna fué muy bien recibida por los jefes moros de la comarca y al día siguiente les convidó a comer el coronel Aizpuru, asistiendo, además de los de Benibugafar, tres de Benisidel y dos de Benibuyahi que se hallaban allí casualmente. Todos hicieron protestas de su amistad a España y celebraron el envío de aquellas fuerzas que habían sido pedidas por ellos, diciendo que su presencia favorecía el comercio, porque la tropa hacía allí compras, y, además, se protegían sus haciendas, contribuyendo a facilitarles la vida por la tranquilidad que garantizaban.

Hasta terminar los trabajos de fortificación quedaron allí cuatro compañías de Africa, una sección de artillería y otras de caballería y Administración militar.

El día 26 visitó la posición el general Marina, desembarcando en Punta Negrí, saliendo a recibirle y cumplimentarle los moros notables de las inmediaciones.

El objetivo de ocupar Yazanen fué para establecer comunicación radiotelegráfica con Atlaten, viéndose desde el principio que para lograrla se necesitaba poseer otro reducto entre los dos, que acaso sería la meseta de Benifaclan.

En los primeros días de la última decena de agosto se hizo público que el general Marina había presentado nuevamente su dimisión, esta vez con carácter irrevocable. Después de algunos días de noticias contradictorias quedó comprobada la exactitud de los rumores, pues le fué oficialmente admitida la dimisión y en su reemplazo nombrado el general don José García Aldave capitán general de Melilla. El general García Aldave era gobernador militar de Ceuta, y al consultarle contestó prime-

ramente que se hallaba muy delicado de salud, agravada en aquella ocasión, porque una caída del caballo le había producido algunas contusiones, de las que aún no estaba completamente restablecido; el Gobierno insistió, haciendo llamamiento al patriotismo del general, y éste, por último, ante ese argumento, accedió.

La dimisión del general Marina fué motivo de cábalas y suposiciones por aquella parte de la opinión a que no satisfacían los motivos oficiales que la atribuían a falta de salud.



Los húsares de la Princesa desfilando ante el Palacio Real a su regreso de Africa

Los rumores en circulación decían que la causa de la dimisión estaba relacionada con la libertad de acción que necesitaba para ventilar, como particular y caballero, un asunto que, sin prescindir de su cargo oficial, no podía ventilar en la forma que deseaba. Lo que de público se decía y la Prensa comentó fué lo siguiente:

El senador y periodista señor Maestre publicó en el periódico *El Mundo*, de Madrid, unos artículos sobre la cuestión de Marruecos, y en uno de 10 de julio hablando de nuestra acción en Africa apellidaba *infame derrota* al combate del barranco del Lobo en julio de 1909 y censuraba duramente la ges-

tión del general Marina. Este parece que inmediatamente que tuvo conocimiento de los artículos y de algo que referente a lo mismo había dicho el señor Maestre en el Senado, telegrafió al presidente del Consejo y al ministro de la Guerra presentando su dimisión y manifestando que consideraba le habían dejado indefensos ante los ataques del señor Maestre a él y al ejército, que se batió con bravura. A los telegramas y carta del general se dice que contestó el ministro diciendo que el Gobierno había



Las minas del Uixan

(Fot. *Nuevo Mundo*)

cumplido con su deber, tal como lo entendía, y que no creyó debía decir más de lo que entonces habló y que, respecto a los artículos de periódicos, fuesen de quien fuesen, no podía hacer otra cosa que lamentarlo. El general replicó que se veía obligado a dimitir por el mal estado de su salud. El ministro dicen que le contestó secamente, que el Gobierno le había en otras ocasiones demostrado sus deseos grandes de que continuase en Melilla, que este mismo deseo tenía ahora, pero que si insistía en la dimisión, inmediatamente le sería admitida. El general Marina telegrafió en el acto al ministro ratificándose, y como

esto ocurría en los momentos en que se procedía a una combinación militar, se incluyó en ella la Capitanía General de Melilla.

El 22 de agosto recibió el señor Maestre una carta del general Marina escrita en términos duros. En ella decía que los artículos por aquel escritos contenían desatinos y falsedades, pues el ejército se batió siempre heroicamente y la frase de la *infame derrota del barranco del Lobo*, como aquel decía, sólo tenía de exacta la infamia de escribir esas palabras y que pronto quedaría en libertad de acción para pedirle una reparación por las injurias lanzadas contra quienes defendían la Patria.

«La impresión que la carta produjo en el señor Maestre fué tristísima, y contestó que lo de infame se refería al acto cometido por los villanos rifeños contra nuestros valientes soldados y que le extrañaban, dada la cultura del general, algunas frases de su carta, siendo su resolución mantenerse en libertad para seguir ocupándose de estos asuntos.

A esta carta replicó el general Marina con otra, diciendo que él no trataba de coartar el derecho á que escribiese cuanto tuviera por conveniente, pero que no se daba por satisfecho con estas explicaciones, estando resuelto a impedir que rehuera el plantear este asunto en la forma debida, acudiendo para ello, si preciso fuera, a los términos de mayor violencia.

El día 5 de septiembre, en que el general Marina llegó a Madrid y nombró sus representantes, escribía el señor Maestre en *El Mundo* otro artículo en que decía :

«Y, sin embargo, a pesar de tanta abnegación y de tanta bravura, a pesar de tanta disciplina y amor a la bandera, sufrimos la derrota infame del barranco del Lobo.

»Infame la llamé en mi artículo del día 10, infame la llamo ahora y mil veces infame. Esta infamia claro está que no es nuestra, que no es de nuestro ejército. ¿Cómo había de serlo si derrochamos en ella el valor y la valentía a torrentes, si no regateamos allí ni gotas de sangre, ni dolores del cuerpo, ni esfuerzos y lealtad del espíritu ?

»Infame fué para la vil canalla rifeña, que profanó en la sima maldita, con el hierro villano de sus gumías, los cuerpos muertos de tantos héroes.»

Al entregar el general Marina el mando al general Arizón hizo publicar la siguiente Orden general, en la que elogiaba las virtudes militares de sus subordinados y expresaba la emoción y pesar con que de ellos se separaba.

«Por real orden de 25 de agosto quedo en situación de cuartel por haber sido admitida mi dimisión, que, fundada en motivos de salud, había presentado. Dejo por esta causa el mando de la Capitanía General de Melilla, y en el momento de separarme de vosotros me complazco en manifestaros a todos, generales, jefes, oficiales y tropa que han estado a mis órdenes, el recuerdo gratísimo que conservaré siempre del tiempo en que he ejercido el mando en este territorio.

»En este tiempo habéis puesto de relieve constantemente vuestras virtudes militares, tanto en el penoso servicio ordinario como en la preparación para la guerra y en la guerra misma, afortunadamente y con gloria, terminada en iguales fatigas y los mismos riesgos.

»No ha de parecer extraño que en el instante de separarme de mis subordinados les exprese, con verdadera emoción, el trabajo que me cuesta la separación y la despedida.

»Os dejo con verdadero pesar, y siempre recordaré la abnegación que habéis demostrado, llenando cumplidamente con exceso vuestros deberes más difíciles.

»A todos os envío un abrazo cariñoso de despedida, esperando confiado que cuantos generales ejerzan este mando quedarán tan complacidos y satisfechos de vosotros como lo está el que hasta hoy ha sido vuestro capitán general, comandante en jefe.
—*José Marina.*»

A las seis de la tarde embarcó, siendo despedido por todos los generales, jefes y oficiales que había en la plaza y por una gran multitud de paisanos, hebreos, comerciantes y delegaciones de todas las cabilas de Guelaya y muchas de Kebdana que habían venido por la Restinga con los jefes principales, como El Asmani y otros, antes enemigos; como Abd-el-Kader y Bu-Tien. Al embarcar fué vitoreado por la muchedumbre, y hasta perderse de vista el buque que le condujo a España no se retiraron del muelle las personas que habían ido a despedirle.

El general Marina, a su llegada a Madrid el día 5 de septiembre, fué recibido por el ministro de la Guerra, que se mostró con él muy afectuoso, y por muchos generales y personajes, marchando a los pocos días a Villalba a esperar la solución de la cuestión con el señor Maestre. El día 13 circuló por la Prensa la noticia de que aquel día se efectuaría un lance personal como consecuencia del asunto anterior. Se dijo que el general Tovar y el marqués de Martorell apadrinaban al general Marina y los señores don Amós Salvador y el doctor Ramón y Ca-

jal apadrinaban al doctor Maestre, pero que se esperaba no se efectuaría el lance porque este último señor estaba dispuesto a dar toda clase de explicaciones. El día 16 se publicó en la mayor parte de los diarios de Madrid un acta, por la que se daba el asunto por terminado, y aunque se decía, y la Prensa habló de ello, que el general Marina, no obstante esta acta, no se daba por satisfecho, no fué así, y no se volvió a hablar más de esta cuestión, de la que, si aquí nos ocupamos, es sólo incidentalmente y por la relación que tuvo con el cese inesperado en el mando de Melilla de un general en cuyas manos hubiera de otro modo estado todavía por mucho tiempo la dirección de los asuntos de aquel territorio con el que estaba tan identificado.

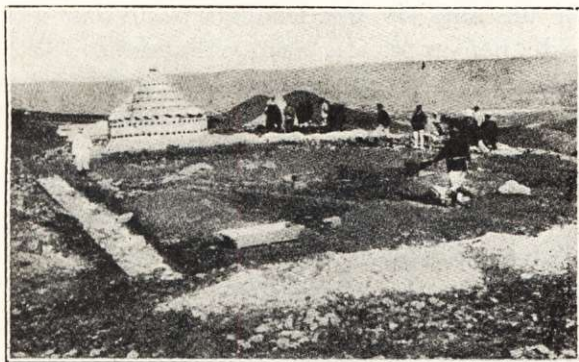
El general García Aldave entregó el mando de Ceuta al general Zubía el día 2 de septiembre, saliendo de allí el día 7 para Algeciras y Madrid, donde expresó a los señores Canalejas y Aznar las razones que había tenido para poner reparos a su nombramiento de capitán general de Melilla, cargo que consideraba era de mucha fatiga, dado el mal estado de su salud, pero haciendo la salvedad de que, como soldado, acataría siempre el mandato del Gobierno. El señor Canalejas insistió y le dió facilidades para atender a su salud sin dejar el cargo.

En vista de aquella deferencia del presidente aceptó el cargo, aunque aplazando el tomar posesión hasta después de someterse a un tratamiento médico en la Aliseda. Para el cargo que el general García Aldave dejaba en Melilla fué designado el general Alfau, quien, tan pronto fué nombrado, conferenció con el presidente del Consejo y se dispuso a ir a tomar posesión, efectuándolo el día 21, que llegó a Ceuta.

En cuanto se dió por terminada la campaña, se empezó por el Gobierno a pensar en los medios de consolidar la ocupación con medidas políticas que nos atrajesen a los indígenas y les hiciesen comprender las ventajas de nuestra administración, y una de las primeras preocupaciones fué la del desarrollo de trabajos públicos, que hasta nuestra ocupación eran completamente desconocidos de nuestros vecinos del Rif. Estudióse también la manera de mejorar la agricultura, que entre los moros sigue empleando los mismos procedimientos que hace siglos, y se pensó también en mejorar la enseñanza.

El día 1.º de enero de 1910 se reunieron en el ministerio de Fomento, el ministro del ramo, señor Gasset, el de la Guerra y el coronel de ingenieros señor Ortiz de Zárate, recién llegado de

Melilla, para tratar de la iniciación de algunas obras públicas en los territorios ocupados. Como resultado de esta conferencia se decidió el viaje a Melilla del señor Gasset para hacer un primer tanteo *de visu*, apreciando a grandes rasgos lo que pareciera más perentorio. Consiguiente a esta idea, el día 6 llegó el señor Gasset a Melilla a bordo del crucero *Numancia*, siendo recibido por los generales Marina, Arizón y jefe de la escuadra Ferrer, siéndole presentados los demás generales que tenían mando en aquel ejército y los moros amigos más conocidos, tales como Asmani y Maimón Mojatar. El mismo día de su llegada



Blokhaus del monte Uixan

visitó las obras del puerto y salió a examinar las de la bocana de Mar Chica en unión del ingeniero señor Moliné, tratando de la creación de un gran puerto civil y militar.

El general Marina ya en los primeros días del año había recorrido, en unión de técnicos civiles de las diversas ramas de la ingeniería, los territorios de Nador y Mar Chica para estudiar la forma de poder aprovechar aquellas tierras, pensándose en la creación de granjas agrícolas. Consideróse urgente la construcción de carreteras a Nador, Atlaten y Tres Forcas, y se pensó hasta en la construcción de una gran presa de embalse en el barranco del Lobo para surtir de agua a Melilla. El ministro visitó el día 7 el cementerio, deteniéndose frente a la sepultura del general Díaz Vicario, ante la cual pronunció un sentido discurso. Aquel mismo día inauguró los trabajos de la carretera a Zeluán y las obras del puente sobre el Río de Oro; en compañía del general Sotomayor visitó el zoco de Benisicar, haciendo en él algunas compras de efectos de la industria del país. Al otro día la comisión de ingenieros hizo una visita al barranco del

Lobo, protegiéndola dos batallones, y otro día estuvieron en Tauima y Nador para tratar del establecimiento de granjas agrícolas. El día 11 regresó el señor Gasset a la Península, pero quedaron en Melilla las comisiones de ingenieros, continuando sus estudios; en diversas excursiones recorrieron todo el territorio, y como resultado de sus estudios, el ingeniero señor García Faria presentó una ponencia de obras públicas que abarcaba los puntos siguientes:

1.º Opinaba no debían practicarse trabajos en el barranco del Lobo mientras no se comprobase que en él había en verano agua suficiente para las necesidades de Melilla.

2.º Pedía un análisis bacteriológico de las aguas del Río de Oro antes de pensar en su aprovechamiento.

3.º Exponía su parecer de que las aguas del Muluya, segundo río de Marruecos, podrían aprovecharse captándolas por el Oeste.

4.º Presentaba tres trazados distintos para el ferrocarril al Muluya.

a) Por Zeluán y Tiet a Sidi Bad.

b) Por el puerto de Mohared.

c) Por Muley Drís.

El señor Gasset, en el primer Consejo de ministros presentó los expedientes de construcción de carreteras y el de ensanche del muelle militar, y la *Gaceta* del 15 de enero publicó un decreto creando en Melilla una sección de Estadística.

Con objeto de utilizar también políticamente las obras públicas, así como los trabajos de empresas particulares, atrayéndonos a los indígenas, que en su contacto con nosotros podrían apreciarnos y comprender las dulzuras de la civilización, al mismo tiempo que se les atraía y sujetaba con los lazos del interés, teniendo en cuenta que el moro es, por naturaleza, interesado, se procuró dar colocación en toda clase de trabajos a los naturales del país, dando gran impulso a las obras del ferrocarril, que a fines de enero ya llegó a Nador, inaugurando los trabajos en las carreteras y en las minas, empezándose a trabajar en el mes de marzo en las de Tres Forcas. El trabajo tuvo gran aceptación entre los indígenas, llegando en el mes de marzo a estar empleados en las obras públicas más de 1,500 moros, gran parte de los cuales habían sido despedidos de la Compañía del ferrocarril Norte Africano, continuando los trabajos con gran actividad hasta el mes de septiembre, en que sufrieron al-

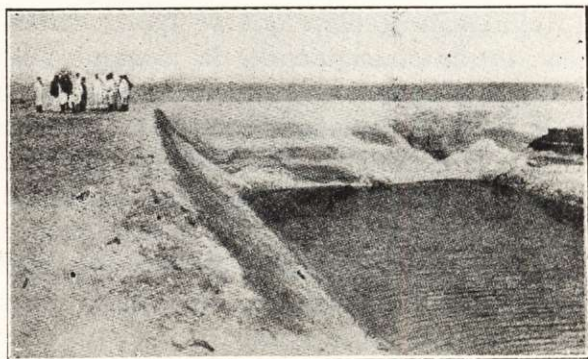
guna paralización por falta de crédito para continuar, pidiendo entonces el general Marina 100,000 pesetas con este objeto, mandándosele por el pronto 34,000, mientras se arbitraban recursos para mandarle el resto. Sin embargo, puede decirse que en el transcurso del año se construyeron casi todas las carreteras que hoy existen dentro de la zona que se ocupó como resultado de la campaña de 1909, incluso todas las carreteras militares a las posiciones. Reanudáronse las obras del puerto, imprimiéndolas gran actividad, llegándose al segundo tramo a fines de mayo con auxilio de la gran grúa Titan. Se continuó trabajando en la apertura de una bocana o canal que uniera la Mar Chica con el Mediterráneo, obra que se había comenzado a mediados del año 1909, consiguiendo la comunicación el día 2 de agosto por medio de un canal de 32 metros de anchura, por el que se calculó entraban seis millones de litros cada 24 horas, hasta que el día 5 se estableció el equilibrio del nivel, alcanzando el canal una anchura de 200 metros, quedando sumergido el desembarcadero o muelle de Nador y una gran extensión en los alrededores de la segunda caseta, incluso el cementerio donde se hallan enterrados la mayoría de los soldados que murieron en los primeros combates de la campaña de 1909. Los temporales han causado después desperfectos en el canal primitivo, pero no ha quedado obstruido, como se temía.

Para ver de realizar los proyectos acariciados, de creación de granjas agrícolas, el ministerio de Fomento mandó en el mes de abril un ingeniero civil para que, de acuerdo con los ingenieros militares, formulara el proyecto de una explotación de dicho género en Nador. El señor Gasset remitió también gran cantidad de plantones de arbolado, que se pusieron en Nador y que, desgraciadamente, todos se han perdido.

A fines del mes de julio fué a Melilla a hacer una visita de inspección el director general de Obras Públicas, señor Armiñán, visitando las obras del puerto, los ferrocarriles y carreteras, asistiendo a la apertura de la bocana de Mar Chica. Su impresión fué muy favorable y el día 3 de agosto regresó a la Península.

El comercio también desde los primeros momentos emprendió la tarea de perfeccionar la ocupación militar por medio de las relaciones comerciales, estudiando con fe e interés los medios de abrirse aquellos mercados y si posible era convertir Melilla en puerta para la introducción de productos en el interior de Marruecos. En el mes de marzo un delegado de los cen-

tros comerciales hispano-marroquíes recorrió el Rif hasta la zona del Muluya, adquiriendo impresiones que hacían concebir esperanzas, visitando después Chafarinas y Cabo de Agua en el mes de abril. A mediados de marzo también con objeto de hacer estudios comerciales estuvo en Melilla don Basilio Paraíso, visitando también Chafarinas. En el mes de junio aún estaba en Nador un delegado del Centro y en el de julio una comisión de los Centros visitó al señor Canalejas, dándole cuenta del resultado del viaje de su delegación al Rif y exponiéndole sus proyectos y las medidas que consideraban más útiles para facili-



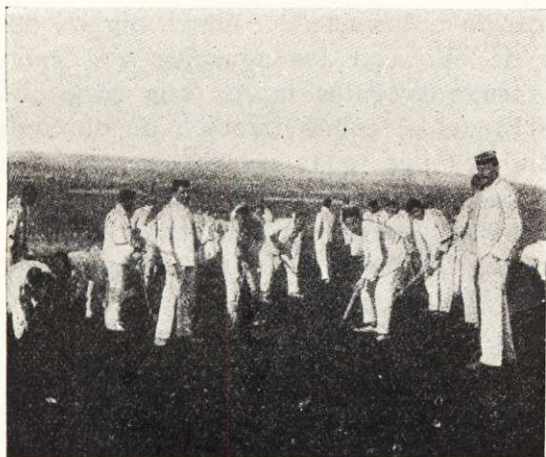
La bocana de Mar Chica

tar y auxiliar la acción del comercio, tratando de la creación de una escuela de español en el Rif (1), del proyecto de una Exposición de productos españoles que se había de inaugurar en breve en Melilla y pidiéndole su cooperación para lograr que el IV Congreso africanista se reuniese también en dicha ciudad. El presidente del Consejo les ofreció su apoyo para que las iniciativas del Centro prosperasen, prometiéndoles llevar a las Cortes los principales asuntos, pero les manifestó que la acción particular era muy importante en este caso y que era preciso interesar a los grandes capitalistas para que emplearan en Africa su dinero, terminando su conversación con elogios para los organizadores de las innovaciones.

Consideróse conveniente fomentar entre los moros la afición a hacer viajes a la Península para que, apreciando el estado de adelanto comercial, industrial y en todos sentidos, de

(1) La casa-escuela se construyó en Barcelona, de madera y quedó montada en Melilla el 13 de agosto.

nuestra nación, fuesen a su regreso propagandistas que hicieran circular entre sus compatriotas las alabanzas de España, reconociendo la superioridad de ella sobre su país, divulgando sus bellezas y adelantos, al propio tiempo que se convencieran de que en nada somos inferiores a otras naciones que en Marruecos gozan de grandes prestigios, sin tener sobre nosotros más ventaja que haberse sabido ellos mismos alabar y presentar rodeados de aureolas de superioridad y poderío. Con este objeto se invitó a visitar la Península en el mes de abril a varios caídes



Los ingenieros militares trabajando en la carretera de Segunda Caseta a Nador

(Fot. *Nuevo Mundo*)

de los que nos habían sido más adictos durante la pasada campaña y que nos habían prestado buenos servicios, siendo su lealtad probada. Aceptaron la invitación veinticinco, entre los cuales había ocho jefes principales, como El Checha, Asmani (El Gato), Aissa y otros. Llegaron a Málaga el día 9, acompañándoles el comandante Cumplido, el intérprete señor Marín y algunos oficiales de la oficina indígena de Melilla. El día 11 se encontraban en Madrid, donde fueron recibidos por el general Marina, quien les impuso las condecoraciones que el Gobierno español les concedía en premio a su lealtad y servicios. Acompañados de los generales Marina, Echagüe y Bascarán, estuvieron el día 12 a cumplimentar a S. M. el Rey, lujosamente ataviados y ostentando las cruces recibidas. El general Marina informó a don Alfonso detalladamente de los servicios de cada uno. El Rey escuchó con atención el relato y después les felicitó, clo-

giándoles. Los moros aparecieron deslumbrados por la magnificencia real y conmovidos por los elogios del Monarca, de cuyo trato quedaron encantados, no sabiendo cómo demostrar la firmeza de sus sentimientos de amor a España y al Trono. En los días sucesivos visitaron cuanto de notable encierra Madrid, siendo recibidos en todos los departamentos oficiales con pruebas de afecto y cariño, obsequiándoseles por el presidente del Consejo y los de las Cámaras en las visitas que hicieron a los centros respectivos.

El pueblo de Madrid, que sabe recibir con afecto y hacer objeto de su cariño a los que considera dignos de él y que ya había pruebas de ello con los agasajos y atenciones con que recibió a unos cuantos guías moros que trajo a la Península el batallón de Figueras, colmó también de obsequios a los caídes, acompañándoles por todas partes con aclamaciones y procurando por todos los medios hacerles agradable su estancia entre nosotros y que al regresar llevasen a su país un grato recuerdo de España. Visitaron Toledo y otras poblaciones de las proximidades de Madrid, y el día 19 se despidieron del Rey y de la Reina doña María Cristina para marchar a Barcelona. Se cuenta que la Reina preguntó a Asmani por qué le llamaban «El Gato», y éste contestó:

--Porque de pequeño subía a los árboles, como luego, de mayor, he subido al Gurugú a plantar la bandera española.

Después de Madrid estuvieron en Barcelona, donde también recibieron pruebas de afecto y consideración por todas las clases sociales: fueron recibidos por el capitán general, visitaron las dependencias oficiales, redacciones de varios periódicos y algunas fábricas, asistiendo también a algunos teatros y centros de recreo. Continuaron su viaje a Valencia en los primeros días de Mayo, coincidiendo su estancia allí con la celebración de la Exposición universal, la cual visitaron, presenciando en el Gran Casino el concurso de bailes nacionales, con el que se mostraron entusiasmados. En la Exposición se fijaron más en los aperos de labranza y máquinas agrícolas que en las cosas de lujo, gustándoles las armas, pero no así los trabajos de guarnicionería, considerando mejores los suyos. Uno de ellos decía viendo la Exposición:

—Bueno es conocer las cosas que no son útiles, para evitarlas.

Visitaron la Facultad de Medicina y fueron obsequiados por el señor Peris Mencheta con una *paella* en el Hotel Miramar

y con un almuerzo por el general Garrido, a quien conocían de la campaña. En Burjasot fueron obsequiados por el Ayuntamiento con otra *paella*.

Desde Valencia fueron a Málaga para regresar a Melilla contentísimos y deseando volver a repetir el viaje.

El día 23 de abril cumplimentó al Rey una comisión de moros de Benibugáfar venidos a Madrid expresamente con objeto de rendir a S. M. el homenaje de su adhesión. Entre ellos se encontraba El Arbi, que combatió contra nosotros el 30 de septiembre, un secretario del Mizzián y dos cabos leales, uno de ellos secretario de la Aduana de Melilla. Fueron presentados por don Enrique Macpherson, propietario de las minas españolas. S. M. les recibió en el Salón del Trono, resultando la entrevista interesantísima. El Arbi pidió perdón y ensalzó la magnanimidad del Monarca. Contestó el Rey otorgando su perdón, confirmando lo que ya en su nombre había hecho el general Marina. Todos los moros declararon que reconocían el poderío de España y aseguraron que lo divulgarían al regresar a Marruecos.

También en los primeros meses de la paz estuvieron en la Península los caídes Maimón Mohatar y El Naziri, que también regresaron a Melilla satisfechos de sus viajes respectivos. El último dijo a su llegada que lo que más le había gustado eran los trenes y que volvería para ver Córdoba, Sevilla y Granada.



THE
[Faint, illegible text block containing several lines of text, possibly a title or header section.]

[Faint, illegible text block containing several lines of text, possibly a body paragraph.]



CAPITULO III

Suspensión de negociaciones en Fez.—El Muazza.—Lentitud de las negociaciones en Madrid.—Viaje del Muazza a Fez.—Opinión del Mokri.—Rumores desagradables.—Los obsequios de Hafid.—El Mokri es designado para terminar las negociaciones.—Su llegada a Madrid y presentación de credenciales.—La Prensa francesa y la Prensa española.—Discreción del Mokri.—Recelos de la Prensa española.—Regalos recíprocos.—Intransigencia marroquí y tesón de los españoles.—Versiones tendenciosas.—Declaraciones de Canalejas.—Agitación en el Rif.—Una nota oficiosa.—Temores de la opinión.—La indemnización.—Fin de la negociación.—Extracto del Tratado.—Satisfacción y fiestas oficiales y particulares.—El marqués de Alhucemas.—La opinión del señor Maestre.—Declaraciones del señor Canalejas en el Senado.—El convenio franco-marroquí de 1910.—La ratificación del Tratado hispano-marroquí.

El día 7 de julio de 1909 embarcaba en Tánger a bordo del crucero *Numancia* una embajada que Muley Hafid enviaba a España para continuar las negociaciones que estaba tramitando en Fez nuestro embajador señor Merry del Val, y que éste, no considerando conveniente seguir en vista de algunos incidentes ocurridos con el Sultán, había suspendido, saliendo de la capital del Imperio marroquí; pero comprendiendo el Sultán que no había más remedio que dar solución a los asuntos que desde la aprobación del acta de Algeciras tenía pendientes con España, nombró su ministro plenipotenciario para continuar la negociación a Sidi-Ahmed-Ben-El-Muazza, quien, acompañado de tres de sus mujeres, cocineros y criados se puso en viaje en los

primeros días del mes citado, llegando a Madrid el día 9 y presentando al Rey sus credenciales el día 11.

Este Ben-Muazza era un personaje, o menos que personaje, de orden secundario entre los que rodeaban a Muley Hafid, sin prestigio alguno ni nombre en la Corte xerifiana, y, además, se le mandó sin poderes suficientes para resolver nada, viniendo a ser sencillamente un órgano de comunicación entre el ministro



El coronel Primo de Rivera en un zoco

de Estado español y el Guebbas, ministro de Negocios Extranjeros de Marruecos. Las conferencias entre el ministro de Estado, señor Pérez Caballero, y el Muazza comenzaron a los pocos días, pensándose que la negociación se llevaría con la rapidez que las circunstancias requerían, pero con extrañeza de todos, pasaban meses y el asunto continuaba sin adelantar un paso. A mediados de febrero cambió el ministro de Estado, entrando a sustituirle el señor García Prieto. Se creyó que este cambio favorecería la rapidez de las negociaciones, pero los hechos no confirmaron la suposición, pues hasta el día 26 de abril no se pudo redactar por el ministro de Estado un proyecto de tratado después de una infinidad de reuniones de los negociadores, en

las que el representante de los intereses españoles tuvo que sostener grandes luchas para vencer la resistencia del Muazza a las concesiones. Pero cuando al presentarle este proyecto ya parecía que se habían orillado, si no vencido, todas las dificultades, el embajador marroquí se limitó a darse por enterado, conformándose en principio, pero manifestó que careciendo de poderes bastantes necesitaba ir a Fez a consultar con el Sultán acerca de algunos extremos dudosos que no podía apreciar por carecer de datos, pero que para no perder tiempo (cuando tanto se había perdido) quedaban en Madrid sus secretarios, Ganan y Zimbar. La opinión pública ya se iba cansando de aquellas negociaciones que el pueblo de Madrid, con su carácter dado a apreciar las cosas desde el punto de vista cómico, empezaba a tomar a broma, habiéndose llegado a familiarizar con la permanencia en Madrid de aquella eterna embajada, que al parecer no servía más que para proporcionar con su presencia un acompañamiento teatral a cuantas fiestas y acontecimientos oficiales y populares acaecían en la Corte y para dar motivo a chanzonetas y chascarrillos en revistas satíricas de la Prensa o del teatro.

El día 27 salió el embajador El-Muazza de Madrid, y sin detenerse llegó a Cádiz, embarcando en el *Numancia* para Tánger, no volviéndose a tener más noticias de la embajada mora (1) hasta el 18 de agosto, en que se supo estaba en Alcázar de regreso, y que en Tánger tenía preparado el crucero *Extremadura* para volver a Madrid. En Tánger se encontraba por aquellos días el Mokri, personaje marroquí, que había ejercido de representante del Sultán en las últimas negociaciones de éste con Francia, y en una visita que hizo al señor Padilla, encargado de Negocios de España en Marruecos, le manifestó que estaba seguro de los buenos deseos que animaban al Magzen por que las negociaciones terminasen pronto y satisfactoriamente para ambos países y que le constaba que El-Muazza traía ahora instrucciones para liquidar con el Gobierno español amistosamente y en breve plazo. Pero por otros conductos llegaban rumores de que las instrucciones eran para que se negase rotundamente a pagar las indemnizaciones que España pedía por los gastos hechos para la pacificación del Rif, alegando el Sultán que eso era

(1) A excepción de una noticia que a fines de mayo circuló por la Prensa haciendo público que el Consejo de Estado había declarado que la célebre embajada había gastado ya 400 mil pesetas, sin que hubiera crédito asignado para pagar su estancia en España, habiéndose hecho hasta entonces con cargo a las herencias de españoles muertos en el extranjero sin dejar herederos.

de su incumbencia y que si se le impidió hacerlo, no podía ahora ser responsable de los gastos, añadiendo que si España insistía en sus pretensiones, sometería la reclamación a resolución de las potencias firmantes del acta de Algeciras.

A esta argucia no se la concedía importancia, en la seguridad de que si ese caso llegara, las potencias se inhibirían, como hicieron cuando las ocupaciones hechas por Francia en el Este marroquí y en la Chauia, por las cuales tuvo que pagar indemnización el Imperio.

El Muazza era portador de algunos regalos para el Rey



Don Rafael Gasset, ministro de Fomento

de España, tales como el consabido caballo de todas las embajadas que ha enviado siempre Marruecos, tres halcones y una carta autógrafa de Hafid llena de zalamerías.

El día 27 llegó a Cádiz, siendo recibido con todos los honores debidos a un embajador. A las autoridades que salieron a recibirle les manifestó que había tenido mala travesía, mareándose en unión de una de sus esclavas. También dijo que opinaba que todo se arreglaría pronto y amistosamente. El día 30 ya visitó al señor Canalejas en el ministerio de Estado y le entregó la nota de Muley Hafid. El señor Canalejas se dolió de las dilaciones que hasta entonces habían sufrido las negociaciones y de las especies que circulaban respecto a la actitud del Sultán, contestándole el embajador que eran completamente inexactas las declaraciones que la Prensa le atribuía, y que, por el contrario, el Magzen estaba animado de los mejores deseos de concordia,

y en este principio estaban basadas las instrucciones de que era portador. Las conferencias se reanudaron, interviniendo en alguna el mismo presidente del Consejo, que más de una vez inspiró las contestaciones que habían de darse a la nota del Sultán.

Cuando estaba dispuesta la opinión a continuar considerando las negociaciones con Marruecos como una enfermedad crónica, de pronto, a mediados de septiembre, circuló la noticia de que iban aquéllas a entrar resueltamente en un período de actividad



El ministro señor Gasset en el zoco de Benisicar

(Fot. *Nuevo Mundo*)

enérgica, y que, con objeto de hacer desaparecer las dificultades que traía consigo la poca personalidad de El-Muazza y la carencia de poderes, el Sultán había nombrado para continuar la negociación al Mokri, uno de los primeros personajes de su Imperio, que hacía poco había sido relevado del ministerio de Negocios Extranjeros, diplomático avezado y ajustado al protocolo, representante que había sido del Sultán para las últimas negociaciones con Francia, aficionado a las cosas de Europa y preconizador en su país de las ventajas de la civilización, cuyas dulzuras había gustado varias veces. Cuando venía a Europa, hacía vida europea, prescindiendo de las prácticas musulmanas, no empleando sus cocineros en los hoteles donde se hospedaba, ni haciendo la vida que estamos acostumbrados a ver hacer a todas las embajadas marroquíes que han venido a Europa en

diversas ocasiones, más a servir de regocijo a los desocupados que a resolver cuestiones internacionales.

Pronto fué oficial la noticia de que el día 21 de septiembre había salido el crucero *Extremadura* para Tánger a traer al nuevo embajador, que desembarcó en Cádiz el día 24 con dos hijos de 10 y 12 años, dos secretarios y cuatro criados, acompañándole también el ministro de Obras públicas de Marruecos. Sin detenerse en Cádiz siguió en el primer exprés a Sevilla, en donde permaneció unas horas, que aprovechó para visitar un cortijo y la dehesa de Tablada, siguiendo luego a Madrid. Durante el viaje comió en el vagón-restaurant con sus hijos. A su llegada a la Corte fué recibido con todos los honores debidos a su representación, esperándole en la estación el capitán general, el subsecretario de Estado, señor Piña ; el ministro de España en Tánger, señor Merry del Val, y El-Muazza, con todo el personal de su embajada. Hospedóse en el Hotel de Roma, pasando la mañana conferenciando con El-Muazza. Por la tarde le cumplimentaron los señores Canalejas y García Prieto, y dando una prueba de sus aficiones y conocimiento de la vida europea, asistió por la noche al teatro de Lara, donde su presencia en un palco produjo la expectación que es de suponer.

Los días siguientes estuvo estudiando lo que ya había hecho en las negociaciones, y el día 1.º de octubre, después de haber estado El Muazza en Palacio a las diez de la mañana a recoger sus credenciales, recibiéndole el Rey con el señor García Prieto y los altos dignatarios, cuya presencia es de rigor en estas ceremonias, presentó el Mokri las suyas con toda la solemnidad que prescribe el protocolo. Formóse una comitiva con tres carrozas de gala de la Real Casa, escoltándole un escuadrón de caballería. En la Plaza de la Armería se le rindieron los honores militares, y a las doce y media le recibía el Rey en el Salón del Trono.

El Mokri pronunció un discurso exponiendo los firmes y vehementes deseos que tenía Muley Hafid por conservar los lazos de afecto entre las dos naciones. Comunicó al Rey el encargo que tenía de terminar las negociaciones que empezó El-Muazza, esperando que la cooperación del Gobierno coronaría el éxito, y terminó diciendo que Muley Hafid confiaba en España y que agradecía el recibimiento hecho a su persona.

El Rey contestó que compartía los deseos y esperanzas del Sultán y que es tan adicto como otras potencias que firmaron el acta de Algeciras, a los principios que en ella se fijaron, es-

tando persuadido de que Marruecos y España encontrarían mutuas ventajas en la inteligencia acerca de las bases establecidas y en el respeto a los tratados e intereses legítimos que se derivan de las circunstancias, y terminó ofreciendo la cooperación del Gobierno para llegar a un acuerdo.

Después el Rey conversó con el Mokri y éste cumplimentó a la Reina y entregó al Rey la condecoración recientemente creada en Marruecos y que es el primer soberano que la ha recibido. El Mokri declaró sus deseos de que las negociaciones durasen poco, pues quería llevar a sus hijos a un colegio de Siria y después ir a París a consultar a los especialistas sobre una enfermedad.

El cambio de embajador, desde luego, indicaba también un cambio de procedimientos y nuevo giro en las negociaciones; eso nadie lo podría dudar. Pero aún fué mayor su influencia, porque al sólo anuncio ya empezó a producir efectos que por el pronto no fueron buenos. Aún no había salido el Mokri de Tánger, cuando la Prensa francesa empezó a comentar la sustitución de El-Muazza y adelantarse a los sucesos. *Le Matin* del 27 de septiembre publicaba un telegrama de Tánger en el que se decía que el Mokri venía a la Península a confirmar al Gobierno español la negativa del Magzem a pagarnos ninguna indemnización, por entender que las operaciones del Rif en 1909 fueron injustificadas y que de ellas protestó varias veces el Gobierno marroquí. Que si España mantenía su intransigencia, el Mokri sostendría también su punto de vista, y, en último caso, sometería la cuestión al tribunal de La Haya, aunque Muley Hafid no se negaba a dar alguna compensación, que acaso pudiera ser la ampliación de nuestras zonas de influencia en Ceuta y Melilla. Que de igual modo ratificaría la negativa del monopolio que pretendían en Tánger las sociedades españolas de producción de energía eléctrica y teléfonos y que no renovarían los poderes a la policía española en los cuerpos marroquíes.

El corresponsal decía que los aprestos de los españoles en Ceuta eran una amenaza indirecta y una respuesta anticipada a las intenciones del Magzen, que no eran, decía, ignoradas por el Gobierno de Madrid.

Ya antes de publicarse este artículo y aun antes de emprender su viaje el Mokri, habían circulado por la Prensa francesa análogas versiones atribuidas al mismo; pero con fecha 19 decía nuestra legación en Tánger al Gobierno, que dicho personaje negaba haber hecho las declaraciones que le suponían y que acaso el funda-

mento de las mismas fuera la contestación que había dado a unos periodistas franceses que le preguntaron si era cierto que el Magzem había rechazado ciertos puntos esenciales propuestos por España, a lo cual él había contestado que lo ignoraba y que precisamente iba a Madrid con plenos poderes para llegar a un acuerdo, autorizándoles para que desmintieran las noticias que otra cosa dijese. También la Prensa española, al saber que venía el Mokri, volvió a poner sobre el tapete la cuestión marroquí, y *El Imparcial* del día 20 decía que el Sultán empleaba dos temperamentos distintos, según tratase con Francia o con España; que a la primera la concedía cuanto reclamaba, mientras a nosotros nos desatendía. «Los franceses, decía, avanzan rápidamente y el Magzen calla; nosotros dilatamos modestamente los límites de nuestras plazas, imponiendo el castigo a los atropellos de los rifeños, y el Magzen se indigna.»

Apenas puso el embajador su pie en tierra española se recrudecieron las cábalas sobre sus propósitos. A su paso por Sevilla telegrafiaban a Madrid que se aseguraba que una de sus misiones era lograr el desistimiento de España sobre su acción en Ceuta a cambio de concesiones en Melilla.

Con estos antecedentes era de esperar que, como ocurrió en la misma estación de Madrid, fuera asediado para que hiciera declaraciones, pero como moro astuto y hábil diplomático, nada dejó traslucir. Dijo únicamente que no necesitaría consultar a Fez porque traía plenos poderes y quería celebrar un nuevo convenio con España para puntualizar extremos que a ambos convenía. Al preguntarle si la presencia a su lado del ministro de Obras públicas de Marruecos estaría relacionada con algunos extremos del acta de Algeciras referentes a caminos en Marruecos, contestó:

—Es mi médico, que me aconseja sobre mi salud, y es un sabio que me aconseja sobre las cuestiones que he de tratar.

Negóse a hacer más manifestaciones, diciendo:

—No puedo faltar a la leyenda que dice que la diplomacia es muy reservada.

Por todos estos hechos, la atención pública se preocupó del desarrollo de las negociaciones, vacilando la opinión en la incertidumbre, aunque predominando la nota pesimista, debida a la actitud dudosa de los franceses, reflejada en sus grandes periódicos, y a las noticias que se recibían de agitación en las cabilas de la izquierda del Kert, preocupándose de lo que podría ocurrir, pues el espíritu público ya se iba penetrando de la trascendencia que para España representa el mantenimiento primero y la afir-

mación después de la influencia española en el Norte de Africa. El diario *A B C* insistía en pretender saber que el Magzen se negaba a pagar ni un céntimo, pero que concedería compensaciones en Ceuta y Tetuán y en que el Sultán no prorrogaría el mandato a la policía de puertos, y que, por lo tanto, en diciembre de 1911 tendrían que salir de Larache y Tetuán los oficiales españoles que mandaban la policía indígena. *El Imparcial* del día 28 de septiembre, ocupándose de la llegada del Mokri, decía que era preciso que ante el Sultán y ante las potencias apareciesen los españoles unidos en sus opiniones para defender los derechos de la nación y que así tendría el Gobierno la fuerza necesaria para mantener actitudes que no necesitasen modificaciones.

El Imparcial del día 29 publicaba un artículo de fondo que titulaba «Honrado aviso», y en él aconsejaba al Mokri que no diera crédito a las informaciones francesas, pues España estaba decidida a ir a la guerra antes que humillarse. *El Diario de Barcelona* el mismo día 29 decía :

«El Gobierno obra, al parecer, con cautela, no descubriendo los propósitos del Mokri ; pero regularmente su discreción es debida a que está tan desorientado como el resto de los españoles. Lo único que Canalejas manifiesta es su propósito de defender con tesón y constancia los derechos de nuestra patria.

»Los franceses nos amenazan con la contingencia de una guerra formal en Marruecos y *Le Matin* de hoy dice que España proyecta un empréstito de 1,500 millones para tener fondos con que hacer frente a esa guerra, así como también relacionan con ello el proyecto de servicio militar obligatorio y hasta atribuyen el sostenimiento de las huelgas en Cataluña a la conveniencia de los radicales para tener una base de agitación el día en que la situación vuelva en Africa a complicarse y la acción armada de España sea inevitable.» :

No debían estar tan alejadas de la realidad las versiones que circulaban acerca de la actitud de los franceses, cuando el Consejo de ministros, reunido el 1.º de octubre, abordó este asunto, exponiendo los señores Canalejas y García Prieto el estado en que se encontraba el problema de Marruecos, deliberando acerca de la actitud que habría de adoptar el Gobierno en el caso de ser ciertos los propósitos que por la Prensa francesa se atribuían al Mokri ; pero los informes oficiosos decían que en la actitud del Gobierno francés no había nada que autorizase aquella hipótesis, y hasta aquel momento había Francia cumplido con España sus compromisos, como ésta con ella.

También el Mokri hizo al Rey los correspondientes regalos, que consistieron en una silla de montar moruna, anas gumías, babuchas, tapices y telas.

El Gobierno regaló a El-Muazza un juego de té, de plata. El día 3 salió El-Muazza de Madrid para Córdoba y Algeciras, donde embarcó el día 4 en el crucero *Numancia* con destino a Tánger.

Al día siguiente de su llegada ya tuvo una conferencia el



Un zoco de ganado

(Fot. Ortiz Echagüe)

Mokri con el ministro de Estado, y al parecer estaba decidido a adelantar el tiempo perdido, pues no quiso ni siquiera suprimir las conferencias en los días festivos ; pero no era lo mismo respecto a sus disposiciones para ceder en sus pretensiones, con lo cual se hubiera, sin duda, facilitado el llegar a un acuerdo que pusiera fin a la negociación. Antes al contrario, todos los indicios hacían suponer que se mostraban los moros intransigentes, pero los españoles, a su vez, no estaban inclinados a ceder, porque estaban convencidos de la justicia de sus reclamaciones, llegando hasta la suspensión de las conferencias, pero sin que por ello se mostrasen dispuestos a ceder.

Los franceses, por su parte, continuaban creándonos obstáculos y haciendo circular versiones que contribuyesen a dirigir ha-

cia nosotros la odiosidad de otros países. *Le Petit Parisien* decía que España en sus negociaciones había reclamado de Marruecos una crecida indemnización de guerra. La noticia era a todas luces tendenciosa, porque ese punto aún no se había tratado, habiéndose únicamente informado al Mokri del importe de los gastos que acarreó la guerra. Si el Magzen decía otra cosa era con el objeto de hacer atmósfera en el extranjero, pero no por eso se temía que a nuestro Gobierno le faltase el apoyo de los Gabinetes de París y Londres, porque nadie creería la burda invención de la diplomacia jerifiana.

El señor Canalejas en el Congreso declaró que en sus negociaciones con el Mokri el Gobierno no intentaría hacer nuevas conquistas, pero que mantendría lo conquistado en Melilla y que seguiría su camino con decisión hasta alcanzar el fin que se proponía.

Al mismo tiempo que se seguían las negociaciones en Madrid, las noticias de Melilla delataban alguna agitación en las cábilas del Kert, coincidiendo con las informaciones de la Prensa francesa, que no cesaba de hablar de la inminencia de una ruptura entre España y Marruecos y de preparativos que suponía hacíamos para emprender en el Rif operaciones que tendrían a Tetuán como objetivo. *Le Journal des Débats*, dando por cierto que en España existía un partido colonista a semejanza del francés, decía que el Gobierno español sabría contener las intemperancias de los que soñaban con el reparto de Marruecos y prevenían con regocijo una nueva campaña en Marruecos. Felizmente estas noticias tendenciosas no produjeron efecto en las cábilas del Rif gracias a los trabajos en contra que hacían nuestras autoridades de Ceuta y Melilla, haciendo comprender a los cabileños el origen y tendencia de esas informaciones y a que a la vez veían por sus propios ojos que no se hacían tales aprestos ni había indicios de que España abrigase las intenciones que la suponía cierta parte de la Prensa francesa. *L'Echo de Paris* llegaba a decir que nuestras pretensiones eran exageradas y que debíamos moderarlas si queríamos conservar las simpatías de Europa.

Todo esto contrariaba al Gobierno por no poder formarse idea de hasta qué punto había de llegar el Mokri en sus concesiones, y aunque parecía que había esperanza de llegar a un arreglo amistoso, el ministro de Estado no ocultaba su preocupación, como no se reservó de decir en el Congreso el día 19 al tratar del presupuesto de su departamento. El día 20, con

pretexto de poner las actas en limpio, se suspendieron de nuevo las negociaciones, y el ministro de Estado dió la siguiente nota oficiosa.

«En primer término, es absolutamente inexacto que España pida al Sultán compensaciones territoriales, a menos que entiendan por tal el cumplimiento del artículo 3.º del tratado de 1880 relativo al establecimiento de una pesquería en Ifni.

»En segundo lugar, tampoco es cierto que solicite el Go-



Moras en un zoco

(Fot. Ortiz Echagüe)

bierno de Madrid nada que de cerca ni de lejos se relacione con la instalación de las armas españolas en Tetuán.

»Y, en fin, la cifra de 150 millones de pesetas que se afirma reclamada al Magzen en concepto de indemnización de guerra, sólo existe en las suposiciones de quienes la han puesto en circulación.

»Este asunto sólo en líneas generales ha sido tratado hasta ahora entre el señor García Prieto y el Mokri, habiendo informado el primero al segundo de algo que por lo demás era conocido de la mayoría de las gentes.

»Ha dicho el ministro que los gastos militares de 1909 y 1910 que no han podido pagarse con las consignaciones ordinarias del presupuesto y han requerido gastos extraordinarios,

ascienden, según la ley de 29 de julio último, a 121 millones de pesetas.

»De esta suma, naturalmente, para calcular lo invertido en las operaciones del Rif, hay que rebajar la parte no menguada que representan las atenciones de Ceuta y la Península.

»Esto demuestra la exageración de la cifra de 150 millones de pesetas arriba citada.

»Al tiempo que los rumores dichos, han corrido otros tocantes a reconocimientos militares practicados por la guarnición de Ceuta en campo marroquí y conminaciones a los cabi-



El general García Aldave

leños de Anghera para que se presten a que se reanuden los trabajos de la carretera de Ceuta a Tetuán.

»La continuación de las negociaciones entre el ministro de Estado de España y el embajador de Marruecos y la existencia de un acuerdo del cuerpo diplomático en Tánger, tomado hace meses con asentimiento del representante de S. M. el Rey de España acerca del referido camino, hubieran podido bastar para que se reputasen inverosímiles tales noticias que, en efecto, carecen de fundamento.»

La opinión suponía que aunque se decía que el Mokri traía plenos poderes, se había de llegar a un punto en las negociaciones en que no se considerase con suficiente autoridad para pactar con el Gobierno español, pensándose que cuando estuviera ya próxima a terminar la negociación se iría el Mokri a Fez o a París y quedarían las cosas en *statu quo*, es decir, paradas, en el camino de Ceuta, como hacía meses lo estaba la esperada carretera.

El día 22 se dió una nueva nota oficiosa en la que se decía que ya se había llegado a un acuerdo en algunos puntos, tales como el abono de los gastos hechos para mejoras de carreteras, faros, etc., fijándose en principio las cifras y forma de pago por el Magzen, añadiéndose que, sin embargo, ese estudio y los demás quedaban pendientes, aunque se proseguían las gestiones, pero que no debía extrañar que las soluciones exigieran madura reflexión, por tratarse de asuntos muy complejos y trascendentales.

La opinión traducía esas manifestaciones oficiosas en el sentido de que habían fracasado las negociaciones ; pero el Gobierno hizo toda clase de esfuerzos para desvanecer las dudas, mostrándose de tal modo favorable la opinión a la defensa de nuestros intereses en Africa, que los partidos depusieron ante ella sus antagonismos, como hicieron los diputados señores Llorens y Nogués, que por indicación del señor Canalejas suspendieron unas interpelaciones que sobre estos asuntos tenían anunciadas.

Ahora ya la Prensa francesa toda, no sólo la colonial, se ocupaba del asunto, dando detalles para que se les supusiese muy enterados, mezclando con ellos noticias falsas, como suponer una invasión de tropas españolas desde Ceuta, para asegurar las comunicaciones, expedición que sólo había existido en la imaginación de los colonistas franceses.

En una de las últimas conferencias celebradas en este mes, el ministro indicó al Mokri que para satisfacer la indemnización podría establecerse una Aduana en la frontera rifeña ; pero el Mokri dijo que la indemnización le parecía excesiva, pues Francia sólo exigió por las operaciones de Casablanca 65 millones, y pidió que este asunto se dejase pendiente, a lo que el ministro accedió por evitar la ruptura, confiando en que, dada la justicia de nuestra causa, se llegaría a la solución cordial. La noticia llegó a París e inmediatamente publicó *Le Temps* un artículo diciendo que carecíamos de derecho a lo que pretendíamos de Marruecos y que el establecimiento de aduanas era opuesto a las cláusulas del acta de Algeciras, con lo cual se tendía a ponernos enfrente del Sultán, aumentándonos las dificultades.

El señor Canalejas el 26 de octubre dijo a los periodistas que únicamente faltaban dos o tres conferencias y la redacción de las actas, pero contradiciendo esta manifestación el día 8 de noviembre, volvieron a sufrir nueva suspensión las negociaciones, bajo pretexto de tener el Mokri que pedir algunos antecedentes a Tánger. Sin embargo, se dijo oficiosamente que el pun-

to dificultoso de la negociación estaba vencido, habiéndose reducido a 65 millones, que acaso se rebajasen más aún, teniendo en cuenta las circunstancias difíciles por que atravesaba el Imperio. Al mismo tiempo se hacía saber que la lentitud de la negociación era debida en gran parte a que, tanto el señor García Prieto como el Mokri deseaban dejar las cosas resueltas de manera que se redujeran al mínimo las probabilidades de conflictos en el porvenir, no decidiendo nada sin haber reunido antes todos los datos y estudiado todas las contingencias, como se hizo últimamente, en que, para resolver algunos extremos relacionados con el establecimiento de la policía mixta en el campo de Ceuta se llamó a Madrid al caid de Anghera Mohamed Absalam, retrasando este incidente algunos días la negociación, pero ya el Mokri hablaba de volver a su país, lo cual se consideraba como buen síntoma.

Por fin, el día 15 de noviembre se hizo público oficiosamente por el Gobierno, que se había llegado al término de las negociaciones de manera feliz y satisfactoria para las dos naciones, firmandose el tratado a las nueve de la noche del 16 en el ministerio de Estado por el señor García Prieto y el Mokri.

En las cláusulas del tratado se determinaban, entre otras cosas, las siguientes :

Se nombrarán dos funcionarios, uno español y otro marroquí, quienes, puestos de acuerdo, propondrán al Sultán las medidas conducentes a garantizar el orden.

Se organizará una policía de 1,200 hombres, que estarán a las órdenes de ambos comisionados.

Esta fuerza se pagará con cargo a la Aduana de Melilla, anticipando por el pronto para ello un millón de pesetas el Gobierno español.

200 policías se destinarán a las proximidades de Alhucemas, otros 200 al Peñón y el resto al Rif.

Conforme se vayan instruyendo se disminuirán las guarniciones españolas, y como el acta de Algeciras establece la integridad de Marruecos como punto fundamental, el ejército español permanecerá donde se encuentra, hasta el día en que Marruecos pueda por sí satisfacer las necesidades de la paz universal.

Respecto a Ceuta, el Sultán se compromete a no fortificar sus alrededores.

El caid de la población y el gobernador militar podrán, de común acuerdo, resolver los asuntos locales.

Se establecerá una Aduana, cuyos ingresos servirán para sostener las fuerzas indígenas. Si los ingresos de las aduanas de Tetuán y Tánger disminuyesen por la creación de la de Ceuta, el Sultán determinará en qué proporción ésta habría de contribuir a compensar la baja.

Con el fin de orillar las dificultades para el pago de la indemnización por los gastos hechos en el Rif hasta octubre de 1910, los de los sucesos de Casablanca en 1907 y los socorros a los moros y hebreos refugiados en Melilla desde 1903 a 1907, ésta se fija en 65 millones de pesetas con interés del 3 por 100 a satisfacer en 75 años con el 55 por 100 del impuesto de utilidades previsto por el reglamento minero del artículo 112 del acta de Algeciras, que corresponde al Magzen y con el remanente de la Aduana de Ceuta.

Las mejoras de obras públicas hechas en el Rif y que España estima en 11.500.000 pesetas serán reintegradas en un plazo relativamente corto (1).

El 1.º de mayo siguiente a la firma del tratado debía salir de Mogador un delegado del Sultán para entregar a los españoles el territorio de Santa Cruz de Mar Pequeña, donde se establecería una pesquería.

El tratado se firmó con una pluma de oro rematada en una perla. La pluma la compró el señor Canalejas, regalándola luego a la esposa del señor García Prieto.

Antes de la firma el Mokri impuso a los señores Canalejas y García Prieto las insignias de la Orden marroquí que el Sultán les concedía y a su vez Canalejas le impuso al Mokri la Gran Cruz de Isabel la Católica.

Grande fué la satisfacción que en todos los españoles que se interesan por los asuntos de la patria produjo la firma del tratado, tanto por las ventajas que con el mismo obteníamos, como por poner fin a una cuestión que había amenazado con hacerse interminable, dejando pendiente sobre la nación una espada de Damocles, que al caer algún día, acaso en el que nos halláramos menos preparados, podía acarreararnos complicaciones y peligros difíciles de prever. La Prensa en general, sin distinción de matices, alabó el resultado de las negociaciones, considerándolo como un triunfo legítimo del Gobierno. *El Imparcial* decía que el millón de pesetas que España adelantaba para los

(1) El tratado íntegro se halla en la obra «España en Marruecos» en 1909, por A. Riera.—Casa Editorial Maucci, 1911.

primeros gastos de organización serían reintegrados en trece anualidades.

El día 17 se celebró en el ministerio de Estado un banquete en honor del Mokri, asistiendo el Gobierno, los presidentes de las Cámaras y toda la embajada marroquí. Al final el señor Canalejas pronunció un discurso congratulándose del feliz término de las negociaciones y de las buenas relaciones que reinaban entre los dos países, esperando que se estrecharían cada día más.



Grupo de caides en la Exposición de Valencia

En el ministerio de Estado se verificó asimismo una recepción en honor del Mokri. En Palacio se le dió también un banquete de gala de treinta cubiertos. El Rey concedió al Sultán el collar de Carlos III y al Mokri la Gran Cruz de la misma Orden. No solamente se demostró con fiestas oficiales el contento por la terminación de las negociaciones, sino que también hubo bastantes fiestas particulares para celebrarla. Hubo una fiesta infantil con asistencia del príncipe de Asturias, en la que los niños asistieron llevando bandas de los colores nacionales. El Centro Hispano-Marroquí también organizó con el mismo motivo un banquete.

Más adelante se concedió por S. M. el Rey al señor García Prieto el título de marqués de Alhucemas, como premio a los relevantes servicios que representaba el éxito de las negociaciones.

El señor Maestre publicaba un artículo con motivo del convenio, y entre otras cosas decía :

«Pero un tratado entre dos pueblos nunca es una solución definitiva y para siempre, mucho más si el pueblo con quien se trata es Marruecos.

»Este tratado no será otra cosa sino un compás de espera, un momento de parada para volver a empezar la acción.

»Ahora es cuando tienen nuestros políticos el deber de preparar a esta nación de las épicas empresas, porque la acción vendrá pronto, ya que Marruecos constituye la última esperanza que le queda a España.

»A nuestro abnegado, a nuestro heroico ejército, no hay que decirle más que una cosa : «Ten fe y espera.»

En la sesión del Senado el día 17 el general Luque pidió al Gobierno que explicara el resultado de las negociaciones.

El señor Canalejas contestó, empezando por dar cuenta del fin de las negociaciones y felicitando al país por el éxito. Relató las vicisitudes y consecuencias de la campaña de Melilla, elogiando al ejército. También dedicó elogios al señor García Prieto por su gestión en el ministerio de Estado y a la serenidad del Rey ante las complicaciones que con frecuencia se temieron.

Dijo que por razones que eran del dominio público no podía llevar a la Cámara el tratado con Marruecos.

Negó que Inglaterra ni Francia procurasen en ocasión alguna estorbar el éxito de las negociaciones.

Afirmó que Francia ni España fueron a Marruecos en son de conquista y que jamás pensaron en el reparto del Imperio.

«Fuimos allí—dijo—a llevar la civilización y la cultura ; surgió la guerra y nos vimos obligados, no a emprender una campaña de conquista, sino a defender nuestros derechos e intereses y a mantener el honor de la patria.»

Estas palabras fueron acogidas con grandes muestras de aprobación en todos los lados de la Cámara.

»Terminadas las negociaciones nos queda por realizar la obra de penetración que demuestre que España no es una nación muerta, sino una nación renaciente que quiere ocupar el lugar que la corresponde en el concierto europeo, sobre todo en lo que se refiere a Marruecos.

»Renacemos de tal manera, que muchas personas me han dicho que están dispuestas desinteresadamente a emplear sus capitales en Marruecos para que en el aspecto económico estemos a la altura de las demás naciones.

»En nombre del país, prefiero una paz honrosa con Marruecos a ninguna otra contingencia, pues España no es tan débil que no pueda litigar, ni tan soberbia, que vaya a ciegas a una pendencia, aunque sea siempre una victoria.»

La Cámara entera acogió con aplausos estas manifestaciones del señor Canalejas.

Simultáneamente con la firma de este tratado de España con Marruecos, publicaba el Gobierno francés el *Libro Amarillo* sobre los asuntos de Marruecos, dando a conocer los documentos que se relacionaban con su acción en aquel país. Entre ellos figura el convenio de 15 de enero de 1910, que cierra las negociaciones empezadas en Fez y terminadas en París, por mediación también del Mokri, representando al Sultán, siendo monsieur Pichon ministro de Negocios Extranjeros de Francia.

Examinando el referido tratado resalta a simple vista que con muy ligeras variantes está en él calcado, nuestro convenio de 16 de noviembre. El articulado dice como sigue :

Artículo 1.º Los dos Gobiernos han convenido que el régimen de la región fronteriza se base en los anteriores compromisos, completados por las disposiciones siguientes :

Art. 2.º El Gobierno francés decretará que sus tropas evacuen en las condiciones que se dirán Uxda, Beni-Snassen, Bu-Anani y Bu-Denib, ocupados por razones conocidas.

Se mantienen en su estado los otros puestos de la región fronteriza situados en los territorios comunales de pastos de Bu-Mesna y Ulad Jeriz, que ha aceptado la jurisdicción del Gobierno general de Argelia, así como el puesto de Ras-el-Ain, de Beni-Mabher, llamado Berguent, porque se considera necesario para la protección de la frontera argelina. Sin embargo, para evitar falsas interpretaciones el Gobierno francés pagará al jerifiano una indemnización que se fijará de común acuerdo.

Art. 3.º El Magzen designará un alto comisario jerifiano para que se concierte con el alto comisario francés, a fin de ejecutar los acuerdos de 1901 y 1902.

Art. 4.º El comisario jerifiano recibirá inmediatamente los poderes necesarios para el ejercicio de sus atribuciones especiales respecto al nombramiento y revocación de los caïdes y demás funcionarios marroquíes.

Art. 5.º Cuando se haya establecido el régimen acordado y las tropas francesas hayan evacuado los territorios, las atribuciones de los altos comisarios francés y jerifiano quedarán determinadas por el art. 3.º

Art. 6.º Las tropas francesas acantonadas en la región fronteriza serán disminuídas gradualmente a medida que vayan aumentando los efectivos de la policía magzeniana, que se organizará con arreglo al art. 9.º Cuando esa tropa tenga un efectivo de 2,000 hombres, cifra indicada en el art. 1.º del tratado de 1844 y se la juzgue capaz de mantener la seguridad y asegurar las transacciones mercantiles, así como el cobro de los impuestos, las tropas francesas entrarán en territorio argelino.



Maimon Mohatar y su hermano en el Ayuntamiento de Madrid

Art. 7.º Los impuestos de los mercados y los derechos mencionados en los acuerdos serán percibidos según las tarifas previstas, y los impuestos *zekat* y *achur*, según las reglas aplicadas en el imperio jerifiano. El cobro se hará por los umana y los gobernadores del Magzen, con asistencia de un funcionario francés mientras dure la ocupación. En cuanto a los gastos de administración en los territorios ocupados, como los emolumentos de los umana y otros, serán pagados con cargo a los ingresos, inscribiéndose el total en una cuenta especial que se enviará al Magzen: el excedente pasará al tesoro jerifiano.

Art. 8.º Las mejoras introducidas por el cuerpo de ocupación de Uxda y en Beni-Snassen serán cedidas al Magzen en las condiciones que se indican en el acuerdo referente a la Chauia, comprendiéndose su importe en los gastos de ocupación.

Art. 9.º La fuerza del Magzen, prevista en el art. 6.º, se organizará según los principios siguientes: Se compondrá de soldados musulmanes marroquíes, reclutados mediante compromiso, instruidos y mandados por oficiales y suboficiales franceses y argelinos en número suficiente; tendrá cuadros marroquíes. Será autónoma, pero a las órdenes de un jefe francés, nombrado con el beneplácito del Magzen, y que dependerá directamente de los dos altos comisarios francés y jerifiano. Su sueldo se abonará con los fondos que se recauden de los impuestos de las tribus de la región fronteriza y con el de las tarifas y derechos mencionados en los acuerdos.

Art. 10. En lo que concierne a Bu-Denib y Bu-Anani, el Gobierno francés está dispuesto a evacuar estos puestos sin esperar a que el Magzen instale una fuerza organizada, pero a condición de que quede perfectamente asegurada la libertad de comercio y la seguridad de las caravanas. A este efecto ordenará el Magzen a su califa en Tafilete que vele por la seguridad de las caravanas que circulen de Bu-Denib y Bu-Anani.

Para ello se formarán escoltas que acompañen a las caravanas con un jefe marroquí, designado por el califa del Sultán en Tafilete. Más adelante se construirán *fondaks* o se establecerán puestos de guardias indígenas.

En fin, las autoridades de las regiones limítrofes deberán entablar relaciones oficiales y regulares.

Cuando este sistema funcione de un modo satisfactorio, las tropas francesas serán progresivamente reducidas e internadas en Argelia.

Por el Magzen se adoptarán medidas especiales a fin de que los derechos de propiedad de los argelinos en territorio marroquí puedan ejercerse sin trabas, conforme al art. 6.º del acuerdo de 20 de julio de 1901.

El tratado de 16 de noviembre se ratificó en París el 11 de enero siguiente en la Embajada de España, firmando el señor Pérez Caballero, embajador nuestro en la capital de Francia y el Mokri como representante del Sultán. El señor Pérez Caballero ofreció un banquete al Mokri, asistiendo al mismo la señora del embajador, todo el personal de la embajada y los personajes del séquito del Mokri.



CAPITULO IV

S. M. el Rey desea visitar Melilla.—Preparativos para la visita.—La salida de Madrid.—El embarque en Málaga.—Desembarco en Melilla, el desfile, la recepción, visita a un campamento, iluminaciones.—La entrega de estandartes.—Función de gala en el teatro.—Mal tiempo.—Una Junta.—Excursiones a la segunda caseta, Sidi Ahmet, Nador y Atlaten.—Los indígenas.—Homenajes de moros y hebreos en el campamento Real.—Derribo de las murallas.—Otra noche en el teatro.—Excursión a Benisicar.—En Yazanen.—Inauguración de la Escuela Indígena.—A San Juan de las Minas.—Programa alterado.—Excursión a Zeluán, Buguen-Zein y Tauima.—Primera piedra del Museo Comercial.—En el barranco del Lobo.—El embarque para la Península.—Consecuencias del viaje.

S. M. el Rey había deseado desde hacía mucho tiempo visitar Melilla y especialmente los lugares donde tuvieron efecto los hechos más notables de la campaña de 1909; pero razones políticas lo habían impedido, hasta que, firmado el tratado con el Sultán, pareció llegada la ocasión de que pudiera don Alfonso satisfacer sus deseos. Acordado por el Gobierno el viaje, señalándose para efectuarlo el mes de diciembre siguiente, telegrafió el señor Canalejas el día 22 de noviembre al general García Aldave diciéndole que el Rey deseaba revistar aquellas guarniciones. El general Aldave contestó que la noticia había producido gran satisfacción en las tropas y en el vecindario.

Por razones que no son de este lugar, transcurrió más de la mitad del mes de diciembre sin que pudiera efectuarse la real

visita y el 18 S. M., de acuerdo con el Gobierno, resolvió emprenderla el día 5 de enero, saliendo de Madrid en tren especial para llegar a Málaga el 6, embarcando el mismo día para Melilla y regresando por Almería, donde se detendría unas horas.

En Melilla empezaron en seguida los preparativos para la visita regia. Después de estudiar el asunto, se resolvió preparar el alojamiento real en el llano de Alfonso XIII, en los cuarteles de infantería y artillería, cuyos barracones están rodeados de



Una conferencia con El Muazza

un recinto aspillero que también incluye al fuerte. Nueve de aquellos barracones se reservaron para cuartel real en la forma siguiente: uno para salón del trono, otro para habitaciones reales, otro para los personajes palatinos, otro para el presidente del Consejo y el ministro de la Guerra, y el resto para los demás acompañantes. Cerca de estos alojamientos, en el cuartel de artillería, se instaló la guardia civil que fué desde la Península, y también se alojaría la escolta real.

Se pusieron a trabajar en las obras 600 hombres bajo la dirección de los ingenieros militares, y a fines del mes estuvo todo preparado. En líneas paralelas a la izquierda de la puerta del recinto se hallaban las habitaciones del Rey, ministros y generales. Uno de los pabellones, de 50 por 10 metros, rodeado de ancha explanada, con improvisado jardín, se destinó a Salón

del Trono ; se decoró con magníficos tapices y se colocaron dos hermosos leones modelados por dos oficiales del regimiento de Melilla. Junto al Salón del Trono estaban las habitaciones privadas del Rey, y en el mismo barracón las del Cuarto Militar, médico y dos ayudantes. Inmediato se encontraba el comedor de diario, decorado sin hacer dispendios, pero con buen gusto.

La cámara y antecámara se decoraron a estilo oriental con tapices persas, bordados en oro. Los comerciantes moros adornaron a estilo de camarín moruno otra habitación próxima al comedor.

El tercer pabellón y los restantes se dividieron por tabiques de madera. El presidente del Consejo, el ministro de la Guerra, el jefe del Cuarto Militar y el comandante general de Alabarderos tenían cada uno alcoba, despacho y antecámara. Los demás disponían únicamente de una habitación. Los comerciantes y particulares rivalizaron por proporcionar sus mejores muebles para las habitaciones.

Del transporte *Almirante Lobo* fueron desembarcados los automóviles del Rey, y en el vapor-correo *Barceló* llegaron varios coches de Palacio.

En el muelle se construyó un desembarcadero especial para Su Majestad.

El día 2 se publicó una orden general anunciando el viaje de S. M. el Rey y excitando el celo de todos para que la visita tuviera lucimiento y dejase grata impresión en el Rey y en las personas de su séquito.

El día 4 se desencadenó fuerte temporal de Poniente que hizo temer el aplazamiento de la visita por la casi imposibilidad de desembarcar, pero si esto no ocurrió, sí perjudicó en gran parte los preparativos ; el vapor *Barceló* no pudo desembarcar el material de electricidad que llevaba para la iluminación de la playa, teniendo que regresar a Málaga ; el escuadrón de la escolta real que transportaba el *Almirante Lobo* tampoco pudo desembarcar a su llegada, teniendo que esperar bastantes horas.

Se reconcentraron en Nador 160 policías para que escoltaran a S. M. en su visita a las avanzadas, y en la Mar Chica se estacionó un remolcador para que fuese utilizado cuando visitase aquel lugar. Durante la estancia del Rey prestarían servicio en el recinto de Alfonso XIII las fuerzas indígenas, y en los alrededores acamparon un batallón de San Fernando, otro de Africa y el de cazadores de Tarifa.

El día 6, anterior al fijado para la llegada, revistó el capitán general la guarnición en el llano de Alfonso XIII.

A las ocho del día 5 salió de Madrid el tren real. En los andenes se hallaban toda la familia real, el príncipe de Battemberg, el infante Raniero, los altos funcionarios palatinos, los ministros, los señores Montero Ríos, conde de Romanones, capitán general Azcárraga, el marqués de Figueroa, Villaurrutia, Merino, Calbetón, el Nuncio de Su Santidad, todos los subsecretarios de los ministerios, el personal diplomático, muchas damas de la aristocracia, todas las autoridades de Madrid, muchos generales, senadores, diputados, comisiones del Ejército y una multitud de personas que iban a despedir al Rey. Hicieron los honores un zaguanete de alabarderos y una compañía de Arapiles con bandera y música.

El Rey, con uniforme de almirante, aparecía muy contento; antes de subir al tren besó a la Reina y estrechó la mano a muchos personajes.

El Centro Hispano-Marroquí había colocado en el coche regio almohadones con el mapa de Melilla estampado en raso.

El día 6 llegó S. M. a Málaga, deteniéndose en la población solamente unas horas, durante las cuales, con el señor Canalejas, hizo una excursión en automóvil, llegando a Vélez-Málaga, siendo aclamado por el vecindario. Regresó al anochecer y embarcó en el *Giralda*, que arbolaba la insignia de almirante y embarcó el ministro de Marina, zarpando para Melilla a las diez de la noche. El presidente del Consejo, el ministro de la Guerra y el jefe del Estado Mayor Central embarcaron en el *Princesa de Asturias*. La expedición la componían el *Giralda*, *Princesa de Asturias*, los destroyers y el vapor mercante *Lázaro*.

Muchedumbre inmensa les despidió desde los muelles, durando la ovación después de haber zarpado.

El día 6 fondearon en Melilla el cañonero *Alvaro de Bazán*, conduciendo de Tánger al señor Merry del Val, representante de España, y el crucero francés *Du Chayla* con el general Toutée, que iba, en nombre de su Gobierno, a saludar al Rey.

Al amanecer del día 7 se divisó por Tres Forcas el *Giralda*. En cuanto avisaron los vigías se tocó llamada para cubrir la carrera, y la batería de Camellos hizo las salvas de ordenanza, llenándose las calles de gente.

Cubrieron la carrera el batallón de Tarifa y fuerzas de San Fernando y Africa, continuando más fuerzas de infantería por los barrios de Reina Victoria y Buen Acuerdo. Desde el muro X

a la carretera del fuerte Camellos, fuerzas de artillería. Desde Camellos y carretera de la Purísima Concepción hasta el fuerte de Cabrerizas, el segundo regimiento de montaña de artillería y dos escuadrones de Taxdirt. Mandaba la línea el general Del Real.

En el muelle militar esperaban los generales García Aldave, Arizón y Larrea, y el Bachir. Junto al general Aldave se situaron la Junta de Arbitrios, comisiones de españoles de Argel y Orán y los caídes del campo que iban a ser presentados.

Al embocar el *Giralda* la entrada de la bahía, los buques que escoltaban al yate real fueron adoptando la formación en línea.

Al fondear el *Giralda* se reprodujeron las salvas, que fueron contestadas por los buques de guerra extranjeros, y a las diez desembarcaba el Rey con la falúa de la Capitanía general, haciéndolo el séquito en los botes de los buques de guerra. Al pisar tierra el Rey, tocó la Marcha Real la música del regimiento de Africa. Inmediatamente S. M. saludó a los generales, conversó un momento con algunas comisiones y montó a caballo. A medida que iba pasando por delante de las tropas, iban éstas formando a retaguardia para desfilar por la explanada del puerto. El Monarca se colocó con su Estado Mayor a la derecha de la entrada del recinto de Alfonso XIII y se efectuó el desfile en el mismo orden en que se encontraban las fuerzas en la carrera, haciéndolo al trote las de artillería montada y a galope la caballería de Taxdirt y la escolta real. La entrada resultó verdaderamente triunfal, no cesando un momento las aclamaciones desde su desembarco hasta que terminó el desfile. En éste tomaron parte unos 9,000 hombres.

Al terminar el desfile fué a la iglesia, donde se cantó un *Te Deum*, recibiendo luego al Bachir y después al general Toutée. Los señores Canalejas y Arias Miranda fueron en automóvil a los alojamientos y el resto de la comitiva a caballo.

A las once hubo recepción en el Salón del Trono, conversando con los generales y con los caídes moros, y a las doce y media tuvo lugar un almuerzo en el pabellón regio, asistiendo como invitados los generales del Ejército del Rif.

Por la tarde se presentó S. M. de improviso en el campamento del regimiento de Africa en ocasión en que éste cantaba el himno del cuerpo, siendo aclamado por la tropa.

Esta noche se acostó temprano. El campamento real se hallaba espléndida y artísticamente iluminado por luces eléctri-

cas, resultando fantástica la iluminación de los vivacs establecidos por las tropas en la explanada de Camellos.

El día 8, designado en el programa para la entrega de los estandartes a los nuevos regimientos de Taxdirt y mixto de artillería, amaneció lloviendo copiosamente, no obstante lo cual, a la hora prevenida formó en la explanada de Rostrogordo la divi-



El Mokri

sión de Melilla con sus cuatro regimientos y fuerzas afectas, quedando aún libres los campos de tiro e instrucción y buena parte de la llanura. En ella había levantado un altar portátil mirando al mar, cerca de las murallas. A las diez llegó el Rey a caballo con uniforme de húsares de Pavia y se colocó frente al altar, seguido de su comitiva. A su derecha se situaron el ministro de la Guerra, el general Toutée, Merry del Val, el ministro de Marina y las comisiones. A derecha e izquierda, respectivamente, formaron los regimientos de artillería y Taxdirt. En una tienda próxima se encontraban depositados los estandartes. La guardia

del altar la daban el regimiento mixto de artillería, el de San Fernando y los cazadores.

El teniente vicario dijo la misa y bendijo los estandartes. S. M. el Rey se dirigió a los regimientos y entregó las ricas enseñas de seda artísticamente bordadas con las lanzas de los mástiles de plata repujada (1) a los portas, que eran los tenientes don Alejandro Utrillas, de artillería, y don Alejandro López, de



Los hijos del Mokri

caballería. Durante toda la ceremonia no cesó la lluvia, no obstante lo cual no se suprimió ninguna parte del programa propuesto. El desfile, que resultó un modelo de marcialidad, también se efectuó bajo una lluvia torrencial, tomando parte en él 10,000 hombres. El general Toutée acompañó a S. M. el Rey a su campamento después del desfile.

El señor Canalejas no pudo asistir a la misa por haber sufrido una avería su automóvil y recorrió la población, haciendo algunas compras en los comercios de artículos de Oriente.

A las tres de la tarde hubo recepción en el campamento real.

(1) Los estandartes se hicieron por suscripción y a los elementos de la plaza que contribuyeron a ella, se les regaló una medalla de plata y al rey de oro.

y por la tarde invitó a su mesa a los senadores y diputados que se encontraban en Melilla. Por la noche se celebró en el teatro una función de gala muy concurrida, a pesar de la lluvia. Se representó *El genio alegre* por la compañía de Carmen Cobeña, y la sala se encontraba adornada con tapices. El Rey vestía uniforme de infantería y presenció la función desde el palco proskenio de la derecha con el señor Canalejas, el ministro de la Guerra y el general Aldave. El regreso al alojamiento real se hizo también en medio de una lluvia torrencial.

El día 9 continuó el temporal, que impidió efectuar las expediciones que se tenían proyectadas, dedicándose S. M. a visitar los campamentos inmediatos a su alojamiento y el cuartel real acompañado por el señor Canalejas y el ministro de la Guerra, celebrando una conferencia con el ministro, el jefe del Estado Mayor Central, general González Parrado, y los generales Aldave, Arizón y Jordana, tratando en ella de los medios de mejorar la vida del soldado proporcionándole cuarteles o barracones, así como pabellones a los jefes y oficiales. Para conseguirlo se calcularon dos años, no obstante haberse ya empezado la construcción de los barracones, pero para abreviar, y a propuesta del Rey, se acordó destinar a ello cinco millones de pesetas. Igualmente se acordó construir dos sanatorios para convalecientes, con objeto de que para ello no tengan que ser traídos a la Península, organizar cooperativas para mejorar la alimentación del soldado y facilitar la adquisición de ellos a los oficiales, hacer un nuevo hospital para indígenas a fin de que el actual se destinase a las tropas, y, por último, que la Compañía Trasatlántica tomase a su cargo las obras del puerto. Canalejas consideró conveniente la realización de los proyectos del señor Gasset y telegrafió a Fomento en este sentido, recomendando que no se escatimaran los medios, calculando que la Trasatlántica podría terminar la construcción del puerto en cuatro años, costando en los dos primeros ocho millones de pesetas, que serían para el puerto comercial, costando la otra parte otros ocho millones de pesetas.

Al día siguiente mejoró algo el tiempo, cesando la lluvia al amanecer. El oleaje había causado grandes destrozos en el muelle, yéndose a pique muchos faluchos, regresando a media mañana los buques refugiados en Chafarinas, viniendo el primero el *Giralda*, y siguiéndole el *Sister* y otros varios. S. M. estuvo viendo los destrozos causados por el temporal, y a las nueve fué con su séquito en tren a la segunda caseta; allí tomaron los automóviles y se dirigieron por la carretera de Nador, viendo el terreno

en que se desarrollaron los primeros combates de la campaña, fijándose especialmente en Sidi-Musa, segunda caseta y barranco del Lobo. En la segunda caseta revistó el destacamento y estuvo observando el cementerio sumergido.

En la segunda caseta montó a caballo, siguiendo a la loma de Sidi-Ahmet, donde recorrió el recinto, acompañándole el general Jordana, que hizo que el capitán de Estado Mayor señor Guerrero le explicara sobre el terreno el combate del 18 de julio, deteniéndose particularmente en el sitio donde murieron defendiendo sus cañones el capitán Royo y el teniente Guiloche, cuyo recuerdo enalteció. De aquí siguió a Nador, visitando el reducto entre Monte Arbós y Tauima, a mil metros de Nador. Examinó las casas que se estaban construyendo y la estación del ferrocarril y los barracones del batallón de cazadores de Ciudad Rodrigo. En el campamento le llamaron la atención algunas tiendas de campaña montadas sobre un basamento de mampostería y portland, que las convierte en verdaderas habitaciones confortables. Después fué a Atlaten, subiendo al monte de Segangan, donde vió la casa deshabitada del Mizzian. En todas partes le rodearon y aclamaron los indígenas, que no se cansaban de verle. En Segangan le aclamaron algunos moros de la familia del Mizzian, y un morito le preguntó por la Reina y por sus hijos. Al Rey le llamó la atención la facilidad de palabra del muchacho y su atrevimiento y desenvoltura, por lo cual le hizo algunos agasajos. Desde aquí emprendió el regreso a Melilla.

En su campamento recibió una comisión de Benisicar y Quebdana, que le cumplimentaron, regalándole cinco caballos, uno de ellos con montura bordada de plata. Los hebreos también le entregaron un mensaje de felicitación envuelto en telas de seda. Los hebreos pidieron al señor Canalejas formar parte de la Junta de Arbitrios de Melilla por la importancia que allí tiene el comercio hebreo.

El señor Canalejas se lo ofreció así, y algún tiempo después fué cumplido el ofrecimiento.

S. M., por medio del intérprete, dió las gracias a los moros, diciéndoles que España llevará a cabo proyectos que les benefician, después de lo cual los caídas se retiraron, reiterando sus protestas de adhesión.

A las tres de la tarde asistió S. M. a la operación de derribar la primera piedra de las murallas de la puerta del Campo y a la sesión de clausura de la asamblea de Cámaras de Comercio, y por la noche convidó a comer a los capitanes de artillería

que se distinguieron en el reducto de Sidi-Ahmet, hablando con ellos de los episodios de aquellos combates.

Por la noche asistió al teatro, siendo en él ovacionado. Al regresar a su campamento vió al pasar por una calle que un oficial no podía ir de una a otra acera por la gran cantidad de barro que había y le invitó a subir en su auto, conduciéndole en él a su domicilio.

El día siguiente amaneció espléndido y se dispuso que se preparasen para escoltar a S. M. en una visita a la posición de Yazanen un escuadrón de Taxdirt, escolta real y policía indígena



El caid de Anghera Mohamed Saidi llamado a Madrid para informar ante el Mokri

a caballo. Viendo al capitán Riquelme, que fué herido el 9 de julio, le llamó y le prometió gestionar que le permutasen, por el empleo de comandante, la cruz de María Cristina con que fué recompensado por aquel hecho. A las ocho salió con el séquito por la carretera de Hidum. Algunas fuerzas de infantería flanqueaban a distancia. Al pasar por el sitio donde se efectuó el combate de Taxdirt, se detuvo, y el general Jordana le explicó el desarrollo de aquel hecho de armas. Visitó el pequeño cementerio donde están enterrados las víctimas de aquel día, descubriéndose ante las tumbas de los héroes. Después se dirigió a la posición de Ismart, que cierra la Península de Tres Forcas. Las cabilas de Benisicar y Benibugafar esperaban al Rey, rodeándole y aclamándole. A su frente figuraba el caid Abd-el-Kader, que fué uno de los jefes de la harka enemiga y hoy es incondicional adicto. Descendieron al arroyo Sidi-Messaud y pasó junto al mo-

rabito del mismo nombre, cuyo camino se arregló con el importe de las multas impuestas a las cábilas, que se emplearon en jornales para los moros braceros.

El crucero *Cataluña*, con el ministro de Marina, siguió bordeando la costa y desembarcando en Punta Negrí, dirigiéndose desde allí a Yazanen, donde se unió al Rey.

El regreso lo efectuó por el zoco El Had, y al descender cerca de Mariguari se detuvo a contemplar los fértiles valles de Frajana y Benisicar.

A su regreso a la plaza presidió la inauguración de la escuela de indígenas en el local construido por los Centros hispano-marroquíes. Una comisión de los Centros, presidida por el delegado general, manifestó al Rey su agradecimiento por haber honrado con su presencia aquel acto y dijo que la inauguración de la escuela era la base de la penetración pacífica y de la misión civilizadora de España en Marruecos. A la inauguración asistieron los niños de las escuelas públicas con bandas de los colores nacionales. Asistió también una música militar y reinó gran entusiasmo, dándose, al terminar, muchos vivas a España y al Rey.

El general Toutée salió de Melilla para Orán a bordo del crucero *Du Chayla*.

El día 12, a las diez de la mañana, llegó el Rey a San Juan de las Minas, recorriendo las montañas mineras y admirando la riqueza de mineral, enterándose de que en muy poco tiempo se habían extraído 30,000 metros cúbicos. A su llegada, y a manera de salvas, se dispararon muchos barrenos. Después de visitar las minas se dirigió con su comitiva a una explanada contigua situada a 300 metros de altitud y allí almorzaron al aire libre. Continuando por la tarde su expedición, fué a las tres a las minas de Benibuifror, recorriendo toda la zona minera sin dar muestras de cansancio. Desde el monte Uixan fué a caballo a Atlaten.

El programa para los días sucesivos era: el día 13, por la mañana, visita a Alhucemas; a medio día al Peñón, y por la tarde a Cabo de Agua; el día 14 excursión al Muluya, Restinga y Chafarinas; el 15 visita a Hardú, y por la tarde *Garden Party* y el día 16 excursión a Zeluán y embarque por la noche para Almería; pero este programa no pudo cumplirse porque el día 13 amaneció muy nublado, envolviendo las nubes el Gurugú, siendo todos los presagios de presentarse de nuevo el mal tiempo, por lo cual se desistió del embarque, pero se decidió hacer la visita

a Zeluán y así se empezó a efectuar por la mañana, saliendo en automóviles el Rey con su comitiva escoltados por alguna fuerza de caballería. En Nador ya quedaron atascados todos los autos menos los del Rey y Canalejas. Al llegar a la Alcazaba fué recibido por la guarnición, compuesta de tres compañías de Ceriñola, un escuadrón de Taxdirt y una batería, formados fuera del recinto. El Rey pasó revista a las tropas y después entró en el recinto, el cual recorrió detenidamente, enterándose de toda clase de detalles, sirviéndole de *cicerone* el caid Ben-Chelal, lugarteniente que fué del Roghi, y elogiando el trabajo que ha transformado en un cuartel lo que cuando le ocupaban los moros era un basurero. Terminada la visita montó en su automóvil y siguió a Bu-guen-Zein, no pudiendo ser seguido por ningún otro por el mal estado de la carretera.

Los señores Aznar y Canalejas no esperaron el regreso del Rey y volvieron a Nador. En tanto, S. M. revistaba la citada posición y la de Tauima, guarnecidas por destacamentos del regimiento de Ceriñola. A las dos de la tarde se encontraba de regreso en Melilla, habiéndose detenido a visitar los cuarteles del Hipódromo antes de llegar al campamento real. Después de descansar breves momentos, se dirigió al lugar de la ceremonia de colocar y bendecir la primera piedra del edificio destinado a Museo Comercial. Don Alfonso echó la primera paletada de argamasa, echando luego otra el ministro de la Guerra, a quien dijo S. M. jovialmente :

—Eche usted otra por el señor Canalejas para que vea que nos acordamos de él.

El señor Canalejas no había llegado todavía por haber tenido que regresar en el tren.

Por la noche presenció la representación de *Los galeotes* en el teatro Alcántara.

El día 14 amaneció lloviendo torrencialmente, no obstante lo cual se tuvieron preparados los caballos para aprovechar la primera clara y visitar el barranco del Lobo. Como a las diez cesase la lluvia, don Alfonso dió la orden de partir y se emprendió la marcha. En la comitiva iban algunos capitanes de los que tomaron parte en los combates de 23 y 27 de julio. Los generales Del Real y Jordana le explicaron a la vista de las posiciones y barranco las peripecias de aquellos hechos de armas. Se había pensado subir al Gurugú, pero ante la falta de tiempo se ordenó retirarse de la cumbre un batallón del regimiento de San Fernando que se había mandado a Hardú. Antes de emprender

el regreso estuvo examinando el terreno por donde circulaban los convoyes de la plaza a la segunda caseta, volviendo a su alojamiento a las doce y media. Antes de iniciar la vuelta empezó a llover, no cesando hasta las dos de la tarde, por lo cual se desistió definitivamente de las expediciones a Cabo de Agua y Chafarinas, decidiendo dar por terminado el viaje regio y embarcar aquella misma noche con rumbo a Almería. El Rey comió con el general García Aldave y todos los jefes y oficiales del campamento real. A las cuatro de la tarde embarcaban el señor Canalejas y los ministros, y a las cuatro y media llegaba S. M. el Rey al templete construído en el muelle. Despidióse de los generales García Aldave, Arizón y otros y de los caídes moros que acudieron a despedirle, figurando en primer lugar El Gato y Maimón Mohatar ; rindióle honores una compañía de San Fernando con bandera y música, y embarcando en la falúa de la Capitanía general se dirigió a bordo del *Giralda* entre el estruendo de las salvas de artillería y las aclamaciones y vivas de la multitud. Don Alfonso, puesto en pie en la falúa, saludaba militarmente. Los generales García Aldave y Jordana fueron a bordo del *Giralda*, que a las seis de la tarde levaba anclas.

Media hora antes del embarque del Rey había embarcado en el *Almirante Lobo* el escuadrón de la escolta real.

El Rey quedó muy complacido de su viaje, que, según manifestó al señor Canalejas, hubiese deseado prolongar dos días más, pero el temporal lo impidió. Para la causa de España fué el viaje un gran acierto, porque contribuyó a exaltar nuestro prestigio entre la población indígena, que quedó prendada de nuestro Rey, que se captó desde el primer momento sus simpatías al presentarse ante ellos hermanando, la supremacía que sobre los que le rodeaban le daba la majestad, con la afabilidad y dulzura de trato que tanto saben apreciar los moros, a quienes nada hace tanto daño como el que les traten con dureza y altivez, incompatibles con la idea de la dignidad, que en ellos es el primer atributo del hombre libre. Por todas partes donde fué así se lo demostraron, acercándose a saludarle y rendirle homenaje cada vez que sabían se dirigía a alguna posición o lugar cualquiera donde pudieran verle. Entre los moros de Alhucemas causó profundo disgusto la suspensión del viaje, que esperaban con entusiasmo, habiendo ido a la plaza con objeto de complimentarle y hacer demostraciones de adhesión hasta 25 caídes del campo moro, algunos llegados de las cabilas montañosas, que regresaron a sus aduares desilusionados y volviendo a llevarse los valiosos re-

galos que le dedicaban. Una de las cosas que les consolaba era el decir que por la lluvia no le habían podido ver, pero que la visita del Rey la había traído para que tuvieran buena cosecha.



Firma del tratado hispano-marroquí de 16 de Noviembre de 1910

En el extranjero también fué de buen efecto ; *The Morning Post* decía el día 11 a este propósito que el viaje era una prueba del interés de España por los asuntos de Marruecos, y que estaba demostrando una gran actividad en la penetración pacífica, creándose de este modo una situación asegurada en Marruecos, donde la esperaba un feliz porvenir.

El día 15 llegó a Almería el *Giralda* con todos los buques que le escoltaban, y a las siete de la tarde salía S. M. para Madrid.



Una rebáa de policía indígena

(Fot. *Africa*)

El ministro de la Guerra, por medio de una real orden, expresaba la satisfacción de don Alfonso por la visita hecha a la plaza de Melilla y felicitaba a la guarnición en nombre del Rey y del Ejército.





CAPITULO V

Nuevos aspectos de la cuestión de Marruecos.—Dificultades de Muley Hafid.—La rectificación del Tratado con Francia.—Grave incidente con los zaers.—Muley-el-Kebir.—Abd-el-Aziz y el falso Roghi.—Derrota del Bagdadi.—La influencia francesa.—Proclamación del Kebir en Tazza.—La situación en Fez.—Los franceses en la Cha-ua.—Aparición de Muley Hiba.—En la región del Muluya.—Desistimiento del Kebir.—Proyecto de viaje por el Imperio: aplazamiento.—Noticia tardía.—Cambio de ministerio.—Recrudescimiento de la sublevación de Fez.—La capital religiosa.—Noticias alarmantes.—Los instructores franceses.—El teniente coronel Mangín.—Un Consejo de ministros en París.—Envío de tropas a Marruecos.

Aunque los tratados de Francia con Inglaterra y España en 1904 y 1905, la Conferencia internacional de Algeciras en 1906 y los de Marruecos con Francia y España en 1910 ya hacían comprender que el problema marroquí, que se dejó sin resolver en el siglo XIX por temor a complicaciones internacionales, se colocaba ahora en camino de solventarse, no era fácil prever, sin embargo, que en el espacio de dos años avanzase tan rápidamente como lo ha hecho, merced a haberse aprovechado para ello incidentes y conflictos del Imperio, semejantes a los ocurridos con gran frecuencia en épocas anteriores, y que, o pasaban inadvertidos o no se les dió por las potencias interesadas el alcance que se ha dado a los últimos y que han servido de base para la intervención de franceses y españoles en los asun-

tos marroquíes en beneficio de la civilización en general, y es de esperar que en el del mismo Imperio marroquí en primer lugar.

La elevación de Muley Hafid al trono de Marruecos no puso término a los disturbios que sin cesar se habían sucedido en aquel país, hasta el extremo que ya se le conocía por el «Imperio revuelto.»

Ya se hablaba de la aparición de un nuevo Roghi, que en enero de 1910 se señalaba como acampado cerca de la cábila de Benibuyahi, con unos centenares de hombres, algunas tiendas de campaña y dinero, teniendo por objetivo apoderarse de Tazza para hacerla capital y base de su Imperio; ya se decía que el cherif Abd-el-Kader había cerca de Fez organizado una mehablla contra Hafid, compuesta de vagabundos de los alrededores de la capital, pero sin determinarse el objetivo a que aspiraba. Otras veces corrían rumores de que Muley el Kebir había reunido también contingentes de las cábilas de Zemar y Gomaya, no se sabía realmente si para combatir a Hafid, en provecho propio o en favor de la restauración de Abd-el-Aziz, como otros decían. Todo esto no hubiera preocupado a Muley Hafid, que ya se hubiese desenvuelto de los conflictos, como en una u otra forma lo habían hecho sus antecesores hasta entonces; pero a todo esto tenía cuentas pendientes con Europa, y ya tales complicaciones no era posible solucionarlas por los acostumbrados procedimientos morunos, una vez que Francia y España tenían un mandato de todas las potencias interesadas y con él una libertad de acción de que hasta aquella fecha no habían gozado los que con Marruecos se vieron obligados a litigar.

Cuando en febrero de 1910 estaba en camino para Fez el secretario del Mokri, que llevaba al Sultán la nota final de las últimas negociaciones con Francia, o sea el texto del Tratado de enero del mismo año, con objeto de obtener la aprobación del Sultán, circuló con insistencia por las cancillerías la especie de que aquél no estaba dispuesto a ratificarle y que para ello emplearía los procedimientos dilatorios de costumbre entre los moros, y daba visos de verosimilitud a la suposición la poca prisa que llevaba el portador, que solamente en Larache ya se detuvo siete días y caminaba hacia Fez con gran lentitud. Como siguiese transcurriendo tiempo y el Tratado siguiera sin obtener la ratificación, Francia fijó al Sultán un plazo de tres días, que terminaban el 1.º de marzo, amenazándole con retirar de Fez a su representante en caso de no aprobarse el Tratado. El día que el plazo terminaba presentóse Mr. Regnault ante el Sultán, exigién-



El Rey y el Bachir

dole la contestación inmediata. Hafid le rogó esperase al día siguiente, pero Regnault, con gran energía, le manifestó que tenía orden de su Gobierno de no admitir demora, añadiendo que ya estaba preparado su equipaje para salir de Fez. Entonces Hafid reunió al Magzen y ratificó el acuerdo de París.

Días antes de esto, había ocurrido un incidente que, grave desde luego, fué complicándose de manera alarmante y sirvió de punto inicial para emprender una acción cuyo alcance no se pudo al principio suponer. En los primeros días de febrero un indígena asesinó a un protegido francés y luego refugióse en los límites de la Chauia. Del puesto de Bul Haut se envió un pequeño destacamento al mando de un teniente; cuando iban a prender al agresor, los habitantes del aduar en que se había refugiado recibieron a tiros a los perseguidores, matando al teniente, a un sargento y algunos soldados e hiriendo a varios. Pocos días después se mandó otro destacamento más fuerte, pero los zaers les hostilizan y obligan a retirarse, uniéndose también los zemmours a los agresores.

No pudiendo castigar directamente a los asesinos del teniente Marchand, los franceses, en los últimos días de marzo prendieron a algunos personajes moros por suponerles instigadores de la resistencia de los zaers. La medida produjo entre las tribus un movimiento de indignación contra los franceses, pensando inmediatamente en la formación de una harka contra ellos, formada por contingentes de Zaer, Zain y Zemmour, alentándoles el morabito Mohamed Uamu, predicándose la guerra santa.

Al mismo tiempo los de Riata proclaman Sultán a Muley el Kebir, a cuyo lado se agrupan contingentes para ir contra Fez. El pretendiente encontraba facilidades para su propaganda porque las tribus estaban descontentas del Gobierno de Muley Hafid, considerándole vendido a Francia, llegando a pensar en volver a sentar en el trono a Abd-el-Aziz, al que, según parece, se hicieron proposiciones por algunos jefes importantes; pero él, escarmentado ya de los procedimientos de sus compatriotas y contento con la vida sin cuidados y llena de comodidades que su destronamiento le ha proporcionado, no sólo declinó el honor que se le ofrecía, sino que para alejar la tentación, y, sin duda, bien aconsejado, emprendió un largo viaje por Europa.

Hafid empezó a enviar mehallas, que acudieron a todas las partes del Imperio de donde recibía malas noticias, y dirigió cartas a muchas tribus haciéndoles promesas, pero como al propio tiempo las mehallas enviadas cobraban fuertes tributos y la pre-

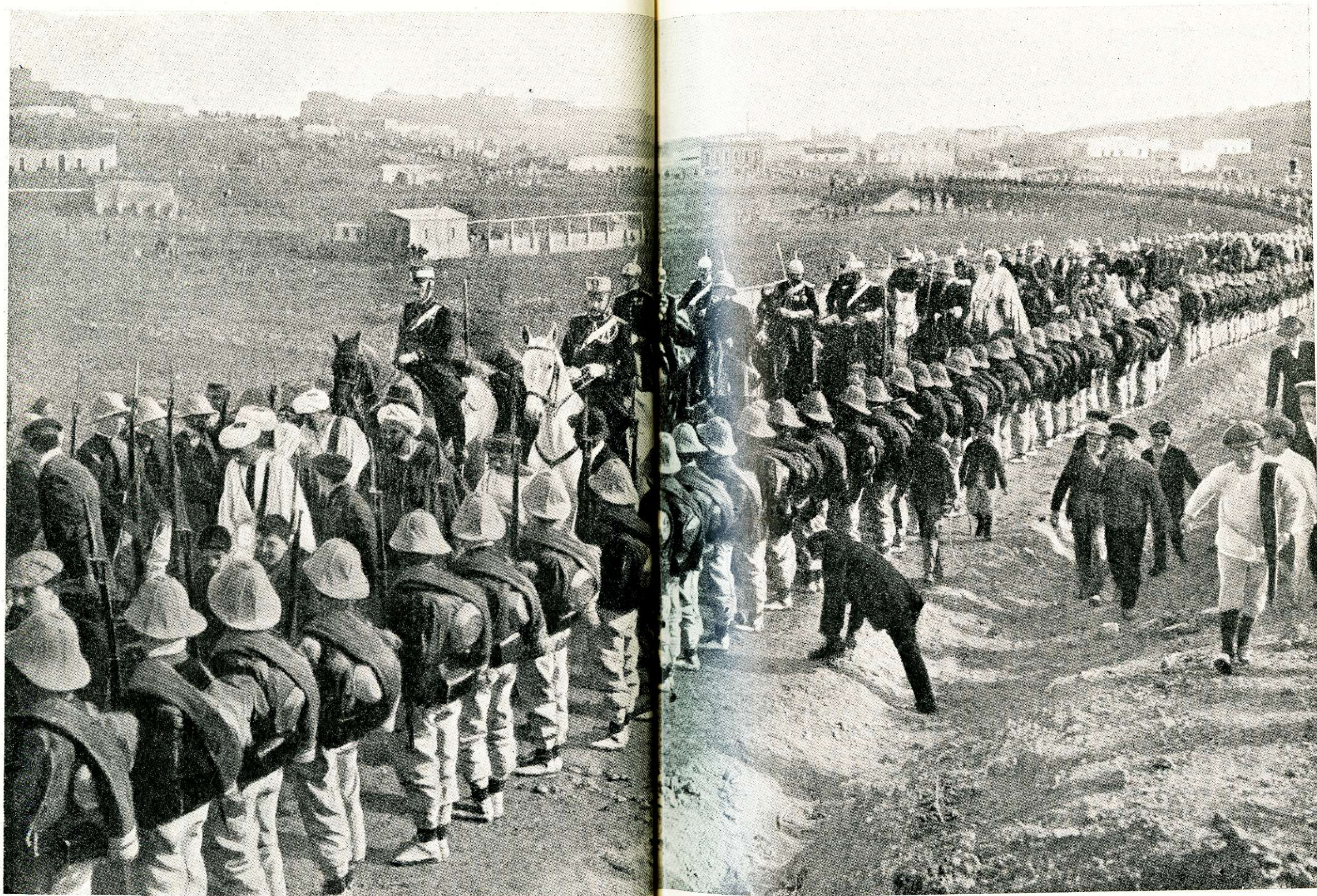
ponderancia de los franceses sobre el Sultán iba en aumento, no solamente no le prestaban apoyo, sino que cada día aumentaba el número de los partidarios del Kebir, que casi llegó a ser el único rebelde, porque a mediados de abril desapareció el falso Roghi, diciéndose que fué asesinado de un tiro cerca de Tazza por un indígena, deseoso de cobrar el premio de 20,000 pesetas ofrecido por el Sultán al que presentase la cabeza, que fué luego clavada en las puertas de la mencionada ciudad.

A últimos de abril se libró un combate en Hyania entre la mehalla del Bagdadi y los rebeldes, siendo el primero derrotado con grandes pérdidas. El combate duró tres días, atacando los rebeldes por tres puntos distintos y manteniéndose a la defensiva los imperiales, no obstante poseer artillería, sufriendo grandes bajas, pudiendo retirarse gracias a la oportuna llegada de refuerzos. A mediados de mayo sefrió la mehalla imperial otra derrota, teniendo muchas bajas y bastantes prisioneros, desertando luego gran parte de los soldados.

El Sultán, entretanto, continuaba en Fez, cediendo constantemente a las nuevas exigencias de Francia, nombrando personal francés para resolver las reclamaciones de varias potencias, despidiendo, previa indemnización, a los oficiales turcos instructores del ejército marroquí y enviando a Ujda un comisario para que tratase de la delimitación de la frontera argelina, al mismo tiempo que con los propios súbditos seguía procedimientos muy diferentes; así hacía prender al anterior gobernador de Fez, El Hady-ben-Aissa, saqueándole la casa, incluso el harem, despojando a las mujeres de sus joyas y apaleándolas para que revelasen dónde tenía el ex gobernador su tesoro y exigiéndole una multa de 70,000 francos para ponerle en libertad, y con las potencias que no eran Francia también procuraba eludir los compromisos, intentando aplazar el pago de las indemnizaciones acordadas por el cuerpo diplomático de Tánger, dando al fin su adhesión al arreglo, gracias a la actitud resuelta de los representantes extranjeros, que se negaron a la pretensión.

En los primeros días de junio llegó Muley el Kebir a Tazza, siendo allí proclamado Sultán, uniéndosele los Djedalas y pasándose a sus partidarios muchos soldados imperiales, teniendo por aquellos días otro encuentro la mehalla del Bagdadi con los rebeldes del Kebir con resultado indeciso para ambas partes, retirándose las dos y quedando acampadas a una hora de distancia.

Una carta de un europeo residente en Fez, fechada el día 7 de junio, pintaba la situación con vivos colores. Decía así :



Revista pasada por S. M. Rey a la guarnición de Melilla

(Fot. *Nuevo Mundo*)

«Muley Hafid quiere jugar con dos barajas, con lo cual no hace más que amenazar la estabilidad de su trono. El país sigue en la barbarie ; últimamente un moro cortó en pedazos a su hermana y la arrojó al río dentro de un saco, siendo absuelto porque el delito tuvo por causa el haber aquélla faltado a la moral musulmana. Muley Hafid, al mismo tiempo que dice al cuerpo diplomático haber abolido los suplicios, hace crucificar en Mequinez a la favorita de Ben Aissa para que diga dónde escondía sus tesoros el gobernador de Fez ; firma un empréstito para liquidar deudas, y demora su pago ; al mismo tiempo que declara estar en vigor el artículo 60 del acta de Algeciras pone obstáculos a la adquisición de propiedades a 10 kilómetros del litoral marroquí.

»Ahora comprenderá que no se puede jugar con Europa como con sus súbditos, a quienes hace arrancar la vida y la hacienda. Por eso se han sublevado muchas cábilas del Este, y el empuje de los rebeldes y el temor de los jefes de las mehallas leales de ser reducidos a prisión para que suelten sus tropas el botín, ha creado a las puertas de Fez un estado de anarquía, que si no hay quien la reprima dará al traste con la autoridad de Hafid.

»De la mehalla del Bagdadi llevada a Fez, han desertado tres tabores, cuyos jefes temían ser reducidos a prisión para quitarles el botín tomado al Roghi. Como Hafid quiere acapararlo todo, se ha hecho enemigo de todos, de unos por no dejarse expoliar, y de sus agentes por el temor a la prisión cuando ya se hayan enriquecido, y todos se agrupan alrededor del que creen más fuerte para protegerles. Este parece ser ahora El Kebir, pero aunque él mismo lo ha hecho correr así, cada tribu pelea independientemente por su libertad, vida y haciendas. Entonces El Kebir ha dicho que pelea por cuenta de Abd-el-Aziz, creyendo que le seguirán porque en los tiempos de éste eran menores los tributos y porque Hafid, que subió al trono como salvaguardia contra los cristianos, se ha echado en brazos de los franceses, y ha empeñado las Aduanas. Abd-el-Azis, asustado, huye de Marruecos, porque únicamente se pondría a la cabeza de la rebelión si tuviera la seguridad del triunfo. Tal miedo tiene de que le apriionen, que quería fletar un vapor porque no había hasta el jueves, pero se le han dado seguridades de que Hafid no atentará contra su libertad.

»Francia va derecha al protectorado como en Túnez, creyendo por eso muchos que la agitación de Tazza está fomentada por ellos para intervenir e imponer condiciones. Por eso España debe adelantarse y estipular de modo claro y concreto la parte

que en el Imperio hemos de tener, pues de otro modo luego será tarde para reivindicar nuestro derechos.»

Los hechos parecían comprobar las suposiciones del que escribía la anterior, pues la agitación cundía por todo el Imperio. En los confines de la Chauia el general Moinier operaba, habiendo tenido varios encuentros, algunos de bastante importancia, con las cábilas que se oponían a su avance. El día 23 de junio sostuvo un combate ventajoso, recorriendo 75 kilómetros en contacto con el enemigo, compuesto de 500 moros y 5,000 bereberes. El general Moinier mandaba una columna de 1,200 hombres, habiendo causado a los rebeldes más de 300 bajas, teniendo los franceses dos oficiales y algunos soldados heridos, y regresando a El Chuel. En el recorrido que hicieron por la comarca causó impresión su presencia y en muchas tribus fueron recibidos como amigos. El Gobierno francés le ordenó regresar a la Chauia y mantenerse en sus posiciones habituales.

En los primeros días de junio se tuvieron también las primeras noticias de la aparición cerca de Mequinez de otro pretendiente llamado Muley Hiba, cuyos partidarios eran las cábilas de Geruan y Zemmur, pero queriendo condiciones distintas, por cuyas diferencias llegaron a la lucha entre ellas.

En la región del Muluya tampoco había tranquilidad. Desde enero ya se hablaba del avance de los franceses hacia Tazza, empezando por establecer zocos y semifactorías al interior a más de 30 kilómetros de Her Kanen, en la región de los Mesera Zaio y Bu Debal, y desde principios de mayo *L'Echo de Orán* daba cuenta casi a diario de operaciones de policía hacia Beni Buyahí, algunas de ellas dirigidas por el mismo Lyautey. En estas operaciones, después de ocupada una posición no se abandonaba, y tras la guarnición de legionarios y spahis venía el establecimiento de zocos y semimercados, luego del desarme, llevando para ello mercaderes y convoyes de mercancías. Pero al llegar a la cábila guerrera de los Beni Buyahi, ya no fué fácil convencerles, dándose el grito de oposición, provocando un combate, impidiendo a las tropas del coronel Feraud pasar de Mul-el Bacha y llegar a los vados del Muluya y el Za, que conducen a los mercados de Taurirt y L'Ayun Sidi Melbuk los más importantes y a 20 kilómetros de Tazza. El combate fué rudo, teniendo Feraud que llegar a formar el cuadro, pero terminó con la victoria de éste, dejando los benibuyahís 53 muertos y costándoles a los franceses 11 muertos y 43 heridos, de ellos 25 graves, muriendo luego 7. El general Lyautey, que incidentalmente presenció el

combate, pensó castigar a los rebeldes y pidió refuerzos para Fe-
raud, al destacamento de Taforalt, avanzada de Beni Snassen.

Esta situación del Imperio estuvo estacionaria durante un par de meses y hasta se creyó en camino de mejorar con el desistimiento de El Kebir de sus pretensiones al trono. Convencido sin duda del poco entusiasmo de sus partidarios, se separó de ellos y marchó a Ujda, desde donde protegido por los franceses negoció su perdón con Hafid bajo la garantía de aquellos, y una vez obtenida la promesa de su libertad y de la restitución de sus bienes confiscados, que el Sultán hizo al Gobierno francés, se dirigió a Tánger en un vapor de Orán, con un intérprete militar y un comisario de dicho Gobierno, para que con ellos siguiera a Fez a rendir homenaje a Muley Hafid, y aunque en Tánger, sin duda arrepentido de lo que iba a hacer, o fiando poco en las promesas, volvió a escaparse con cuatro criados y dos mujeres, los de Anghera le prendieron por orden del Raisuli, en Malabate, cerca de la costa, y le entregaron a las fuerzas del tabor que le buscaban, las cuales en un remolcador le llevaron a Tánger y desde allí a Fez.

Muley Hafid, que por consejo de los franceses tenía proyectado como medida política un viaje a algunas ciudades de su imperio, como Rabat y Marrakesh, diciéndose llegaría a Tetuán y Tánger, creyó ahora llegado el momento de efectuarlo, aunque anunciando oficialmente que sólo iría a Mequinez. Entretanto el Mokri y Ben Gabrit irían a París a negociar un nuevo tratado con Francia y si las gestiones tenían éxito iría a Rabat una embajada francesa a ratificar el tratado cuando se encontrase allí el Sultán, pero a mediados de Diciembre ya se supo que el Sultán aplazaba el viaje, noticia que causó mala impresión en las tribus del interior, provocando con este motivo disturbios, los de Ducala y Adja, por considerar que la suspensión de los viajes demostraba la incapacidad del Magzen para reducirles, imponiendo sus resoluciones.

Hasta los primeros días de Febrero de 1911 no llegó al Sultán la noticia oficial de la agresión del destacamento francés del teniente Marchand, el 14 de Enero de 1910, disculpando la ignorancia, con el mal estado de las comunicaciones en el Imperio. Al darse por enterado oficialmente, llamó Hafid al cónsul francés en Fez, manifestándole su dolor por lo ocurrido y que el Magzen haría todo lo posible por ayudar al descubrimiento de los culpables.

El 1.º de Marzo de 1911 hubo cambio de Ministerio en Francia, designándose bajo la presidencia de M. Monis los ministros siguientes : Justicia, Perier ; Instrucción pública, Steeg ; Obras públicas, Dumont ; Guerra, Berteaux ; Marina, Delcassé ; Hacienda, Caillaux ; Comercio, Mossé ; Agricultura, Pams ; Colonias, Messimi ; Trabajo, Boucour, y Negocios Extranjeros, Cruppi.

Casi repentinamente, en los primeros días de Marzo circularon noticias de haberse agravado notablemente la insurrección de los marroquíes, que, aunque parecía apagada, únicamente es-



El Rey visitando el sitio donde murió el general Pintos
(Fot. *Nuevo Mundo*)

taba latente. El recrudecimiento era común a todas las regiones del Imperio, pero las noticias de mayor gravedad eran las referentes a la región de Fez, siendo las tribus más exaltadas las de Cherarda y Benimitir ; los primeros, se negaron a pagar la contribución de 25,000 duros, impuesta para satisfacer los gastos del viaje del Sultán, y los segundos, inopinadamente rompieron las hostilidades contra el Magzen, aproximándose a Fez, intentando apoderarse de las tiendas imperiales que estaban levantadas fuera de las murallas y tomando todas las avenidas de la capital, sin permitir salir ni entrar a persona alguna. Antes de esto, ya el 12 de Febrero no había podido asistir el Sultán a las fiestas del Mulud, aunque se celebraban a unos metros de las murallas de la ciudad, pero no se atrevió a salir de ella.

La sublevación se generalizó. En la Chauía los zaers reanudaron sus agresiones ; varios merodeadores se acercan una noche

a un fuerte francés, robando los caballos de la guarnición. Los peatones alemán e inglés fueron desvalijados al salir de Fez. El pretexto de los sublevados era impedir que el Sultán efectuara su viaje, cuyos preparativos había vuelto a empezar a mediados del mes anterior, avisando al bajá de Tánger que le tuviera preparada escolta para recibirle cuando le avisase, comunicándole al mismo tiempo su idea de ir a Tetuán, y le daba como fecha probable de su salida de Fez, uno de los últimos días del mes. A los Cherarda y Benimitir se unieron pronto los de Tzul y Branes, solicitando el apoyo de los Zaer y Zemmour, además de predicar por todo el imperio la guerra santa contra los franceses, desacatando las órdenes del Sultán.

Por el pronto, ante el temor de una derrota, se aplazó indefinidamente el viaje del Sultán, y éste se dispuso a negociar con los rebeldes.

Antes de pasar adelante es conveniente conocer algunos datos relativos a la ciudad de Fez, primera capital del Imperio marroquí.

Fez está situada en el valle de Uad Sebú, sobre el río Uad-Fas, al pie de los montes de Cherarda.

Nace el río citado a poca distancia de Fez, en el paraje llamado Ras el Ma, y se bifurca en dos a la entrada de la población, bordeando uno la muralla exterior de Fez el nuevo (Fas yedid), y atravesando el otro la población por entre Fez el nuevo y Fez el viejo (Fez bali).

Estos dos ríos se vuelven a unir fuera de las murallas, y riegan los jardines de la capital antes de desembocar en el río Sebú.

Fez ha decaído en su importancia fabril. No obstante, tiene batanes para tejidos de lino y lana, elaboración de la seda, fabricación de papel, batidores de curtidos, forja de hierro, torsión de cordeles, confección de tapices y otras industrias.

La población de Fez pasa de 100,000 habitantes.

Las calles eran en 1911, sucias, cubiertas unas por bóvedas y otras por parras, que las defienden de los rayos del sol.

Antiguamente había en Fez : 785 mezquitas, 42 fuentes para abluciones, 80 acequias, 93 baños públicos, 472 molinos, 89,236 casas, 19,041 moradas para extranjeros, 467 paradores, 9,082 tiendas, dos alkaicerías, 3,064 fábricas, 117 lavaderos públicos, 86 tenerías, 12 fundiciones de cobre, 116 tintorerías, 120 torres, 170 armerías y 136 hornos de cocer pan.

Hoy apenas conserva vestigio alguno de su antiguo esplendor la ciudad fundada por el santo venerado Muley Idris-Ben-Idris, el

cual compró a la cábila de los Zenetas el terreno para levantar la población en 3 de Febrero del año 808.

En memoria de Muley Idris se alza la famosa basílica del Imperio, que lleva el nombre del santo, y puede cobijar bajo sus 270 columnas, en 16 claves y 21 arcos, unos 20,000 devotos. Antiguamente los dos barrios de Fez estaban aislados, pero el Sultán Yusef Ben Tashfin los unió, rodeándoles de una muralla de seis metros de altura, con cinco puertas, defendidas por torreones.

Además de la gran mezquita de Muley Idris, Fez tiene otras varias dignas de citarse, como la de Muley Abd-al-lah, cerca del palacio del Sultán; la Yamaá Hambra, cerrada en parte al culto; la de Taynia, cuya portada es muy artística; la «Seefah», la de Muley Hasan, la de Attarin, la de Andalus, la de Medarsa y el Karuin.

Durante el día entran en ellas los devotos sin cesar, y en las puertas, permanecen estacionados multitud de pobres en espera de las limosnas.

Cercado por las murallas altas de Fez nuevo, está el barrio llamado «Salado», o del Mel lah, donde se albergan los judíos detestados por los fasis (habitantes de Fez).

El Mel lah tiene una plazuela llamada «Sok-el Fahan (plaza del Carbón); una calle principal llamada «Sok» o «Huanist», centro del comercio, y muchas calles sucias, estrechas, laberínticas, que contrastan con la limpieza interior de las casas de los hebreos.

Hace poco tiempo el barrio judío se ensanchó con el terreno llamado Meara, y luego se construyó un cementerio En-manuel.

Los jajamin forman el gobierno israelita, y eligen un jefe Chej-el-mel lah, encargado de representarlos. Sus sinagogas son ricas.

Dentro del barrio de la judería, los hombres, en unión de las mujeres, de gran belleza casi todas, fabrican fajas recamadas de oro, arreos para cabalgaduras, trajes para soldados, botones de seda, licores y tabacos entre otros artículos.

Aunque el odio al hebreo llega entre los moros a relegarle a vivir en un barrio separado y a obligarle a cubrir su cabeza con un gorro de color diferente al que éstos usan, aquél se estableció primero detrás de las puertas de la Judería; más tarde invadió la entrada de la calle de Bunafá; después se sentó a hacer el oficio de azpatero remendón en las cercanías de Muley Abd-al-lah (mezquita), y luego, como prestamista, llegó hasta las puertas

del palacio imperial, y aun es posible que, con recato, haya penetrado en el interior, para hacer algún préstamo de dinero a Muley Hafid, o ejercer cerca de S. M. jerifiana el oficio de *celestino*.

El número de judíos que vive en Fez excede, según informes que tenemos por ciertos, de 6,000 individuos.

Fez, con sus cármenes, afecta la forma de un libro abierto,



El señor Canalejas conversando con «El Gato»

con cara al lector, y dentro de su aspillerada muralla se encuentran los jardines imperiales.

El acceso a la población, desde el campo se efectúa por varias puertas, tales como Bab Fetuch (la de la Victoria); la de El Jemis, Bab Kesba (la de la Alcazaba), Bab Sagma, o de entrada a los ejércitos; del Meara, en la que hay una poterna desde donde Muley Hafid en persona vigilaba en los días de insurrección a sus tropas; Bad Uad Fas, frente de los jardines reales; Bab el Hadid (de hierro), Bab Echerki, Bab Rumelia y Bab Meharok (puerta quemada), donde se cuelgan las cabezas cortadas de los vencidos en los combates, constituyendo uno de los asatiempos predilectos de los *fasis* ver cómo las aves clavan sus picos en los cráneos para extraer los sesos, y en las cuencas de los ojos para devorarlos.



El Rey interrogado por un morito de Segaugan

(Fot. *Nuevo Mundo*)

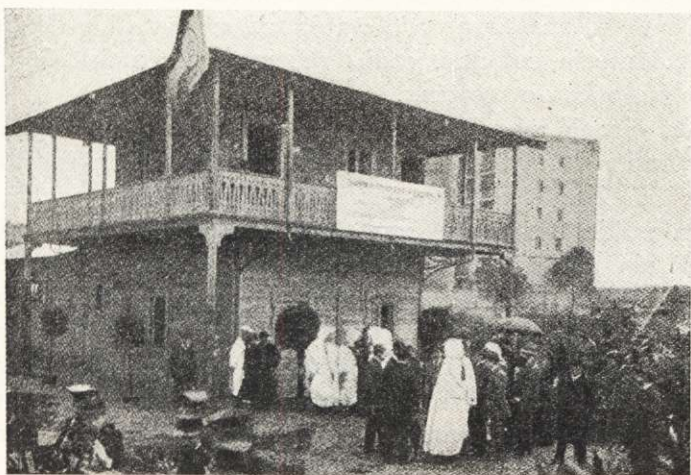
Las primeras noticias sobre lo que ocurría en Fez fueron poco precisas y muy contradictorias, coincidiendo únicamente en lo alarmantes. Las más detalladas eran las de la prensa inglesa, según la cual el Sultán había enviado dos mehallas contra los rebeldes, y en los primeros combates ya habían sufrido grandes pérdidas en muertos y heridos, sobre todo la artillería. Decían también que los heniosiasen habían derrotado a una mehalla de 2,500 hombres, perdiendo 8 cañones y los víveres y municiones, que todas las tribus se unían contra el Sultán, y por último, decían que corrían rumores de que había sido muerto el teniente coronel Mangin, jefe de los oficiales franceses instructores de las tropas del Sultán.

Hay que recordar que una de las mehallas xerifianas estaba mandada por oficiales franceses con el carácter de instructores, mandando por tanto la mehalla el teniente coronel Mangin, que los sucesos condujeron luego a ser el director de la defensa de Fez.

Más adelante fueron recibándose noticias más fidedignas, y así se supo que por orden de Hafid salió la mehalla xerifiana con los oficiales de la misión francesa, el día 7 de Marzo, a batir a los rebeldes, que bloqueaban la capital, infligiéndoles una importante derrota, quemando algunos poblados y acampando entre las tribus de los Cherarda y Benisibasen. La derrota de los Cherarda causó alguna impresión en las demás tribus rebeldes e hizo vacilar a algunos que aún no se habían declarado, como las tribus del Garb, que parecieron decidirse por el partido del Sultán. Este, por su parte, como hemos dicho, desde el principio entabló negociaciones con los rebeldes. También quería que el teniente coronel Mangin hubiese castigado a los Benimitir, pero aquel jefe no le aconsejó la expedición contra ellos, juzgando escasas para el objeto las fuerzas leales. Como resultado de la derrota en que los Cherardas tuvieron desde los primeros momentos varios muertos, entre ellos algunos jefes, se sometieron algunas fracciones de dicha cábila. El Sultán felicitó a Mangin que acampó con su mehalla en pleno territorio de los Cherarda, a donde constantemente se le enviaban por el Magzen convoyes de víveres y municiones, entregando el Gran Visir veinticuatro mil duros para los gastos de la expedición. Las tropas imperiales ocuparon los fuertes de la ciudad y otra pequeña columna que operaba en los alrededores de Fez recibió orden de incorporarse a la de Mangin. En vista de que los Benimitir no hostilizaban, aunque se mostraban agitados, optó el Magzen por enviarles, en vez de tropas, un comisionado que negociase con ellos la sumisión, pero lejos

de ello, a los pocos días atacaron la ciudad, intentando quemar los aduares cercanos a la muralla, tiroteando la plaza. El Magzen reunió aprisa 600 hombres entre empleados y servidores del palacio, rechazando a los asaltantes, pero no por eso renació la tranquilidad, porque la población adquirió el temor de que se repitieran los asaltos. Se temió también que pudieran cortar la comunicación con la mehalla de Mangin, pero no se confirmó el temor. Por otra parte su aprovisionamiento estaba asegurado porque habían tomado muchos silos a los rebeldes.

El día 14, en vista de las noticias recibidas de Fez, se reunió



Escuela inaugurada en Melilla por S. M. el Rey

en París el Consejo de Ministros bajo la presidencia de M. Fallières, y después de examinar la situación tomaron acuerdos que se hicieron públicos por medio de nota oficiosa, en la que se decía que, según los informes, los zaers se habían hecho culpables del asesinato de varios franceses el 14 de Enero, entre ellos el teniente Marchand y el sargento Ibert y varios soldados, en vista de lo cual el Gobierno estaba decidido a enviar a Casablanca dos batallones de infantería y dos secciones de artillería de montaña para asegurar la ejecución de las medidas de orden y policía necesarias para la protección de los puertos, salvaguardia de las tribus leales y seguridad de las relaciones comerciales en la Chaúfa.

El ministro de la Guerra debía dar las indicaciones precisas al general Moinier, comandante del cuerpo de ocupación y el Consejo tomaba nota de los compromisos adquiridos por Muley

Hafid, que le obligaban al castigo de los culpables, y terminaba la nota diciendo :

«El Gobierno está resuelto a velar por la estricta ejecución de estos compromisos, en el plazo más breve posible, para que no quede impune ni se repita el atentado contra tropas, y, por último, ha aprobado la parte económica del acuerdo, para arbitrar los recursos necesarios para organizar una fuerza marroquí destinada a mantener la autoridad del Sultán en las tribus, y la policía en los puertos, y ejecución de obras públicas urgentes, librando por completo al gobierno imperial de los compromisos anteriores contraídos en 30 de Junio de 1909, M. Berteaux ha resuelto, de conformidad, que vayan a Casablanca, un batallón de tiradores, otro de infantería colonial y dos secciones de artillería de montaña, con cañones de 6,6 cms.»

Según circuló por la Prensa de París, los contingentes que se mandaban a Marruecos se distribuirían entre los puestos avanzados de la Chauía para hacer más eficaz la protección de las tribus leales, de modo que por el pronto no tendrían el carácter de expedición militar, sino fuerzas para garantía del orden.

En cuanto a los zaers, el gobierno francés haría por obtener, sin pérdida de tiempo, una reparación moral y material, pues en ese punto era perfecto el acuerdo entre Francia y Muley Hafid. En ese acuerdo se comprendía la inmediata formación de un ejército bajo el mando de oficiales franceses y compuesto al principio de cuatro o cinco mil hombres.

Para facilitar al Sultán recursos con que crear ese ejército, renunciaría Francia provisionalmente a percibir los 2.600,000 francos de la indemnización anual, por la parte que por los gastos de ocupación ha de reintegrarse en 57 años.

La Prensa francesa en general se mostraba partidaria de una acción enérgica de Francia para acabar de una vez con el bandidaje, mostrándose contraria a una pacificación lenta, que decían habría de servir sólo para aumentar la anarquía, retardando el desarrollo del país.

El gobierno francés notificó inmediatamente a las potencias signatarias del acta de Algeciras, las decisiones tomadas en vista de lo que ocurría en Marruecos.

Alemania e Italia contestaron inmediatamente, acusando recibo y dando las gracias.

A la 2.^a División Colonial se la dió orden de disponer para enviarles a Marruecos un batallón que se encontraba en Tolón, una sección de artillería, otra de ametralladoras y un destacamento

sanitario. El batallón se formó con dos compañías del 4.º regimiento colonial y dos del 8.º colonial.

Las tropas designadas por el 19º Cuerpo para ir a Casablanca, fueron : dos secciones de artillería de campaña de guarnición en Miliane, que estaban dotadas del nuevo cañón de tiro rápido, agregándose al 65º batallón de tiradores argelinos, cuya Plana



El señor Canalejas visitando el barranco del Lobo

Mayor estaba en Bonnay, y las compañías de guarnición en Guelma, Lacalle y Tebesa, formando un total aproximado de 4,500 hombres, que recibieron orden de estar dispuestos en cuarenta y ocho horas. Por el pronto, la expedición sólo llevaba el personal combatiente, pensando agregarles más tarde un funcionario de Intendencia y varios de Administración Militar, con el objeto principal de atender a la inversión del presupuesto militar fijado por el Sultán y velar por la regularidad de los gastos previstos por los militares marroquíes.





CAPITULO VI

Más combates en Fez.—Una salida.—La situación empeora.—En busca de un Sultán.—Los rebeldes envalentonados estrechan el cerco.—Siguen las escaramuzas.—El teniente coronel Mangin llamado a Fez.—Defección de los Ulad Djama.—Los Beni Uarain amotinados.—El Sultán reducido al último extremo.—Bremond inicia su marcha hacia Fez.—Detenciones.—Los auxilios de M. Boisset. Consejo de Ministros en París el 4 de Abril.—Un artículo oficioso. El Sultán solicita el auxilio de Francia.—Mangin reitera a Bremond la orden de ir a Fez.—El Amrani y la harka de la Chauia El comandante Bremond llega a Fez.

El 16 de Marzo, los de Benimitir asaltaron un pueblecito cercano a Fez, incendiándole. El Sultán ordenó la salida inmediata de una columna de tropas imperiales, trabándose un combate bastante rudo, y aunque los rebeldes fueron puestos en fuga, fué a costa de 12 muertos y 30 heridos de las tropas leales. En las puertas de la ciudad se colocaron cañones de tiro rápido, y el Sultán y el Gran Visir presenciaron el combate desde las murallas, pero no salieron de la población. La colonia europea, en vista del estado de intranquilidad de la plaza, inició la emigración, dirigiéndose principalmente a Larache, aunque el tráfico comercial estaba interrumpido entre Fez, Alcázar y Larache.

La mehalla de Mangin acampó en Dark Fid Serradí, donde se decía que se habían presentado a hacer sumisión algunas fracciones de Cherarda, siendo lo único cierto que permanecía inactiva y atrincheró su campamento, indicando con ello su intención

de permanecer a la defensiva. La situación en Fez se agravaba por la carestía de los alimentos, debida a que se notaba escasez, vendiéndose a elevados precios los artículos europeos. Del 22 al 25 hubo relativa tranquilidad en la capital, registrándose únicamente algunas escaramuzas con los Benimitir, con los que pactó Hafid bochornosamente, concediéndoles la libertad de los presos de la cábila, que tenían en la capital, eximiéndoles además de contribuciones por varios años, sentando un precedente funesto, pero después de obtener esas ventajas y haber comprado municiones y recibido refuerzos, se negaron a someterse, disponiéndose a



El ministro de la Guerra,
general Aznar

reanudar la lucha. El Sultán llamó al teniente coronel Mangin y el 26 por la mañana le ordenó organizase una expedición para ir contra aquéllos, pero Mangin alegó que las tropas no poseían aún bastante instrucción. No obstante, el Sultán insistió, y entonces Mangin ordenó al teniente Sedira y al ayudante Pisani que con mil hombres se dirigieran contra Ras-el-Ma, como así lo hicieron, encontrándose en seguida con los rebeldes, pero faltos de disciplina, tuvieron, a pesar de llevar artillería, que replegarse desde los primeros momentos, siendo rechazados hasta Ulzala Farají, y apercibidos del fracaso los de las cábilas de Peanie, se unieron a los atacantes, haciendo fuego sobre la mehalla imperial, que en poco tiempo tuvo 20 muertos y 50 heridos, saliendo ileso el teniente instructor francés y salvando el material. Desde este día los tiroteos no cesaron, llegando a pensar los cónsules en aconsejar a los respectivos nacionales que evacuaran la capital en previsión de que el populacho del interior abriera las puertas

a los rebeldes, haciendo causa común con ellos. La mehallá de Mangin continuaba detenida sin avanzar hacia Fez, esperando se decía, que se terminaran de someter todos los cherardas, como esperaba. Los Benimitir y sus auxiliares estrechaban el cerco de



El señor Canalejas en el monte Uixan

la ciudad, saqueando todos los caseríos de las inmediaciones, y para someterse pedían la destitución del Glaui, que decían les robaba, y la expulsión de Marruecos de todos los franceses, incluso los instructores y médicos, diciendo que les odiaban por la dureza con que eran tratados por ellos y porque habían obligado al Sultán a decretar la nueva ley de servicio militar, por la cual todos los hombres hábiles tenían que servir en el ejército durante cuatro

años. El Sultán, no sabiendo qué partido tomar, les entretenía con promesas y dádivas.

Los Benimitir, envalentonados por su triunfo, enviaron emisarios a muchas cábilas, haciendo relatos fantásticos de la victoria y exagerando las riquezas que decían conquistadas. El Sultán, por su parte, acudía a todos los sitios de donde suponía podría obtener auxilios ; al Raisuli le ordenó que organizase sus fuerzas de Alcázarquivir para dirigirse con ellas a Fez ; a Tazza envió al sherif Kandani, para atraerse las cábilas de la región ; con los de Hyania pactó la libertad de 60 presos que retenía de esta cábila, a cambio de que contribuyese con mil jinetes a la expedición contra los Benimitir, y lo mismo hizo con otros 50 presos de la cábila de Benicemart, con iguales condiciones.

Los rebeldes decidieron ocupar posiciones estratégicas alrededor de la ciudad, incomunicándola, y pensaron ofrecer el trono sucesivamente a varios personajes de la familia de Hafid, tales como su hermano Muley Ismail, joven de 27 años, que había sido gobernador de Mequinez ; mas pronto desistieron por considerar no reunía condiciones, y entonces enviaron una comisión a ofrecer el trono a Muley Soliman, tío del Sultán, pero se negó rotundamente a aceptarlo.

En los primeros días de Abril corrieron noticias de origen francés de suma gravedad, respecto a la situación de la capital ; se decía que había estallado la revolución dentro de los muros y que el populacho había saqueado la población en unión de los Benimitir, que habían entrado en la ciudad, entablándose la lucha en las calles ; que el Glaui y Ben Omar estaban heridos y que los sublevados intentaban saquear el palacio imperial, defendiéndose el Sultán con sus esclavos en las azoteas, habiéndose tenido que recluir en sus casas los europeos. Estas noticias no se confirmaron, pero sí era cierto que la situación se agravaba no sólo en Fez, sino en otras ciudades importantes como Mequinez, donde la población se había sublevado pidiendo la abolición de los tributos. Delegaciones de las cábilas hasta entonces neutrales, visitaron a Hafid presentándole condiciones para prestarle ayuda y amenazándole con unirse a los rebeldes si no las aceptaba. El cerco se fué estrechando sin permitir a nadie salir ni entrar en la ciudad sin peligro de ser asesinado. El día 2 se presentaron ante las puertas de la plaza 800 jinetes insurrectos de Hyania pidiendo la destitución del Sultán y la entrega del Glaui ; la mehalla imperial estaba inmovilizada en Cherarda, mientras los rebeldes campaban por sus respetos interrumpiendo las comunicaciones, dete-

niendo a los correos y exigiendo tributos por permitir el paso por los caminos. Para salir dos familias francesas atravesando la cábila de Utazaiza, la más leal al Sultán, tuvieron que llevar fuertes escoltas. Quince oficiales y suboficiales franceses que salieron de Tánger el día 3 de Abril, para reforzar la misión militar francesa de Fez, tuvieron que regresar a los tres días por encontrar los caminos interceptados por los rebeldes. A éstos se les unieron las cábilas de Hyania, Benibuasin, Beni Saldan y Ulad el Jas, calculándose que llegaron a reunirse más de 3,000 insurrectos.

En los primeros días de abril hubo paralización por los dos bandos, debido a que fueron de grandes lluvias que dificultaban moverse en el campo, sin embargo de lo cual el día 2 se empeñó un combate, en el que al principio llevaron la peor parte los imperiales, que simulaban huir para refugiarse dentro de las murallas, pero cuando los perseguidores entraron bajo el radio de acción de la artillería de la plaza, servida por franceses, rompió el fuego, causando gran destrozo en los rebeldes, que al huir fueron destrozados por la infantería que, reaccionando ofensivamente les persiguió hasta Nzalaradji, causándoles 80 bajas entre muertos y heridos. Durante el combate, dos piezas servidas por indígenas hicieron fuego por equivocación sobre los leales. Estos tuvieron en el combate 20 muertos. La llegada de 500 hombres de infantería y caballería de Beni Uarain, para reforzar a los imperiales, mejoró por el pronto la situación, pero fuera de murallas siguieron los robos e incendios de los aduares y las operaciones estuvieron durante unos días suspendidas por ambos bandos ; el del Magzen, por ser impotente para atacar el campamento rebelde, situado a tres horas de Fez, persuadido de ello por los descalabros sufridos siempre que salió del recinto amurallado, pero siguió funcionando la acción política con actos como llamar al teniente coronel Mangin a Fez, con el pretexto de organizar la defensa, pero en realidad para que a los ojos de los musulmanes apareciera la mehalla mandada por el hijo del Glaui, aunque el que realmente la mandaba era el comandante Bremond, que sustituyó a aquél. Parte de esta mehalla sostuvo el día 9 un combate contra los Benimitir, que intentaron sorprenderles, pero se replegó en buen orden, acogiéndose a un castillo arruinado, manteniendo a raya a los rebeldes, resistiéndose a capitular a pesar de las proposiciones que les hicieron de que les dejarían la vida. Media hora después socorridos por un sargento con 200 jinetes de la

misma mehallá, hacían por fin huir a los insurrectos, que dejaron cuatro muertos y cinco heridos, teniendo los imperiales sólo cinco caballos muertos. Los cabileños de Ulad Djama hasta entonces leales, se pasaron a los rebeldes hacia mediados del mes, causando esta defección una gran contrariedad, pues constituían un obstáculo para que los Benimitir llegaran a Fez, quedándoles ahora el paso franco. Los de Beni Harassin, con los que se había negociado colmándoles de dádivas por su adhesión, también se unieron a los rebeldes, y, por último, los de Beni Uarain, venidos para auxiliar al Sultán, con motivo de negarse éste a pagarles un duro diario a los infantes y dos a los jinetes, como les había ofrecido, se pusieron de acuerdo con los Benimitir y se declararon en la mayor anarquía, robando y saqueando; en Fez robaron los fusiles a dos soldados y a una mujer las pulseras que llevaba; fuera de murallas robaron ganado matando a tres guardas moros. El Sultán decidió prescindir de sus servicios, y cumpliendo sus órdenes los askaris buscaron a un centenar de ellos que estaban dentro de la plaza y les expulsaron. Unidos al resto de sus compañeros que acampaban fuera de murallas en Darbebibagh, promovieron un tumulto, dirigiéndose amotinados hacia la plaza, pero se ordenó a la artillería que les ametrallase, como lo hizo, poniéndoles en completa fuga, acogiéndose al campamento de los rebeldes, con los que estaban en connivencia. A la noche siguiente unidos a los Benimitir intentaron abrir brecha en el palacio del Sultán, para apoderarse del depósito de fusiles, pero la guardia rompió el fuego sobre ellos, generalizándose el de fusilería, interviniendo luego la artillería, concluyendo por ser rechazados los asaltantes con bastantes pérdidas.

Las noticias posteriores eran aún más alarmantes. El Sultán y el Magzen habían tenido que abandonar el palacio, cuya defensa era difícil, por tener algunas murallas al exterior y se habían visto obligados a refugiarse en un fuerte inmediato al consulado de Francia. Las municiones escaseaban y el desaliento cundía, habiéndose tenido ya que abandonar la defensa en muchos puntos. Los sitiadores habían aumentado con el contingente de los Beni Uarain, que desertaron, aumentando también las fracciones de Cherarda, que no se querían someter. Dentro de la ciudad se conspiraba para destronar a Muley Hafid, reuniéndose secretamente los ulemas y jerifes, indicándose como candidato a Muley Mohamed (El Tuerto), pero por fin no se acordó nada, ni tampoco esto les importaba a los rebeldes.

Sobre la mehalla de Bremond había noticias muy contradictorias, pero lo cierto era que no se pensaba mover de su campamento hasta que hiciese buen tiempo para operar o fuese llamada a Fez, lo que ocurrió a mediados del mes como consecuencia de las defecciones de que se ha hecho mérito. Esta retirada traía consigo el inconveniente de que permitiría a los rebeldes reorganizarse y reforzar su línea en la región del Gurt, pero era el último recurso que a Hafid le quedaba, porque ya no había que pensar en reclutar más mehallas. El día 12 levantó su campa-



El monte Atlaten

mento y ya el mismo día fué atacado por numerosos cherardas, a los cuales batió, rechazándoles con grandes pérdidas, pero por el mal estado de los caminos y el fuerte temporal de lluvias que reinaba, tuvo que detenerse, haciéndolo en Yebel Terfás, donde esperaba a que el tiempo mejorara. Noticias suyas del día 18 decían que el espíritu de su tropa era excelente, sobre todo desde su victoria del día 12, que en cambio había desalentado a los bereberes; decía que las lluvias habían cesado y que habiendo recibido el primer aprovisionamiento que le llevó desde Tánger, de donde había salido el día 11, el agente M. Boisset a costa de vencer con energía grandes dificultades, volvía a reanudar la marcha hacia Fez, pero que antes de llegar volvería a necesitar

aprovisionarse y sobre todo municionarse, porque las municiones eran lo que más le escaseaba.

La columna levantó el campamento de Yebel Terfás, poniéndose en marcha hacia Fez. Algunos suponían que el teniente coronel Mangin intentaba una operación combinada contra los Benimitir, cogiéndoles entre su columna y la de Bremond, pero la realidad era la apurada situación del Magzen y de Fez, donde se quería reconcentrar fuerzas para la defensa.

En un Consejo de Ministros reunido en París en 4 de Abril, se trató de la situación de Marruecos y se tomaron acuerdos, que según la nota oficiosa facilitada, no se harían públicos hasta que se hubieran puesto en conocimiento de las potencias signatarias del acta de Algeciras, diciéndose únicamente por entonces que Francia estaba decidida a cumplir con todos sus deberes y ejercer todos sus derechos.

Por conductos autorizados se supo luego que en la nota que dicha nación circuló a las potencias interesadas, decía que se encontraba en la necesidad de prever desagradables sucesos e intervenir para garantizar sus intereses.

Un periódico francés, decía algunos días después, descubriendo los propósitos de su gobierno :

«Francia podrá poner en pie de guerra 20,000 argelinos, sin recurrir a la Metrópoli. Contingente bien pertrechado, admirablemente instruido, conociendo el terreno y la táctica del adversario. El terreno es llano, sin chumberas, barrancos, pedregal ni malezas, y la eficacia de la artillería será grande.

»El Estado Mayor francés lleva invertidos muchos años en estudiar el territorio y conoce muy bien todos los accidentes de la región ; labor que facilitará bien el aprovisionamiento.

»Los puestos avanzados de Uxda y Taurirt, éste sólidamente fortificado, podrían también desplegar sus fuerzas sobre Fez. Estas fuerzas las mandará el coronel Feraud.

»Estas operaciones no se harán hasta ser derrotado Hafid por los rebeldes, y consistirá en castigar a las cábilas, empezando por ocupar Tazza, a pesar de hallarse en la esfera española. La preparación de Francia y las condiciones del territorio evitarían seguramente todo género de complicaciones ajenas a la voluntad y esfuerzo del heroico ejército».

Al día siguiente de esta noticia, indudablemente de carácter oficioso, daban la de que M. Cruppi había dicho en la Cámara que, al parecer, la situación de Fez había mejorado mediante el apoyo de la misión militar y expuso su opinión de que los rebeldes

cesarían en su actitud regresando a sus poblados para dedicarse a las faenas de la agricultura.

El día 17 estampaban los periódicos franceses la noticia de que el obierno había resuelto reforzar las tropas de la Chauía con cuatro batallones del ejército colonial, notificando esta decisión a Alemania.

En Berlín se dijo al conocerla que la situación de Fez no era tan apurada, porque los leales siempre habían rechazado los ataques de los rebeldes, pero Francia ya hacía constar que esas fuerzas quedarían en expectación en Casablanca.

Pero el día 20 se hicieron públicos otros acuerdos del Gobierno francés, que causaron gran expectación.

Este hizo saber de modo oficioso que M. Gaillard, cónsul de Francia en Fez, había comunicado con fecha 13 que los Ulad Djama habían hecho defección y que la capital estaba bloqueada, habiéndole rogado el Sultán que pidiera al Gobierno francés la inmediata formación de una mehalla de tribus fieles de la Chauía, para que, mandada por oficiales franceses, se dirigiera a Fez lo antes posible.

En cuanto se recibió el despacho, se reunieron los ministros de Negocios Extranjeros, de Guerra y de Marina, conferenciando hasta las dos de la madrugada, acordando telegrafiar a Moinier que prestase su concurso a los deseos del Sultán y que para ello organizase un pequeño ejército que desde Casablanca iría a Rabat y Fez. Este cuerpo se constituiría por unos 2,600 hombres aproximadamente, con cañones, municiones y víveres.

El día 19, en que salía M. Boisset de Alcázar con un nuevo convoy para la columna Bremond, recibía éste otro aviso del teniente coronel Mangin, ordenándole marchar sin pérdida de tiempo hacia Fez, siendo de notar que Mangin daba esta orden precisamente cuando acababa de rechazar con éxito un nuevo ataque de los insurrectos, lo cual hace creer que a pesar de todo no se consideraba muy seguro, cosa bien explicable, pues acababa de ocurrir la sublevación de los Ulad Djama, que hasta aquel momento tuviéronse por fieles al Sultán.

Al recibir aquella orden de Fez, comprendió el comandante Bremond que estaría en situación muy apurada la capital, pero entendía al mismo tiempo que era muy peligroso dejar desamparado a Boisset sin aguardar a que se le reuniera. Vista semejante situación, el comandante Bremond emprendió la marcha hacia el Norte, con la esperanza de hallarse con Boisset y hasta quizás

con el capitán Moreaux con sus fuerzas de Alcázar. En esta marcha el comandante Bremond hubo de batirse con el enemigo, al cual rechazó con grandes pérdidas y teniendo por su parte escasísimas bajas.

Después de este combate el comandante Bremond siguió todavía su marcha hacia el Norte ; pero en vista de que no hallaba a Boisset, decidióse a emprender directamente la marcha hacia



El Glaui saliendo de visitar a Muley Hafid

Fez, con mayor motivo desde el momento en que le obligaban a ello las instrucciones del coronel Mangin.

Precisamente cuando el comandante Bremond se decidía a marchar sobre Fez, hallábase Boisset con su convoy a menos de cuarenta kilómetros de la columna ; en vista de ello, Boisset no tuvo más remedio que desandar lo andado y dirigirse hacia el Suk-el-Arba, donde llegó el 25.

En cuanto al comandante Bremond, después del combate a que antes se ha aludido, acampó en Sidi-Meluk, lugar próximo al Sebú, desde donde debía efectuar su movimiento envolvente sobre Fez, atravesando el macizo de Zerun, aunque seguramente antes de llegar a la vista de la imperial ciudad, tendría que sostener con las tribus sublevadas, más de un rudo combate.

El día 23 todavía estaba Bremond en la izquierda del Sebú, después de sostener algunos combates. Los rebeldes se habían apoderado de la falda septentrional del Tet Pasy, en la orilla alta del

Sebú y centenares de jinetes recorrían el territorio del que huían los moradores llevando consigo sus bienes.

El general Moinier transmitió al Amrani, califa de Casablanca, las resoluciones del Gobierno francés, para que, de conformidad con lo solicitado por el Sultán, organizara una harka que se dirigiera por Rabat a Fez. La mehalla se compuso con argelinos y marroquíes incondicionales a Francia, sirviéndola de base 1,500 goumiers, mandándola oficiales franceses, figurando como comandante de ella el Amrani, aunque no era el jefe efectivo. Al



El general Lyautey

partir de Casablanca el día 24 componía un total de 2,500 que se elevarían de 3,500 a 4,000 con gentes de Haouz, que se incorporarían en la Alcazaba de Shirat. El camino que había de seguir era, de Casablanca a Rabat, por la costa, y de este último punto a Fez por el Garb, pasando por Mequinez. La marcha se haría por etapas rápidas, calculándose tardaría siete días en recorrer los 200 kilómetros que separan Rabat de Fez. Casi paralela a esta columna marcharía otra para apoyarla si era atacada por los zaers. Esta segunda columna estaba formada por fuerzas de cañallería y artillería del ejército colonial. De califa del Sultán quedó en Casablanca Sidi Mohamed el Guebbas, bajá de la población e hijo del antiguo ministro de la Guerra de Abdelaziz. El capitán Marced acompañaba a la expedición en concepto de guía.

Se decía que la situación se iba haciendo insostenible en

Fez, a causa de extenderse la miseria y el hambre, habiéndose tenido que abrir al público los depósitos de trigo y maíz. Las cábilas que se habían llegado a reunir frente a la plaza llegaban ya al número de quince, las cuales se habían dividido en dos grupos, uno para apretar el cerco y otro para hacer frente a las fuerzas que llegaran en su socorro. Los sitiadores rechazaron las ofertas del Sultán diciendo que no se irían sin la cabeza del Gran Visir y obtener la expulsión de los militares franceses. Las gestiones hechas cerca de la cábila de Ulad Djama para que volviera a la legalidad, habían fracasado, porque para someterse exigían la destitución del gobernador El Bagdadí, cuya condición fué rechazada. El Sultán desconfiaba de los auxilios en camino y no dirigía sus esfuerzos más que a escapar del atolladero, conformándose con salvar la vida y que le concediesen una renta para vivir.

El Garb se hallaba muy agitado, corriendo el rumor de que si la mehalla de Bremond se paralizara o retrocediese, los cherardas y los benihasen obligarían a los del Garb a unirse a ellos, y a los Ulad Aissa a cerrar la única vía por la que aún se podía llegar a Fez. Los rebeldes dirigían sus esfuerzos a que a toda costa no llegasen municiones ni dinero a la mehalla de Cherarda. Boisset volvió el 23 a intentar unirse a Bremond, al que había enviado varios correos sin obtener contestación, pero en las márgenes del Uargha fué detenido, teniendo que retroceder y refugiarse en la casa del caíd Cherani. Toda la región levantada en armas pedía al Cherani que impidiera el paso de armas y dinero para Bremond, amenazando con invadir el Garb para impedirlo. Boisset comunicaba el día 27 al gobierno francés que según informes obtenidos por el Cherani, Bremond se hallaba el día 26 a 20 kilómetros de Fez. Pero cuando eso decía, ya hacía veinticuatro horas que Bremond estaba en Fez.

Bremond había llegado el día 24 a 20 kilómetros de Fez, pero entonces le hicieron frente los Ait Yusi y Benimitir, que le atacaron con vigor. El combate empezó el día 24, durando todo el día 25 y la madrugada del 26. Las fuerzas quedaron extenuadas, pero Bremond comprendió que no había más remedio que avanzar, al mismo paso que perdían el terreno los rebeldes, confiando en que de Fez saldrían a auxiliarle. En Fez ya la noche del 24 habían oído fuego de cañón, comprendiendo el teniente coronel Mangin que no podía ser de otro que de la columna Bremond, tomó disposiciones para salir a su encuentro, disponien-

do que una batería se situase en una altura que dominaba el camino por donde suponía había de llegar. El día 26 ya se hallaba Bremond a 6 kilómetros, oyéndose perfectamente el cañón de su columna, rompiendo entonces el fuego las baterías de la plaza sobre los flancos del enemigo, que temiendo ser cogido entre dos fuegos, abandonó el campo, de tal modo, que a medio día ya se vió desde la plaza avanzar la columna sin ser hostilizada. Los rebeldes tomaron el camino de Mec Sef, abandonando parte de su campamento.

Cuando avisaron al Sultán, salió loco de alegría a la plataforma de la muralla con los ministros y personajes, contemplando con unos gemelos el avance de las tropas. Al divisarse la columna salió de Fez una mehalla mandada por el Glaui, que hizo una demostración sobre los Ulad Djama, con 400 jinetes de Hyania, 900 de Beni Uarain y unos 300 hombres de Fez reunidos entre esclavos y ejército regular, quedando la ciudad guardada por la infantería regular y la artillería. Los Ulad Djama le atacaron tan briosamente, que la demostración se convirtió en rudo combate. El Glaui perdió tres caballos y estuvo a punto de ser hecho prisionero, salvándole sus esclavos y el caíd de Hyania, que le dió un caballo. Fué herido El Hayabid consejero de Mohamed el Krisi, y también lo fué el chambelán del Sultán, al que condujeron a Palacio y asistió para curarle el mismo Hafid. Bremond llegaba con gran oportunidad, pues los Beni Uarain, que hacía dos días se habían vuelto a someter, se negaron a atacar a los rebeldes y salieron de Fez llevándose las tiendas y pertrechos que les había dado el Sultán.

Las tropas de Bremond fueron a su llegada obsequiadas por Hafid con pan, té, azúcar, limonadas, frutas y dinero. La población salió fuera de las murallas a recibir a la mehalla y la acompañó a la entrada vitoreándola. El Sultán salió a la puerta de Palacio a recibir a Bremond, y al reunirse con él le besó en la frente, felicitándole. Después Hafid, Bremond y Mangin se reunieron en un pabellón conferenciando. Como resultado de la conferencia se acordó tomar la ofensiva con todas las tropas disponibles, hasta lanzar a los rebeldes al mar.

Aunque la columna Bremond no había cesado de combatir desde el día 18, siempre habían salido victoriosos, y llegaban a Fez con orden perfecto, contentos y con el material completo. Las pérdidas totales fueron 30 muertos o desaparecidos.

Con la llegada de Bremond el Magzen disponía en Fez de 4,000 soldados regulares y 3,000 irregulares. Los Beni Uarain

y los Hyania se declararon por el Magzen en cuanto llegó la mehalla.

Al día siguiente de su llegada, la columna Bremond, unida a otras fuerzas de la plaza, hicieron una salida por tres puertas simultáneamente, teniendo la operación un éxito completo, arrojando de sus posiciones a los Ulad Djama y a los Benimitir, que se separaron a tres horas de Fez. El Sultán, contento, concedió tres días de descanso y dispuso otra salida para el 29.





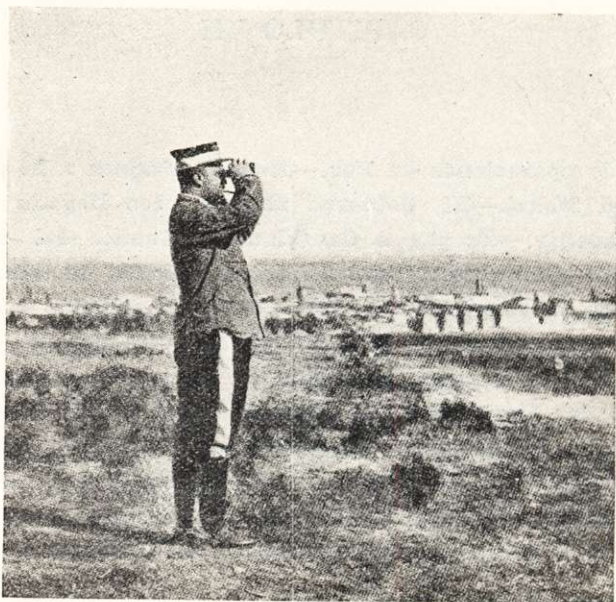
CAPITULO VII

Suspensión de operaciones en Fez.—Nuevos ataques a la plaza.—Opinión del Mokri.—El Gobierno francés cree llegado el momento de intervenir.—Tropas a Casablanca.—Avance del coronel Brulard.—El general Moinier en marcha.—Unión de Gouraud y Brulard.—Se les une Moinier.—Llegada de la columna a Fez.—Sumisiones.—Propósitos de Moinier.—Efecto en España.—La Prensa española.—La Prensa francesa.—El convenio secreto de 1904 y el acta de Algeciras.—Las declaraciones de M. Cruppi.—Crisis ministerial en España.—Preparativos y cábalas.—Declaraciones de Canalejas en el Congreso.—Unanimidad por patriotismo.—«Nuestra hora nacional».—Movimientos de tropas.—Concepto verdadero de la intervencion de España.—La situación en Ceuta.

Los primeros optimismos que hizo renacer la llegada de Bremond desaparecieron prontamente. Después de algunos días de descanso, salió de la plaza, acampando el día 5 de Mayo en Nzaia Foradji, entre Fez y Ras el Ma, donde se habían concentrado los bereberes, habiendo desertado una gran parte de la mehalla, por no poder, según decían, resistir la severa disciplina de los cristianos, estando hasta aquel día suspendidas las operaciones porque los moros de Uarain desertaron de nuevo y empezaban a hacerlo los Hyanias. El día 5 estalló una sublevación en Fez dentro de las murallas, según se dijo provocada por los partidarios de Muley Zin, atacando al mismo tiempo desde fuera grandes grupos de Benimitir con furia sin igual, dirigiendo sus esfuerzos contra las murallas del Palacio. En las calles de Fez quedaron 50 muertos hechos desde fuera y desde dentro. El

fuego de cañón no cesó en toda la noche del 5 y día 6. Entre el Gran Visir y el Sultán hubo una violenta discusión reprochándole aquél el haber llamado a los franceses sin contar con el Magzen y declinó la responsabilidad contra las consecuencias.

Una de las cosas que escaseaban era el dinero, no pudiendo pagar a los soldados ni a los auxiliares. Aunque Hafid hacía pocos días había recibido dos millones de francos del último empréstito con Francia, habían sido tan grandes los gastos para hacer frente a todas las contingencias y para convencer a los rebeldes



El comandante Bremond

que se mostraban leales merced a estos argumentos, que en pocos días se quedó el Sultán sin dinero. También escaseaban los víveres. Sin embargo de estimarse por los franceses muy grave la situación de Fez, El Mokri, que por entonces se hallaba en París y conocía muy bien las condiciones de la plaza, declaraba ante varios periodistas que no veía posible que los rebeldes llegaran a entrar en Fez porque era una plaza fortificada, para cuya rendición se necesitaría emplear medios de que no disponían los rebeldes, y que los europeos nada debían temer.

La colonia europea era de 6 instructores franceses, 7 españoles, 7 italianos, 5 ingleses, 3 alemanes y 3 austriacos. En la Ciudadela había un gran depósito de víveres y municiones, terminando El Mokri sus declaraciones con la afirmación de que

en su opinión era bastante para la seguridad de la plaza el refuerzo obtenido con la llegada de Bremond.

El Gobierno francés, sin embargo, consideraba muy crítica la situación y comunicó a las potencias que creía llegado el momento de una intervención previsto por el acta de Algeciras, sin perjuicio de la acción que ya se estaba desarrollando por la mehallá del Amrani y la columna volante de apoyo que operaba en relación con ésta. El general Moinier dirigió el día 25 de abril una proclama diciendo que Francia no se proponía ocupar nuevos territorios, sino apoyar al Sultán y prestar socorro a las colonias extranjeras. «Si las cábilas, decía, deponen su rebeldía, se detendrá el avance, pero en caso contrario, las columnas pacificarán el país y castigarán a los rebeldes.»

Los refuerzos que Francia mandaba a Casablanca, eran :

Infantería : 10 batallones de zuavos, tiradores argelinos, senegaleses e infantería colonial.

Caballería : 4 escuadrones de Argelia y Túnez.

Artillería : 4 baterías de Argelia y Túnez y artillería colonial.

Ingenieros : 2 compañías.

Todos con sus correspondientes servicios sanitarios, administrativos y de tren.

Estos refuerzos los organizaría Moinier así :

Brigada de Argelia : general Dalbiez.—Un regimiento de zuavos (coronel Lavarenne), y un regimiento de tiradores (coronel Simón).

Brigada colonial : general Ditte.—Dos regimientos de infantería colonial (coroneles Comte y Gouraud). Un regimiento de tiradores senegaleses (coronel Mazallier).

No nos hemos de detener aquí a detallar las marchas que hicieron las diferentes columnas francesas para avanzar sobre Fez, pues únicamente damos cabida en este libro a las operaciones de los franceses, por la relación que tuvieron con la acción de España en su zona de influencia.

El 26 de Abril comenzaron las gestiones para prevenir al gobernador de Tánger y al cónsul de Rabat del movimiento de las columnas. Entre la Alcazaba y Sedgirad acamparon 500 gumiens de la Chaufa, mandados por franceses y 2,000 en Busnika. De Rabat llegaron 140 camellos con municiones y luego 4,000 moros, uniéndose a la columna ligera francesa, mandada por el coronel Brulard, compuesta de tres batallones de infantería, un escuadrón de caballería, dos baterías montadas, dos

secciones de montaña, una sección de ametralladoras, todos los servicios de administración y una ambulancia, dirigiéndose a Salé. Se decía que las cábilas se preparaban a hacerles frente. En el Kenitra se le unirían importantes contingentes coloniales. El general Moinier estaba en Busnika.

El día 30 los escalones de la columna Brulard iban alcanzando a la cabeza de la misma en El Kenitra, donde esperarían la concentración completa y el aprovisionamiento, mientras los goumiers seguían avanzando. El día 5 recibía el Gobierno francés noticia de que el coronel Brulard marchaba rápidamente de El Kenitra a Lallaito y que se detendría en Dartzzani, donde estaría a dos días de Fez y Mequinez, para esperar órdenes de su gobierno y del Sultán.

Por su parte también avanzaba el Amrani. Los Beni Hasen al saber su avance, regresaron a sus tribus, saqueando los ganados de los cherardas y tiroteándose con ellos.

El general Moinier sufrió el día 9 un ataque de los rebeldes en el campamento de Belarosi, en el camino de Fez, a tres kilómetros de Salé, donde se encontraba. Los cabileños asaltaron tres veces el campamento y rechazados se corrieron a lo largo del camino de Fez, llegando al santuario de Sidi Labe, a 200 metros de las puertas de Salé. Entonces desde la ciudad salió un destacamento francés que abrió el fuego, obligando a los insurrectos a retirarse con 30 muertos y muchos heridos. En previsión de contingencias, se mandó al campamento de Belarosi, desde Rabat, el parque de ingenieros y en sustitución entró el batallón de tiradores de Argelia, que estaba en Salé.

Y ante la posibilidad de que la caballería enemiga pudiese vadear el río a pesar de las medidas adoptadas, caballería y goumiers acamparon a las puertas de Salé, a las órdenes del Amrani.

El día 12 llegó Brulard a Lallaito, habiendo tenido durante la marcha que emplear la artillería para rechazar algunos grupos que hostilizaban la columna. En Lallaito se le unió Gouraud.

Cuando los jefes insurrectos supieron que del Kenitra había salido una columna, se dividieron los pareceres; unos querían dar un asalto definitivo a Fez antes de la llegada de los refuerzos y otros eran de parecer de que se mandasen algunos a cerrarles el camino de Rabat.

La noche del 13 al 14 fueron atacadas dos veces las columnas unidas de Brulard y Gouraud, pero rechazaron los asaltos, necesitando para ello dar varias cargas a la bayoneta, haciendo

dejar a los rebeldes algunos muertos y sin costar pérdida alguna a los franceses. El día 16 siguieron su marcha unidas las columnas dichas, pasando el mismo día el Had Beni y acampando en la orilla opuesta. El 16 sostuvieron un combate con los Benihassen teniendo heridos un teniente y varios soldados. El 18 se hallaban en Darben Fald, en territorio de Benihassen. La mehalla del hijo del Glaui, que se hallaba en Cherarda, llegó a Kenitra y el



El general Moinier y su Estado Mayor

día 20 la columna Gouraud, con un convoy de 1,500 camellos regresó hacia el Kenitra, donde llegó el 24.

El día 21, la columna del coronel Brulard se hallaba delante del Uad-Mkkés y dos horas antes se le había unido al general Moinier con su columna, formando un total de 8,000 hombres. Aquí se hallaban concentradas algunas tribus rebeldes, pero no se atrevieron a oponer resistencia y el paso del río se efectuó sin novedad, acampando en Dardebibag, a unos 1,500 metros de las murallas de Fez. El general Moinier entró en la ciudad

a saludar al Sultán. A recibir la columna salieron el bajá de Fez, el ministro de Hacienda, el caíd Maxuar, el cónsul de Francia y la misión militar. El Sultán recibió a Moinier con grandes demostraciones de contento. Moinier le invitó a visitar sus campamentos y a que pasara una revista a las tropas, en la que formarían los contingentes indígenas concentrados en Fez y sus alrededores, organizándoles como un cuerpo regular de 5,000 hombres, cuyos cuadros serían franceses, lo mismo que la artillería.

Apenas llegada la columna ya se presentaron a someterse los principales jefes de Cherarda y Beni-Hassen y se reunieron los de Cheraga y Ulad-Djama para decidir.

La entrada de las tropas francesas produjo en los moros tristeza y abatimiento, no mostrando alegría más que los judíos. Las mujeres desaparecieron de las calles. El Sultán ordenó hacer festejos oficiales, pero el pueblo no se adhirió a la alegría oficial.

En cuanto Moinier llegó a Fez, empezó a preparar la prosecución de la acción que le estaba encomendada, pensando desde luego en continuar las operaciones contra los zaers y sobre Mequinez, estableciendo en el antiguo camino de los Sultanes, entre Casablanca y Fez, una serie de puestos militares como los del Sur de Argelia con destacamentos indígenas, instalando también varios puestos de telegrafía sin hilos.

*
* *

Al divulgarse en España las noticias de la actividad desarrollada por Francia en los asuntos de Marruecos en la segunda mitad del mes de Marzo, empezó la Prensa a llamar la atención de la opinión sobre lo que ocurría, temiendo que nos cogieran desprevenidos los sucesos que claramente se veía se avecinaban. Los primeros rumores fueron de que al gobierno español le preocupaba el sesgo que iban tomando los asuntos de Marruecos y se suponía que Francia había hecho alguna indicación a nuestro gobierno recordándole las obligaciones que nos impone el acta de Algeciras, colocando con ello a España en una situación delicadísima.

El Diario Universal decía: «Comprendemos que produzca algún recelo la activa intervención de Francia dotando de instruc-

tores al ejército jerifiano, como la operación financiera realizada en París por El Mokri y que desde luego se destina al mismo fin ; pero, lo repetimos, si hay en esto algo contrario a nuestros intereses, el gobierno seguramente, en la forma amistosa propia de nuestra cordialidad de relaciones con Francia, sabrá hacerlo notar y no dudaoms de que el resultado será satisfactorio, para que la obra encomendada a las dos naciones por la potencias signatarias del acta de Algeciras no sufra entorpecimiento.

»Por lo que respecta a nosotros, por lo que toca a nuestro Gobierno es natural que vigile este asunto enmarañado de Francia y Marruecos.

»Mil veces lo repetimos ; vigilar, prevenir, contemporizar, ajustar nuestra situación a la de las potencias africanistas debe ser el lema de nuestra política marroquí.

»Pero de esto a pensar en aventuras peligrosas cuando los propios interesados en esta ocasión, los franceses, no entran en ellas, hay una gran distancia. ¿Es que la actitud expectante y avisada del Gobierno español también supone un peligro ? ¿Quién se atreverá a sostener esto ? Y si no hay quién lo sostenga, ¿a qué vienen alarmas injustificadas, sabiéndose que nuestro pueblo es dado, muy dado a recogerlas y adulterarlas extraordinariamente ?»

Al mismo tiempo publicaba casi toda la Prensa un telegrama de París que decía : «Corren rumores de desacuerdo con España. El *París Journal* dice saber que Canalejas se ha expresado en términos que envuelven reservas acerca del reciente acuerdo franco marroquí negociado sin intervención de España, sobre todo en lo referente a la construcción del puerto de Tánger. M. René Millet, reconoce que Tánger está en la zona de influencia de España.»

Y al día siguiente este otro :

París 23.—Asegura *Le Matin* que los recelos surgidos en España acerca de la cuestión de Marruecos, quedarán pronto y fácilmente desvanecidos. La colaboración franco-española para lograr el reembolso por el Magzen de los gastos militares hechos por España, prueba nuestra lealtad» y terminaba : «Mañana, Cruppi, contestando interpelaciones sobre la cuestión marroquí, dará explicaciones suficientes para satisfacer a España.»

El mismo día publicaba *Le Temps* un artículo titulado «España, Marruecos y Francia», el cual causó una sensación extraordinaria.

El articulista tomaba base en unas preguntas que en el Senado español habían dirigido al gobierno los señores Portuondo

y Maestre, empezando por negar implícitamente el carácter espontáneo de las preguntas al afirmar «el gobierno español *se ha hecho interrogar*, sobre los recientes convenios franco-marroquíes y su relación con la policía de España en el Mogreb.»

Después de un relato sintético de las manifestaciones de los senadores españoles, añadía :

«Así se ha hecho pública una situación que sin ser grave, merece atraer la atención de todos. Queremos hablar del antagonismo franco-español que no se manifiesta ahora por vez primera, pero que parece hoy más vivo que de costumbre.»

«La primera queja formulada por España es la de no haber estado al corriente, sino de una manera incompleta, de las negociaciones de Francia y Marruecos. Indica que ella siempre nos ha informado día por día de sus negociaciones con el Sultán y que nosotros no le hemos pagado con la misma moneda ; que el señor Pérez Caballero no ha recibido de M. Pichon sino informaciones insignificantes y que cuanto se ha sabido en Madrid del último acuerdo antes de ser firmado, procede de Marruecos. España se declara herida por estos procedimientos.

«A decir verdad, se debe reconocer que nuestra inteligencia con España ha sido, según una frase reciente de M. Delcassé, muy poca práctica. M. Pichon no ha hablado con el Gobierno de España respecto a Marruecos, más de lo que ha hablado con el Gobierno ruso respecto a Bagdad.

«Su excusa se halla acaso en el hecho de que él, ha dejado que se realice lejos de él la negociación con El Mokri.

«Sea como fuere, parece que hemos pecado en la forma. Porque no es desgraciadamente la vez primera que las quejas españolas alcanzan también al fondo, pero parecen menos justificadas.»

Hablaba después *Le Temps* de la misión militar francesa que decía instituída por Muley Hassan, parte para estar al lado del soberano y parte en Rabat y hacía constar que hay una carta de Ben-Sliman, fechada en 1903, manteniendo esta misión con todas sus antiguas atribuciones, y a continuación decía :

«Después los sultanes han mantenido siempre, de hecho y de derecho, la misión francesa. Los arreglos correspondientes constituyen convenciones directas entre Francia y Marruecos, estados soberanos e independientes. Estos arreglos han sido explícitamente confirmados en el acta de Algeciras. En cambio nuestra diplomacia ha hecho saber a España que nos abstenemos de aprovecharnos de nuestra misión para intervenir en su zona.

Se ha querido en Madrid obtener de nosotros el compromiso formal de que ningún instructor militar francés penetraría jamás en la zona española. Este compromiso no ha sido aceptado por nosotros.»

Seguía hablando de las diferentes cuestiones que decía estaban enumeradas en la nota entregada por Pérez Caballero a M. Cruppi, deteniéndose especialmente en el refuerzo de los tabores de policía españoles ; en el ferrocarril de Tánger a Alcázar ; en el empréstito para policía, y en la interpretación del convenio franco-español de 1904.

Respecto al primer punto se expresaba así :

«El refuerzo de los tabores de Tetuán y de Larache (organizados por España) no se justifica por la necesidad ni por el radio de su acción. Surgirían inconvenientes si ese refuerzo fuera considerado como réplica al envío de más tropas a la Chauía. España debe recordar que en materia de contingentes militares está muy por encima de nosotros.» (1)

«El ferrocarril de Tánger a Alcázar es cuestión regulada por la ley de adjudicación de Obras Públicas en Marruecos ; el empréstito para la policía es de interés común para los europeos y no hay lugar a disgustos no existiendo cambios de organización.»

Y termina el examen de lo que *Le Temps* llama quejas de forma, diciendo :

«Si se entrase en una polémica, se podría oponer queja a queja, pero un debate semejante no conduciría a la conclusión necesaria.

«Los españoles son en este caso susceptibles con exceso. No hemos tenido desde hace tres meses cuenta suficiente de esa susceptibilidad. Es cierto. Y es preciso que esta lección sirva para el porvenir.»

Después de este examen de forma, se dedica al del fondo de la cuestión, que es lo más importante. En este examen se descorre el velo de secretos diplomáticos y se lanza a la voracidad del comentario público la tan debatida cuestión (debatida oficialmente) del convenio secreto franco-español. Resulta de ello que hay convenio secreto y que Francia, que tantas veces ha vuelto la espalda al acta de Algeciras, en esta ocasión se declara respetuosa con ella.

Dice así :

«Pero respecto al fondo de las cosas no depende de nosotros otorgarles (a los españoles) la satisfacción que reclaman. Ellos

(1) Alude al Ejército que mandamos a Melilla en 1909.

hablan siempre del convenio de 1904, como si este convenio se hallara únicamente constituido por el texto del tratado secreto que delimita ante ciertas hipótesis las zonas de influencia, pero hay también un convenio público de que el convenio secreto no es sino un anejo, y el acta de Algeciras, que colocan en primera línea los deberes solidariamente aceptados por Francia y España, de mantener la soberanía del Sultán y de una colaboración con él. Ahora bien ; la soberanía del Sultán fortificada con esa colabora-



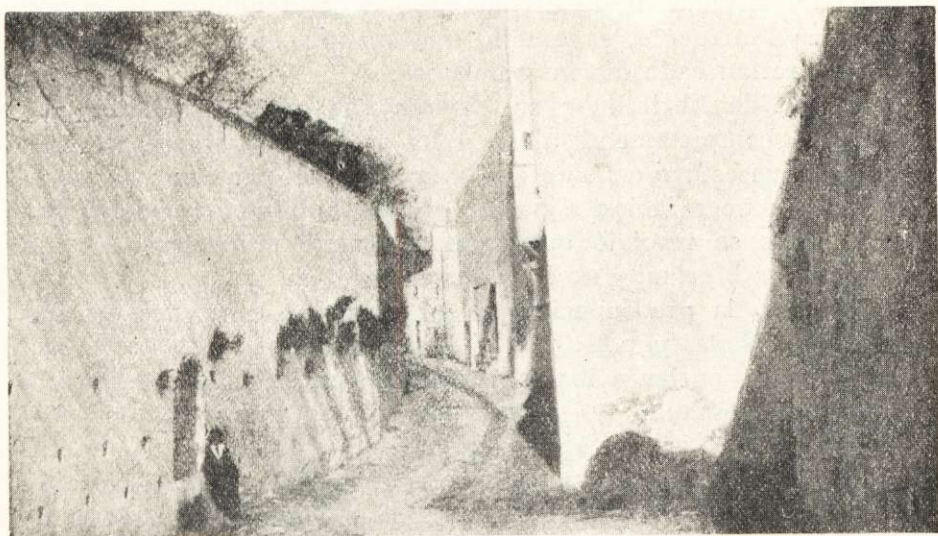
Tropas francesas desembarcando en Casablanca

ción, no puede tener sino un resultado : hacer que la autoridad del Sultán sea más efectiva. Por consecuencia, la eficacia de la acción en las zonas de influencia no podrá tener su desarrollo sino en el caso de que el poder jerifiano se hundiera.

»Diciendo esto, chocamos acaso con lo establecido en el lenguaje diplomático, pero expresamos la verdad indiscutible en el caso de que se trata

»El convenio de 1904, se compone de dos textos, uno público y otro secreto, entre los que hay contradicciones que M. Delcassé al firmarles, no previó que adquiriesen desarrollos ulteriores y que ahora pesan con grave riesgo sobre M. Cruppi, que ha de resolver la discordancia.

»En realidad, en el debate iniciado todos tienen razón ; Francia, invocando las estipulaciones públicas, y España cubriéndose con las estipulaciones secretas. Si entre estos dos órdenes de contratos los unos prevalecieran sobre los otros, Francia, es preciso afirmarlo enérgicamente, se declara exstrictamente respetuosa ante el acta de Algeciras, que establece la colaboración del Sultán. España, en cambio, pretende sacar conclusiones prematuras del



Glukia de Sidi Saidi en Tetuán

(Fot. *Africa*)

acuerdo no publicado, que siendo anterior al acta de Algeciras no ha podido ni preverle, ni conformarse con ella absolutamente.

»Esto es lo que hace difícil la conversación mantenida entre París y Madrid.

»Sería sensible apasionarla, pero no se puede desconocer que es seria.

»Corresponde a los dos gobiernos examinarla con espíritu de cordialidad.»

Inútil es añadir que este artículo fué objeto de animados comentarios, estimándole de verdadera importancia en el desarrollo de las relaciones franco-españolas.

Oficialmente, M. Cruppi hizo manifestaciones en la Cámara francesa, dando seguridades de que el único objeto que Francia se proponía al intervenir en los asuntos interiores de Marruecos, era garantizar la seguridad de los ciudadanos franceses, y especial-

mente la de los oficiales de la misión militar, sin pensar de modo alguno en conquistas. La Prensa francesa decía al día siguiente que el discurso habría tranquilizado a la diplomacia española, aunque podía haber sido Cruppi más claro en sus manifestaciones.

Interrogado en Madrid el señor Canalejas sobre su opinión, contestó que M. Cruppi había dicho en su discurso todo lo que tenía que decir y que nunca habían dejado de estar de acuerdo Francia y España desde el día en que emprendieron la acción común en Marruecos, esperando que las relaciones entre las dos naciones serían cada día más amistosas.

El 1.º de Abril hubo en España una crisis ministerial por una causa completamente ajena a los asuntos de Marruecos (1), pero, aunque estuvo a punto de hacer variar el pensamiento inspirador de las negociaciones y acaso el resultado hubiera sido distinto, la crisis se resolvió quedando el mismo ministerio, excepto la cartera de Marina, y no influyó por tanto en nada.

No cesó la preocupación de los patriotas españoles con las seguridades dadas por M. Cruppi, confirmadas por el señor Canalejas y la desconfianza iba en aumento a medida que se conocía el giro que tomaban los acontecimientos en Fez y las determinaciones que en su consecuencia adoptaba el gobierno francés. El día 6 de abril tomaron cuerpo los rumores de que la cuestión de Marruecos se complicaba, diciéndose que Francia había comunicado a España que si nosotros no enviábamos tropas a Fez, las mandarían ellos, y se daba como seguro que se habían dado órdenes a la brigada de Málaga y a los regimientos de infantería de la Reina y Córdoba, de guarnición en Córdoba y Granada, para que estuviesen dispuestos a marchar, con 1,000 plazas cada uno; que se había ordenado la urgente incorporación de los oficiales pertenecientes a las guarniciones de Africa, que disfrutaban licencias por diversas causas, y que el ministro de Marina había mandado que la escuadra se distribuyese entre Cádiz, Ceuta y Melilla. Se daba como muy válida la especie de que el ejército que iría a libertar a Fez se compondría de dos cuerpos de a treinta mil hombres, siendo uno de los cuerpos español y otro francés. Que los dos obrarían de común acuerdo para restablecer el orden y hacer respetar la autoridad de Muley Hafid.

La Mañana, consideraba que la presencia de M. Delcassé en el Gabinete francés, aunque no fuera como ministro de Negocios

(1) El motivo fué un debate sobre la sentencia que condenó a muerte al revolucionario Ferrer, en el cual el señor Alvarez (don Melquiades), pronunció un discurso atacando a los Tribunales Militares.

Extranjeros, hacía prever que la cuestión marroquí volvería a tomar forma aguda, por la política intervencionista de dicho señor. Que indudablemente España sabría cumplir con su deber si llegaba el caso, pero calificaba de prematura la alarma reinante, pues toda clase de intervención armada por nuestra parte era muy remota y dependía de un sinnúmero de complicaciones que, suponía, no llegarían a presentarse. Que el Gobierno estaba convencido de que esta intervención sólo podría llegar en caso de extrema gravedad y que su política se encaminaría a evitar tal contingencia.

El Imparcial también creía que el Gobierno cumpliría con su deber estando prevenido y que tendría a su lado la opinión entera de España que nada le regatearía. Decía también, que sería asunto de grave preocupación el temor de que una acción belicosa de Francia pudiera anularnos totalmente, y preguntaba, si entre España y Francia existía acuerdo para el caso de contingencias como la entonces actual, porque nuestros vecinos se preparaban a iniciar una acción belicosa que marcaría nuestro lanzamiento definitivo de Marruecos si la ejecutaban ellos solos.

El Debate, alentaba al señor Canalejas para afrontar de una vez la cuestión de Marruecos, diciendo, que entre bordear el avispero recibiendo picotazos o lanzarnos dentro de la colmena, la elección no era dudosa.

El Presidente del Consejo declaró oficiosamente que eran completamente infundados los rumores respecto a noticias recibidas de Francia sobre movilización de tropas y otras cosas relacionadas con Marruecos, declarando que no era exacto que el gobierno hubiese recibido nota alguna apremiante de Francia, ni conminación desagradable, antes por el contrario, se seguían recibiendo despachos del señor Pérez Caballero, nuestro embajador en París, dando cuenta de que sus entrevistas con el ministro de Negocios Extranjeros, M. Cruppi, continuaban celebrándose dentro de la mayor cordialidad, y que era inexacto que en Francia ni en España se hubiera movilizado ni un solo soldado. Que la situación del Imperio era realmente grave, según se sabía por varios conductos, pero que el Gobierno estaba prevenido para todo evento y que, aunque el asunto revestía verdadera gravedad, lo estudiaba y meditaba procurando ir a la solución serenamente. Se había ordenado a los cónsules de España en el litoral marroquí, que a toda costa se procurasen noticias de Fez, y que el asunto preocupaba al Gobierno.

En el Ministerio de Estado aseguraban que España no intervendría militarmente mientras los sucesos no repercutiesen en nuestra zona de influencia y en el Ministerio de la Guerra aseguraban que no se habían dado órdenes de movimientos de tropas. Pero se confirmaba en cambio la noticia de que en El Ferrol se había recibido orden de preparar 300 hombres de infantería de Marina para ir a Africa, aunque no se sabía a qué parte.

Como aclarando sus manifestaciones anteriores, M. Cruppi, en sesión de la Cámara francesa el 7 de Abril, decía que las tropas francesas iban a Marruecos a sostener la tranquilidad, y que las medidas que se adoptasen en vista de la gravedad de la situación en Fez, estarían dentro del acta de Algeciras y se llevarían a cabo en colaboración con España, manteniendo con ella el espíritu de cordialidad.

La Prensa francesa a su vez también variaba de tono y en general, reconocía que Francia en su acción en Marruecos debía ir unida a España, a la que no podía ocultar nada ni negarla participación.

En el Congreso de los Diputados, en sesión del día 8, el señor Canalejas, interpelado por el señor Aura Boronat, pronunció un discurso, en el que, en síntesis, decía que no podía hablar más que con prudencia por estar pendientes unas negociaciones diplomáticas. Que España no iría a Marruecos a hacer conquistas, sino a colaborar en una obra de civilización. Que en los primeros días de marzo los cónsules habían anunciado la agitación, habiendo el día 21 fracasado los intentos de concordia entre el caid de Fez y los insurrectos y que la discordia terminó en lucha entre imperiales y rebeldes; los primeros cayeron en una emboscada sufriendo un desastre, en vista de lo cual los cónsules se reunieron y acordaron aconsejar a las colonias extranjeras que abandonasen el territorio. Luego circuló la noticia de que Fez había caído en poder de los insurrectos y ya desde el día 20 se había vuelto a saber nada, ocurriéndoles lo mismo a Francia e Inglaterra. El Gobierno francés había creído llegada la ocasión de advertir a varias potencias que se encontraba en la necesidad de prever desagradables sucesos, interviniendo para garantizar sus intereses.

Y terminaba diciendo:

«Estamos en relaciones cordiales y negociamos, pero no podré decir nada de esto.

»Hemos dicho al Gobierno de París que tomamos nota de la advertencia y que en momento oportuno, dentro del acta de



Una calle de Tetuán

(Fot. *Africa*)

Algeciras y de los compromisos contraídos, resolveremos lo que conviene a nuestra intervención.

»¿Con qué medios? Esto no lo puedo precisar.

»Ante los sucesos graves de Fez y las consecuencias, también graves, que pueden sobrevenir, hemos de disponer nuestro ánimo y acomodar la previsión dentro de la prudencia y de los medios económicos nuestros.

»España no puede mostrarse indiferente en el asunto, dada nuestra historia y teniendo en cuenta los territorios que allí poseemos.

»No creo equivocarme al esperar que el Gobierno contará con la absoluta confianza de todos y con el asentimiento de todas las fuerzas políticas.

»España está obligada a una acción para defender su territorio.

»El Gobierno está prevenido y obrará siempre dentro de las cifras del presupuesto. Si se necesitara más lo diría al Parlamento.

»Lo que he dicho es bastante claro para que nadie vaya más allá en sus averiguaciones.

»Buscamos un escudo para que en el caso de un error, no probable, no se nos culpe el día de mañana.

»Pido una tregua a las pasiones y una sordina a los comentarios.

»Nosotros tenemos personalidad y energía. Somos enemigos de aventuras, pero queremos la paz dentro.»

Este discurso fué recibido con aplausos por la mayoría.

El señor Romeo presentó una proposición diciendo que el Gobierno se limitaría a defender los intereses de España en el Rif, contestándole el señor Canalejas que, como no había debate, sino declaraciones, holgaba la proposición.

Después hablaron los señores Maura, Azcárate, Ventosa, por los regionalistas, Vázquez Mella e Iglesias (D. Pablo), todos los cuales, aunque con algunos distinguos, ofrecieron su concurso siempre que se tratase de la Patria.

Acaso estos señores y el resto de los diputados, supieran a qué aludía el señor Canalejas al tratar en su discurso de la acción de España en sus territorios, pero la gran masa del país no se imaginaba casi seguramente que se refería a acontecimientos que luego hemos visto desarrollarse por la acción de los españoles, en regiones de Africa que no han sido precisamente Fez. Entre los que vieron claro desde el primer momento a dónde se dirigían, o debían dirigirse las alusiones del señor Canalejas, ocupa el primer lugar el senador señor Maestre (D. Tomás), quien a los pocos días publicaba en *El Noticiero Universal*, de Barcelona, un artículo titulado: «Nuestra hora nacional», que no podemos resistir a la tentación de incluir íntegro, porque contiene acertadas consideraciones y consejos sobre nuestra acción en la zona de influencia que nos han otorgado los tratados.

Dice así :

«Pues bien; si nosotros queremos no ser una triste excepción entre todos los pueblos, hemos de tener un interés colectivo, permanente, fijo, al otro lado de las fronteras; allí, donde se apagan los rencores, donde las discordias terminan y las unidades comienzan. Yo soy partidario, por consiguiente, de una política amplia de expansión en Marruecos.»

(Del elocuente discurso pronunciado por don Juan Vázquez de Mella, en el Congreso de los Diputados, en la sesión de 8 de Abril de 1911.)

«Sí; asiste razón completa al eximio orador tradicionalista; pueblos que no tienen política exterior, los que no colocan el objetivo de sus intereses y de su vida espiritual colectiva al otro lado de sus fronteras, son pueblos muertos, infelices rebaños de siervos que nacen y mueren bajo la férula y explotación de poderes extraños. España alienta con su ideal puesto al otro lado del Estrecho, su ideal de raza, su ideal de unidad, su ideal de regeneración, de poderío y de gloria. ¡Marruecos es la última esperanza que le queda a España!... Y en esta nuestra hora nacional, en esta hora suprema, cuando parece que van a transformarse en realidades las soñadas aspiraciones de nuestra tradición y de nuestra historia, al sonar el instante en que el mundo civilizado nos deja modelar en cuerpo vivo nuestra amada ilusión, se impone que ninguno de nosotros desertemos del deber, obliga la unión de todos los españoles alrededor de la santa bandera de la Patria, que todos acallemos las voces de la política, matando las luchas de partido, reduciendo al silencio las mezquinas aspiraciones de bandería y de grupo, sacrificando en aras del bien y del engrandecimiento de España los prejuicios del sectarismo, las aspiraciones de otro interés que no sea el nacional, las megalomanías personales.

España tiene que ir a Marruecos, y, dentro de los preceptos escritos en los tratados internacionales y en el acta de Algeciras, difundir el progreso y el respeto a la Ley en esa parte del Norte africano. Nos llama a nuestra amada Tierra de Promisión, además de la voz de la Historia, además del ideal de raza, además de la legítima defensa de la frontera, además de la justa aspiración de la unidad de la Patria, un interés vital del momento, un interés que entraña en sí el magno problema de «ser o no ser»... España, como consecuencia de su desatentada política interior en todo el

siglo XIX, de resultas de su desbarajuste administrativo durante el tiempo de la centuria pasada, ha cegado sus fuentes de prosperidad y de riqueza, porque despoblando sus montañas, talando sus bosques, cambiando en torrentes pedregosos sus ríos, mató el venero vivificador de su agricultura, y a la hora de ahora las tres cuartas partes del terruño de la pobre Patria constituyen una etapa desolada y estéril. A la par de esto, nuestra industria fabril y manufacturera apenas sí existe, y nuestras ricas minas nacionales se hallan casi todas en poder del extranjero. En España reinan la penuria y el hambre.

No tiene España recursos ni produce pan suficiente para mantener sus veinte millones de habitantes. De aquí el crecimiento cada vez más acentuado de la emigración, sangría suelta que padece la Patria y que lleva su energía, en un éxodo constante y mortal, a servir como esclava bajo el dominio de naciones extranjeras. Para rehacerse nuestro pueblo y ponerse en condiciones de subsistencia y de vida necesita tres generaciones de gobernantes abnegados, morales, cultos, trabajadores y patriotas, los cuales laboren sin descanso por el bien colectivo. Pero en el tiempo de esas tres generaciones, como la riqueza no puede crearse en un día, España se despoblará, se despoblará por miseria, por carestía, por falta de elementos de vida.

Encauzar nuestra emigración hacia Marruecos es dar salida a la población que nos sobra, llevándola a un país virgen, feracísimo, donde toda labor tiene con largueza su remuneración, y será ponerla a la par, al alcance de la voz de la Patria y al amparo de nuestra bandera, porque España entonces será uno y otro lado del Estrecho; y así ya podremos trabajar tranquilamente por la regeneración y prosperidad del pueblo.

De modo que todo aquel español que se oponga de manera directa o indirecta a que España encauce su emigración hacia Marruecos, es, consciente o inconscientemente, un hombre que trabaja en contra de su patria.

La avanzada de la emigración española al Mogreb tienen que formarla nuestros heroicos soldados; este es punto fuera de toda polémica. El ejército ha de constituir el elemento de entrada de nuestra penetración en Marruecos; como el ejército francés es la vanguardia de avance de la República nuestra vecina en las tierras del Xerif... Nosotros no podemos hacer la irrupción

sobre el Mogreb a la manera francesa. Francia, no sólo porque es rica, sino porque no tiene potencialidad colonizadora, pues carece de raza emigrante, se vale de tropas extrañas para su difusión civilizadora. Nosotros tenemos que hacer en Marruecos la ocupación a la usanza «romana». El soldado, el combatiente,



Una puerta de Tetuán

(Fot. *Africa*)

gana la tierra con sus armas. Claro que al decir esto de ningún modo intento siquiera hablar de conquistas ni de botín, no. El Mogreb es un territorio poco poblado ; grandes extensiones de sus fértiles tierras se hallan abandonadas, careciendo de todo dueño y poseedor. Pues esas tierras deben ser de nuestro ejército, aunque sólo sea en aquella forma que autorizó el acta de Algeciras, forma empleada por Francia para repartir entre sus legionarios el valle del Za y las cañadas riquísimas del Taurirt, logradas por

las armas argelinas hace poco en el imperio del hijo de Muley-Hassan.

No se trata, como se ve, de arrebatarnos nada a los moros. Los convenios internacionales nos permiten poner en explotación los terrenos baldíos de Marruecos, y al amparo de este derecho podemos abrir cauce para nuestra emigración, empezando por repartir esos terrenos entre los soldados de la patria que vayan a Africa. Piense el señor Canalejas en esta solución, porque ella le dará facilidades sin cuento para resolver bien y fácilmente el problema.

Pero, ¿qué debemos hacer ahora en Marruecos ?

El Imparcial, cuya autoridad y patriotismo son tan grandes y por todos reconocidos, trae en su número de ayer la traducción del artículo publicado por Gaston Routier, en *Le Petit Journal*, titulado «La cuestión marroquí.—Francia y España.» De tan notable trabajo, copio el párrafo siguiente :

«Es necesario que la gran línea de penetración de Orán »a Tazza y de Fez a Casablanca, llegue a ser una realidad. España no encontrará nada que objetar, puesto que nosotros hemos de darle satisfacción en lo que se refiera a la línea Tánger-Fez, que pasa, hasta Alcázar, por su esfera de influencia. Podrá »crear una línea de enlace de Melilla a Tazza sobre la gran línea »Orán-Fez-Casablanca, que es indispensable para el porvenir de »la civilización en Marruecos.»

Las palabras bien significativas de Gaston Routier marcan a España un punto de inmediata acción : Melilla, puesto que de aquí debemos arrancar al construir el camino de hierro Melilla-Tazza. Pero para esto es preciso que transformemos todo lo que hasta la fecha llevamos hecho en el campo exterior de nuestra plaza rifeña. El ferrocarril en cuestión arrancará de Melilla, no hacia la ruta de Nador, sino por la lengua de tierra que separa la Mar Chica del Mediterráneo, llegando a la Restinga.—No he de dejar de predicar esto, a ver si alguna vez los que deben me escuchan, que hora es ya de que sobrepongamos a los intereses privados los sacratísimos de la Patria.—Desde la Restinga, esta línea férrea, atravesando El-Buareg, debe llegar a Zeluán, llave estratégica del Rif oriental y pueblo minero del porvenir. Partiendo de la Alcazaba, la línea correrá hacia el Sur, tocando en el santuario de Sidi-Alí-Musa ; después, 'rectamente, correrá por

el valle existente entre los montes Mezror y Guiliz, cortará casi por en medio la cábila de Eulad-Beccar, yendo a morir al último punto interior de nuestra zona de influencia, a kazba Mesun. Desde aquí, tendiendo un puente sobre el río Mesun, empalmará fácilmente en Tazza con el ferrocarril general francés.

Vuelvo a llamar la atención del Gobierno, y principalmente del señor ministro de la Guerra, sobre la necesidad imperiosa que tenemos de desguarnecer por completo todos los puntos y posiciones que ocupamos actualmente en la maraña montañosa de Adrar-en-Zimex. Las fortalezas y puntos fortificados que hemos construído en el Gurugú, no sirven absolutamente para nada, como no sea para gastar dinero, fatigar al soldado y *pulverizar* al ejército. Lo verdaderamente estratégico será construir una carretera—mejor un ferrocarril de campaña—desde el santuario de Sidi-Alí-Musa, que pase por la ladera Sur del monte Milón y por delante del monte Tidinit y termine en la orilla derecha del Kert.

Esta línea debe ser nuestra única avanzada por ahora sobre el campo rifeño y la que nos permitirá dominar el valle del Kert hasta la bahía de Yazanen. Las tribus de Eulad-Settut, Beni-Ukil, Beni-bu-Yahi, M'Talza, Eulad-bu-Rima y Eulad-Beccar, quedarán sometidas por la sola acción del ferrocarril Melilla-Zeluán-Sidi-Alí-Kazba-Mesun-Tazza.

Comportarse de otro modo será hacerlo de manera errónea y con grave perjuicio de España.

No olvide el Gobierno que este es el instante tanto tiempo deseado, de ocupar la feracísima comarca costera de la bahía de Alhucemas. La operación resultará fácil y sin riesgo alguno, porque en la playa nos aguardan 4,000 beni-urriagas, nuestros amigos. Una brigada bien dotada de artillería y unas cuantas lanchas cañoneras bastarían para el desembarco y posesión. La costa, en este punto, es abierta y rasa en ocho kilómetros de largo; no hay manera de sorpresa de ninguna clase. Las posiciones de Adrar-Sidum, Adrar-Amkram, Adrar-Ensur y la llamada del Castillo, se toman de un solo aliento—bastando veinte minutos de marcha—y con esto quedan dominadas las vegas del Nekor y del Guis, hasta la profundísima montaña de Hhammam. Con tal operación nos haremos dueños de Axdir, llave estratégica sobre Fez y cabeza del ferrocarril que ha de extenderse desde

dicho punto hasta la capital del Imperio, para empalmar en ella con la línea general francesa.

»Además esto nos permitirá establecer una red comercial que comprenda los pueblos de Tafras, Axdir, Trenuren, Akarm, Aduz, llegando hasta el santuario de Sidi-Jacob, sobre el río



Calle Real de Larache

Rabis, frente al Peñón de Vélez de la Gomera ; y tendremos el dominio de las cábilas de Beni-Ukil, Beni-bu-Frag, Beni-Ttteft, Bokkoia, Beni-Urriaguel, Temzamen y Beni-Said, dándonos la mano con nuestra plaza de Melilla.

»Repito que la operación es fácil y sin riesgo alguno. Si el Gobierno no la ordena será un signo de debilidad, el cual necesito verlo para creerlo.

» ¡Larache ! No olvide nuestro gobierno que Larache ha sido de España y que en uno de los cubos de su fortificación campea nuestro escudo, esperando la mano valerosa que le rescate del dominio del moro. Nuestros valientes marinos pueden escribir con motivo de la posesión de ese escudo, una página gloriosa para la Patria.

» La comunicación entre Larache y Alcazar Quivir, es cosa más seria, por la actitud que puede tomar el Raisuli y su banda. Sin embargo, el río Lucus prestaría un buen camino a este propósito, y el mismo Raisuli parece que no es insensible a los manejos diplomáticos.

» Y allá en el fondo de la hermosa ensenada, ceñida de jazmineros y de naranjos, besándole los pies las cristalinas y fecundantes aguas del río Martín, se alza Tetuán. ¡ ¡ Tetuán !! ¡ ¡ Tetuán !! ¡ Perla la más preciosa de la Corona de España ! ¡ Ilusión constante de la madre Patria !... »

A pesar de lo manifestado en los ministerios de Estado y Guerra, no podía ocultarse que en los centros oficiales se notaba desusada actividad que sin duda estaba relacionada con los asuntos marroquíes. Los trenes transportaron por aquellos días bastantes soldados que se incorporaban para reforzar los cuerpos. También algunos cuerpos mandaron soldados a reforzar a otros, como los regimientos de Mallorca y Guadalajara recibieron soldados de otros regimientos de infantería y aumentaron también su ganado. De Coruña salieron 100 soldados de artillería para la batería del regimiento 3.º que estaba en Melilla. De Algeciras se envió a Granada a incorporarse a estandartes, un escuadrón del regimiento de Vitoria que estaba destacado, reforzándose el regimiento con 100 jinetes de cada uno de los de Sagunto, Villaviciosa y Alfonso XII. El primer grupo del 12.º regimiento montado de artillería se preparaba también para salir. Las fábricas militares preparaban municiones. La Compañía Trasatlántica alistaba sus barcos para transportar tropas y la escuadra del contralmirante Santaló se alistaba en la Carraca con urgencia. Muchos oficiales que disfrutaban licencias tuvieron que suspenderlas y de El Ferrol se trasladó a Cádiz un batallón de infantería de Marina.

Todos estos movimientos de fuerzas se conocieron por la Prensa que con ese motivo insistía en que preparábamos una acción combinada con Francia, aunque a ésta la cohibía Alemania, su-

poniendo que se iba a formar un ejército mixto franco-español para ir a Fez. El señor Canalejas, en vista de la insistencia, se vio obligado a reiterar sus declaraciones y explicar la actividad de las tropas, diciendo que lo que se hacía era únicamente tomar medidas de previsión porque tenemos intereses y fronteras en Africa y podría llegar hasta ellas la conflagración por el carácter fanático religioso del levantamiento.

El Diario Universal decía: «La conducta que España ha de seguir, es un producto de varios factores y mientras estos factores no sean conocidos, no hay modo de que sepamos cuál podrá ser el resultado y convenirlo.

«Lo único que puede y debe afirmarse es que España cumplirá en todo y en todos casos, los compromisos que tiene contraídos en tratados con otras naciones.

«El momento actual en el pleito de Marruecos no es un momento definitivo; estamos ahora en una negociación diplomática entablada en previsión de una eventualidad.

«Para que pueda ser exigido a España el cumplimiento de sus obligaciones es necesario que las negociaciones hayan terminado y que la eventualidad a que se refiere se dé.

«Francia ha comunicado a las potencias signatarias del tratado de Algeciras sus propósitos de intervención en Marruecos, pero esta intervención, siempre por el mismo tratado, requiere determinadas condiciones y mientras las potencias no determinen si estas condiciones se han cumplido, la intervención no podrá ser un hecho.

«A la nota de Francia y a la de España, consecutiva y semejante a aquélla, han contestado las potencias con ciertos reparos atendibles que determinan un compás de espera que aplaza, por lo menos, pero que en modo alguno hace absolutamente rechazable la idea, mejor, la necesidad de la intervención.

«En este compás de espera lo que corresponde al Gobierno es preverlo todo para que cuando llegue, si llega, el caso de cumplir nuestros compromisos internacionales, estemos preparados para hacerlo de la mejor manera posible.»

Pero ya el día 18 circularon en Madrid rumores de que había empeorado la situación de Fez y que Francia había ordenado reforzar las tropas de Casablanca y se preparaban embarques en Tolón, confirmándose ya el día 19 que Francia había notificado a Alemania el envío de algunas fuerzas a aquel puerto de Marruecos, lo cual se decía era debido a la petición hecha por el Sultán al cónsul M. Gaillard. El día 20 declaraba a los perio-

distas el señor Canalejas que las noticias de Fez no eran tranquilizadoras y que Francia le había comunicado que enviaba una columna a Fez, pero que no tenía aún decidido el objetivo, y ya confesaba el señor Canalejas que aunque el Gobierno español se preocupaba del asunto, no concurriríamos a operación alguna ni provocaríamos sucesos ni buscaríamos conflictos, y que suponía que tampoco los provocaría el envío de la columna francesa, pues todas las potencias estaban interesadas en mantener la autoridad del Sultán.

El señor Canalejas se refería a la columna volante que iba a apoyar a la mehallá salida de la Chauía, pero ya el 24 se supo en España que el Gobierno francés preparaba una expedición con fuerzas exclusivamente francesas, es decir, que no había la acción conjunta que se había dado por segura con nuestra cooperación. Entonces el señor Canalejas se vió obligado, para calmar la ansiedad de la opinión, que nos suponía arrojados ya de Africa, a dar las explicaciones siguientes, que de modo oficioso daban a conocer lo que era posible del verdadero estado del asunto, dejando entrever que se aproximaba el momento de ejercer España su acción. El señor Canalejas se expresó así :

«Las noticias que nos envía el cónsul en Fez son malas y las impresiones en Francia pesimistas, pero Alemania las da optimistas.

»El hecho importante es la organización de fuerzas puramente francesas para eventualidades. Esta acción seguramente producirá emoción. Ignoro cuáles serán las consecuencias de esto. Aun no embarcan éstas, pero el hecho del envío es de gran interés para los que tenemos responsabilidades de gobierno. Serán doce mil hombres los que envíe Francia. Nuestro embajador en París, señor Pérez Caballero, conferenciará hoy con el ministro de Negocios Extranjeros, M. Cruppi.

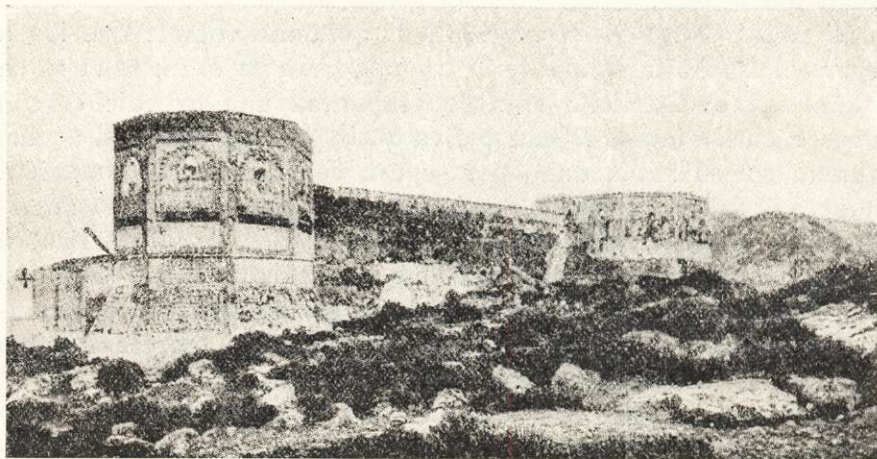
»Nosotros seguiremos igual, pero tenemos necesidad de reforzar la policía de los alrededores de Ceuta, donde se cometen robos y algunos desmanes que no tienen carácter político ni religioso. La lucha por odio no ha llegado a nuestras plazas de Africa ; hay divergencias entre los moros, pero a España la respetan.

»Ha aumentado un poco la agitación en Alcázar y Larache porque los moros han creído que una caravana de extranjeros que visitó un dispensario, la componían oficiales franceses vestidos de paisano.

»Esto ya debe preocuparnos porque son lugares sujetos a nuestra influencia. Pronto llegará a Larache un crucero español.

»Nuestras relaciones siguen siendo buenas con todos los embajadores, que nos dan frecuentes noticias de que no hay motivo alguno de queja contra nosotros.»

Confirmando las palabras del señor Canalejas se tuvieron noticias de algunos actos que indicaban la orientación del Gobierno español. A primeros del mes, el teniente coronel Fernández Silvestre, con dos tenientes y una escolta de 15 soldados, estuvo en Mazagán de paso para Safi y Marraqués, produciendo



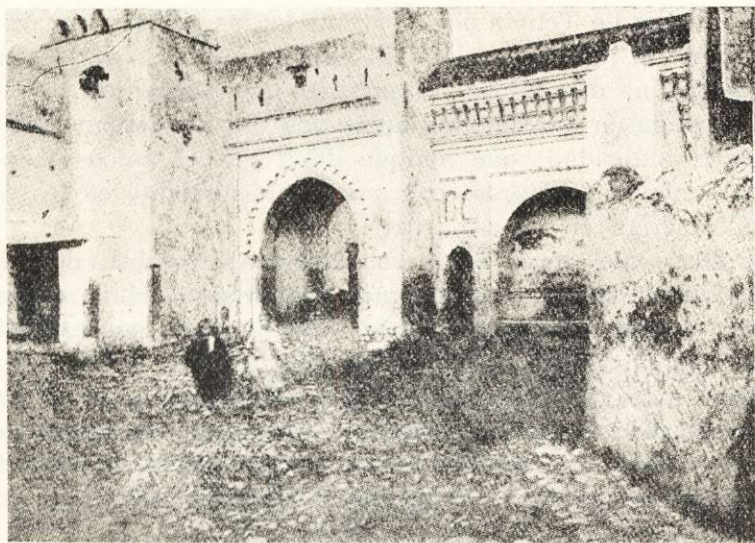
Alcazaba de Tetuán

emoción su presencia, aunque el ministro de Estado dijo que iba a adquirir caballos para las fuerzas del Rif, y estaba autorizado para el viaje desde Febrero, habiéndose avisado su paso al jefe de las fuerzas francesas de la Chauía.

El día 23 llegó a Cádiz el teniente coronel de Estado Mayor señor Barrera, y en el mismo día embarcó en el crucero *Río de la Plata*, y se dirigió a Tánger, donde se encontraban el *Numancia* y el crucero francés *Du Chayla*.

Según luego se supo el teniente coronel Barrera, reconoció el territorio hasta Arcila, regresando en seguida a la Península, encontrándose ya el día 1.º de Mayo en Madrid. Según se dijo, durante su viaje visitó, en unión del capitán Ovilo, al Raisuli en Arcila, tratando con él del envío de tropas españolas a Larache y Alcázar. Desde los primeros días del mes se habían empezado a concentrar en San Fernando los regimientos primero y tercero de infantería de Marina, que al poco tiempo se empezó a decir estaban preparándose para ir a Larache.

El día 26 decía el señor Canalejas que en las cercanías de Tetuán, Ceuta y Tánger había agresiones y luchas entre los indígenas que traían consigo una inquietud e inseguridad en los caminos, por los cuales hacía tiempo no podían circular los correos, como ocurría en las cercanías de Larache y que todo ello nos obligaría a establecer la policía. Desde Berlín telegrafiaban a la Prensa francesa que se sabía que al mismo tiempo que los



Tetuán.—Puerta llamada de Ceuta

franceses iban a Fez, iríamos los españoles a Tetuán y se ensancharía la zona de Melilla.

En Ceuta los tolbas soliviantaban a los de Anghera contra España, pretendiendo que los cristianos no tenían derecho a pescar en aguas marroquíes, aconsejando a los moros pescadores que «no nos dejaran abusar de lo que no era nuestro» y llegaron a hablar de apostarse en la isla del Peregil, en Ras Dayla y otros puntos, para tirotear a los pescadores españoles. Las opiniones se dividieron, estando a punto de pelear entre sí, pero puso paz el Paki Juida, que aplazó la resolución hasta conocer lo que pensaban los de Sierra Bullones, Almázara y otros puntos. La tranquilidad en el campo moro dejaba mucho que desear, siendo difícil transitar por el camino de Tetuán, donde eran frecuentes los robos y agresiones; el día 18 robaron una mula y el dinero que llevaban, a dos hebreos españoles que se dirigían de Tetuán a

Ceuta. A su llegada a la plaza española se presentaron al general Alfau, quien llamó al caid para que indagase quiénes eran los salteadores. Entre las cábilas cercanas había con frecuencia luchas por cuestiones de intereses, habiendo alguna vez venido a buscar protección a la plaza. La cábila de Wad Ras quería insurreccionarse contra el Raisuli y había ya fijado como plazo el término de la recolección. Todos estos hechos que se repetían hacían necesaria la implantación de la policía del campo moro, porque el tabor de Tetuán no intervenía en los sucesos que ocurrían fuera de la población. El caid del campo moro se ausentó de su jurisdicción, diciéndose de público que había ido a Tánger a que le pagasen los sueldos atrasados que le debían. La falta de aquella autoridad, que aunque débil era el único freno que tenía la gente maleante, acarreó un recrudecimiento en los delitos que se cometían en la comarca.

El día 5 de mayo el moro Mohamed Kombed denunciaba a la autoridad española que los merodeadores del Haus (Negron), le habían robado la noche anterior una piara de cabras. Diariamente llegaban moros que reclamaban la adopción de medidas para que cesara la intranquilidad en el campo. Como el Magzen tampoco enviaba el alto comisario a que estaba obligado por los tratados, el Gobierno español consideró que había llegado el momento de preocuparse de la situación y ponerla término.





CAPITULO VIII

Ocupación de Cudia Fedrico, Altos de la Condesa y Cudia Fahama.—La nota oficial.—Impresión en el campo moro.—Ocupación de Monte Negrón.—La nota oficial.—Efecto entre los indígenas.—Situación de Larache, Alcázar y Arcila, según los tratados.—Los franceses en la zona española.—El Roghi en la zona de Alcázar.—Los buques españoles ante Larache.—Una nota oficial.—El desembarco y la llegada a Alcázar.—Instalación en ambos puntos.—Emoción en España.—La opinión en el extranjero.—«J'y suis et j'y reste».

El día 6 de Mayo se recibieron en Madrid telegramas de Ceuta, que decían corrían allí rumores de que las tropas de la guarnición se preparaban a ocupar puntos en el campo moro, y al día siguiente llegaban otros despachos dando cuenta de que la supuesta operación se estaba efectuando ya del modo siguiente :

La noche del 6 pernoctaron en Ceuta algunos moros notables que no pudieron regresar a sus aduares.

A media noche salieron de la plaza las fuerzas regulares indígenas y tropas de infantería, caballería y artillería con abundantes raciones. Al amanecer, 100 soldados de las fuerzas regulares indígenas, mandadas por el capitán Fernández Barbieta y el teniente Ben Amar, ocuparon la altura de Cudia Fedrico, el capitán Jaudenes con el teniente Fuentes con 100 tiradores del Rif ocuparon los Altos de la Condesa, y el teniente Alvarez, con 50 indígenas, la posición de Cudia Fahama. Las tres posiciones protegen el camino de Ceuta a Tetuán. Las fuerzas que tomaron parte en la operación ascendían a siete mil hombres, man-

dados por el general Zubía. El general Alfau, con su Estado Mayor, se situó en el fuerte del Príncipe Alfonso, desde donde presenció la operación comunicando con la columna y con la plaza por medio de heliógrafos.

Las fuerzas se concentraron en las inmediaciones de Mendiábal, donde tomó el mando de ellas el general Zubía. Los indígenas, al ocupar las posiciones, se disputaban el honor de



Coronel don Luis Serrano, Jefe de Estado Mayor de Ceuta

llegar los primeros, efectuándose el avance con un orden y disciplina admirables. Al llegar a la cima de las posiciones clavaron la bandera. Las fuerzas de ingenieros que llevaba la columna empezaron inmediatamente las fortificaciones que quedaron guarnecidas con 250 tiradores del Rif y provistas de víveres y municiones para ocho días.

Los jefes de cábilas de la región se encontraban en tanto en la plaza, respondiendo de que las suyas respectivas no secundarían el movimiento insurreccional del interior. Los habitantes de Ceuta contemplaron la marcha de la operación y con gemelos se vio izar la bandera en los altos de la Condesa, sitio donde Prim realizó hazañas el día de la batalla de Castillejos, en 1860.

El cañonero *General Concha* colaboró desde el mar en la operación.

En la operación no hubo más accidente que dos soldados que fueron atacados de insolación.

Al día siguiente concurrieron los moros a la plaza sin dar importancia a la operación, confiando en el general Alfau, seguros de que se respetarían los pactos que reconocen la soberanía del Sultán.

El Gobierno hizo circular la siguiente nota oficiosa :

«El gobernador militar de Ceuta venía señalando al Gobierno el aumento de robos y tropelías realizados por los moros en las vecindades de la plaza y los obstáculos que de esto resultan para el tránsito y el comercio permitido por el artículo 45 del tratado hispano-marroquí de 20 de Noviembre de 1861.

Ante tal situación y visto que el remedio a que había que acudir conforme al acuerdo de España y el Magzen de 16 de noviembre último o sea la reorganización de la policía indígena, no se ha puesto en práctica por causas ajenas a la voluntad de España y que además no podría emplearse ahora porque no se constituirá antes de algunos meses, lo cual no es una garantía positiva, el Gobierno ha decidido autorizar al general Alfau para que provisionalmente dedique al servicio de las vecindades de Ceuta el contingente adecuado de la guarnición de aquella plaza, formándole con mayoría de tiradores del Rif, que por ser indígenas parecen más idóneos para este efecto.»

En Francia habló algo de esta ocupación la Prensa, pero se mostraba tranquila, haciendo constar su seguridad de que la ocupación sería temporal, hasta tanto que se tuviera organizada la policía marroquí.

Desde el día siguiente de la ocupación se empezaron a mandar convoyes de víveres y municiones a las nuevas posiciones, y no solamente no encontraron el menor obstáculo, sino que como aun no estaban hechos los caminos de acceso a las mesetas donde están situados los campamentos, y las laderas son muy escarpadas, había que descargar al pie de las posiciones y luego subir las cargas a brazo a los depósitos, empleándose para estas operaciones los soldados indígenas, que las efectuaban sin demostrar la menor contrariedad. Los habitantes de los poblados inmediatos a las posiciones admitieron las ocupaciones pasivamente y si bien no demostraron por ello contento, tampoco se quejaron más que de las pequeñas molestias que les proporcionaba la vecindad de las tropas ; así los de Beni-Mezala se quejaron de que desde Cudia Fahama se dominaba su poblado, estando sus mujeres expuestas a las vistas de sus soldados, y que les invadían su aguada. Se

ordenó que la aguada de la posición se hiciera en sitio distinto que la de los moros y se construyó un camino que rodeando el poblado impedía las vistas, y no volvieron a quejarse. Los de Biuf, que al principio aparecieron disgustados, se presentaron a los cuatro días ofreciendo ingresar muchos en la policía y para escoltar los convoyes.

No dejaban por eso de recibirse noticias de que algunos moros no se mostraban conformes con las ocupaciones, empezando por el Raisuli, que hacía propaganda contra España recomendando a los cabileños de las cercanías de Tetuán que fuesen a Anghera a combatir a los españoles, repartiendo algún dinero, cuyo origen no era conocido. También se comprobó que el bajá de Tetuán conspiraba con los jefes de las cábilas, y que el vecindario moro de Tetuán se mostraba exaltadísimo. Los de Anghera dejaron en gran parte de concurrir como antes a la plaza, acudiendo en cambio en gran número al mercado de Tetuán en la plaza de España y en el zoco del Jemis, después de discutirlo, se impusieron los levantiscos y acordaron declarar la guerra santa; en el mismo zoco reconocieron al sargento de tiradores del Rif, Jamú, que iba sin armas y le apalearon, atándole, habiéndose salvado de ser muerto gracias a la intervención de un moro amigo de España que dijo que le confundían, porque era un criado de un moro rico de Tánger, que se parecía mucho a Jamú. Los moros que iban a la plaza decían que los del interior tenían municiones, caballos y hasta cañones, que les habían facilitado el Raisuli y el bajá de Tetuán. Contrariamente a estas informaciones que se recibían del campo, pedían los notables de Anghera al general Alfau que para asegurar la tranquilidad se ocupara Sierra Bullones, y los de la región del Kuf pedían que se estableciera un puesto de policía en su territorio. El Kuf son dos poblados llamados Kuf Alto y Kuf Bajo, situado entre Ceuta y Tetuán, a 18 kilómetros de la primera y 16 de Tetuán. Se hallan enclavados en el Haus, limítrofe de Anghera, pero aunque formando parte del bajalato tetuaní, son independientes de esta cábila que rodea Ceuta. El Bojarí, bajá de Tetuán, nos era desafecto, pero los del Kuf estaban cansados de él y deseaban emanciparse. Establecidos en el Kuf, seríamos dueños del zoco, dominaríamos toda la extensión desde el mar a las gargantas de Wad-Ras y poseeríamos las llaves de Tetuán.

Se acordó modificar el trazado del camino a las posiciones para que las tropas evitasen el paso por el boquete de Anghera, decidiendo que fuera una línea militar que cruzase las posicio-

nes, terminando en el Mediterráneo. La posición de Cudia Federico se podía atender desde la bahía de Almarza.

El Guebbas escribió a las cábilas fronterizas que no molestasen a los españoles, porque las ocupaciones eran provisionales hasta que se estableciesen los puestos de policía indígena, definitivos, que autorizan los tratados.

El día 16, a las diez de la noche, un pequeño grupo de moros hizo desde un monte cercano a Cudia Federico algunos disparos sobre esta posición, pero no fueron contestados ni causaron bajas. Dos horas después un centinela vió algunos bultos, haciéndoles cuatro disparos, pero reconocidos los alrededores no se encontró ningún rastro. Al oír los disparos acudieron en apoyo de la posición algunos moros de Biuts, que establecieron un servicio de vigilancia, pero la noche transcurrió sin volver a ser hostilizados, siendo esta la única agresión que en los primeros tiempos de su ocupación se ha hecho a las posiciones.

Varias alternativas tuvo la actitud de las cábilas fronterizas, creyéndose alguna vez que era inminente la ruptura, y dejando de acudir los indígenas al mercado de Ceuta, pero la correcta actitud de las fuerzas ocupantes y los consejos del gobernador de Tánger que se esforzó por mantener el orden en la cábila de Anghera, y aun del bajá de Tetuán que aunque se mostró poco expresivo, sin embargo, obediente con las órdenes del Guebbas escribió a los de Benidem, Wad-Ras y Beni-Mezala para que no apoyaran a los de Anghera en sus propósitos contra España, a la que el Magzen estaba ligado por acuerdos que era necesario respetar, convencieron por fin a los más exaltados y poco a poco volvió la normalidad de relaciones entre los cabileños y la plaza, no habiéndose turbado hasta el día.

El 22 de mayo se efectuó la operación de ocupar Monte Negrón por fuerzas indígenas de Cudia Fahama.

Monte Negrón se halla entre Ceuta y Tetuán, muy cerca de la costa. Tiene una altitud de 409 metros aproximadamente y pertenece al teatro de la campaña de 1859-60. Al Oeste se alza la Sierra del Pequeño Atlas, cuyo estribo septentrional es el monte de las Monas (Sierra Bullones) y ofrece a la vista las fortificaciones españolas de la falda oriental de Sierra Bullones; los Castillejos, ruinosos torreones sobre las alturas del mismo nombre; algún marabut o sepulcro de Santón; una atalaya arruinada sobre Monte Negrón y otro semejante en la ensenada que forma al Norte Cabo Negrón, y, finalmente, deja paso a varios

ríos, de los cuales los más notables son el Neftso y el de Capitanes o Asmir, que bordea el Monte Negrón por su falda meridional, llegando al mar a través de los bancos de arena que obstruyen su boca.

La nueva posición está a 7 kilómetros de los altos de la Condesa, en dirección a Tetuán.

A las dos de la madrugada salió de su cuartel de Ceuta la sección de tiradores, mandada por el teniente indígena Medani,

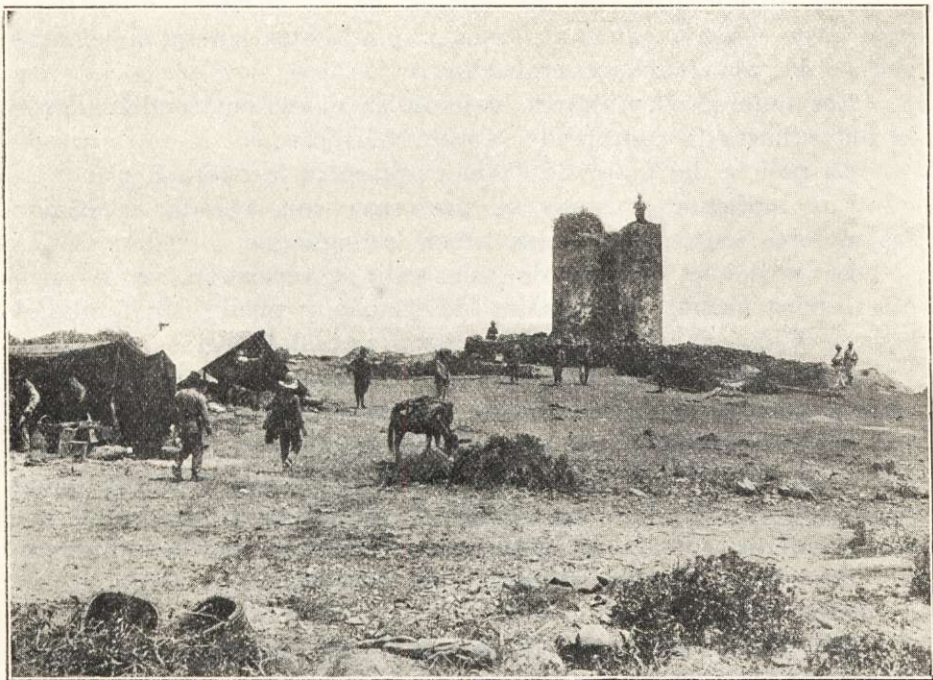


Sección de ametralladoras de Ceuta ocupando una posición el día 6 de mayo

con el capitán Castro, de Estado Mayor. De las posiciones de Cudia Fedrico y Cudia Fahama salieron fuerzas indígenas que con precisión matemática llegaron a Monte Negrón al mismo tiempo que los tiradores. Con esta vanguardia iban tropas de ingenieros para habilitar el camino. La fuerza total que ocupó la posición eran 250 hombres.

Casi al mismo tiempo desembarcaba del remolcador *Valenciano*, junto a la torre antigua de la guardia mora, el general Alfau con su cuartel general y la compañía de fortaleza del capitán Salinas, conducida por dos remolcadores de la Trasatlántica y varios lanchones, auxiliando las operaciones el cañonero *Vasco Núñez de Balboa*.

El general Zubía y su Estado Mayor habían montado a caballo a las cinco, dirigiéndose al Tarajal, donde se reunió la columna de observación, compuesta de dos batallones del regimiento de Ceuta, a las órdenes del coronel Fernández Bernal, dos baterías de montaña a las del comandante Romero y un escuadrón mandado por el capitán Cebrián. Estas fuerzas permanecieron vivaqueando en las dos vertientes del arroyo de las Bombas, esta-



La torre de Monte Negrón, ocupada por los ingenieros militares españoles

bleciendo la compañía del capitán Muñoz puestos de observación a lo largo del camino de Castillejos, por el que siguió el cuartel general de Zubía con un escuadrón de escolta que destacó una sección de exploración, llegando a los altos de la Condesa, desde donde observó la marcha del convoy que iba por la costa a aprovisionar la posición que se ocupaba.

Cuando los remolcadores y lanchones abandonaron la playa, con el general Alfau, regresó el general Zubia al Tarajal. La operación se hizo con admirable orden y precisión como la del día 7. El general Alfau, a quien acompañaban el teniente coronel Bonelli y el señor Güell, regresaba a la plaza a las siete de la tarde.

Los moros del Kuf, dueños de los terrenos ocupados, recibieron a las tropas sin extrañeza, ofreciendo sus respetos al general Alfau, manifestándose complacidos de la operación y felicitándose de que España les proteja, proporcionándoles paz y bienestar, garantizándoles sus propiedades y el tránsito por el camino de Tetuán, donde hacía pocos días había sido raptada e internada una mora.

Los propietarios de las chozas de la primera estribación ofrecieron espontáneamente trasladarse a la otra ladera, si así convenía a los planes del general Alfau.

Los ingenieros militares hicieron en el día un sendero desde la playa hasta la cumbre de Monte Negrón.

La policía del tabor de Tetuán presenció la operación.

Los indígenas mismos se prestaron con agrado a señalar los mejores manantiales para hacer las aguadas.

La posición, que domina un valle extensísimo, es la más eficaz para asegurar el camino de Tetuán y puede con facilidad hacerse inexpugnable por el interior y por el litoral.

Esta colina dió lugar a las operaciones de más transcendencia en la guerra de 1860, creyéndose, por desconocimiento del terreno, que era paso obligado para ir a Tetuán, y los movimientos difíciles a que obligó esta idea, dieron lugar a sangrientos combates para ocuparla. En la operación del 22 de Mayo no ocurrió el menor accidente. Quedaron en la nueva posición fuerzas indígenas con ingenieros, que regresaron a Ceuta después de terminar las obras de fortificación.

Mientras se efectuaba la operación, los capitanes de Estado Mayor, Moreno y Castro hicieron pasar a brazo una lancha al río Negrón para remontarse en busca de un vado, hallando el río navegable durante siete kilómetros con una anchura media de 60 metros y una profundidad de uno a cuatro metros.

La nota oficiosa del Ministerio de Estado sobre la ocupación de Monte Negrón, decía :

«A consecuencia de la bárbara agresión que el miércoles último sufrieron unos pescadores españoles en la costa de Monte Negrón, y no habiendo el bajá de Tetuán tomado inmediatas y efectivas medidas para el castigo de los culpables a pesar de las manifestaciones del cónsul de España de que no podían añadirse a la lista más atropellos que quedaran impunes, el gobernador militar de Ceuta ha establecido esta madrugada un puesto de policía en Monte Negrón para evitar la repetición de hechos criminales.

»El cónsul de España en Tetuán participará al bajá, que los puestos españoles se encargarán de la vigilancia de aquella parte del camino, invitándole a que él haga por su parte lo más eficaz, a fin de conseguir la tranquilidad en la comarca.»

La primera impresión que la ocupación de Monte Negrón produjo en los indígenas, fué de disgusto, por creer que eran avances hacia el objetivo principal de ocupar Tetuán. Algunos santones recorrieron el país excitando a la resistencia si se intentaba adelantar más, pero lejos de seguir el consejo, las únicas manifestaciones que se conocieron fueron en sentido completamente contrario, porque los de Anghera ofrecieron al general Alfau pelear a nuestro lado si llegase el caso. El 1.º de Junio se reunieron en el santuario de Abd-el-Felani, de Tetuán, 126 jefes de 80 cábilas, que desde allí se dirigieron al zoco del Jemis para tomar acuerdos en unión de los angherinos. Cada uno llevaba un carnero y 100 pesetas para el santuario, o sea para el Raisuli, que le explotaba. El resultado de la reunión fué permanecer a la expectativa y no hacer nada si España se limitaba a implantar la policía, pero declarándonos la guerra si continuábamos avanzando.

Por su parte el general Alfau se decidió a afirmar las ocupaciones con la construcción del camino que hoy une a Ceuta con las posiciones, y a la de la Condesa con Monte Negrón, todos los cuales estuvieron pronto habilitados para el tránsito de carruajes, y a reforzar las fortificaciones que las han puesto en condiciones de rechazar cualquier agresión y cumplir su objeto.

El día 19 de Junio, dos compañías de ingenieros ocuparon la histórica torre de Manlech, en la entrada del desfiladero de Monte Negrón, donde Prim libró en 1860 sangrientos combates.

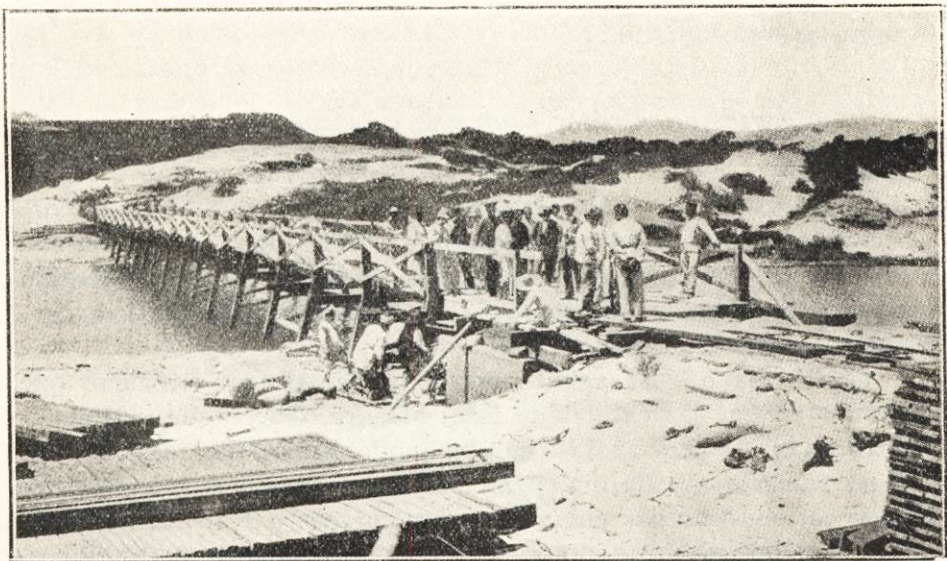
Aunque los tratados de 1904 y 1905 entre Francia y España se llamaban secretos, no había nadie en los dos países que no sólo no ignorase su existencia, si que también conociese su contenido, por lo tanto era público que en aquéllos se incluían las poblaciones de Larache, Alcazarquivir (o Alcázar abreviadamente) y Arcila, dentro de la esfera de influencia de España. Unicamente el gobierno francés o sus representantes y agentes en Marruecos, parecían ignorarlo o por lo menos los hechos no demostraban otra cosa. Al mismo tiempo que los franceses desde su zona de influencia, dentro de su perfecto derecho organizaban refuerzos y convoyes para libertar al Sultán, sitiado en Fez, tomaban

disposiciones análogas desde la zona de influencia española, ejecutando en ella actos que cedían en desprestigio de los españoles, al hacerse sin nuestra intervención ni consejo. Entre las disposiciones tomadas para acudir en ayuda de Hafid, fué una de ellas el organizar en Alcázar una mehalla formada con naturales de la zona española, lo cual se hizo a mediados de abril, reclutando bastantes indígenas, que bajo la dirección de Moreaux se instruían diariamente en el patio del cuartel. Los oficiales, acompañados del agente consular Boisset, hacían frecuentes reconocimientos hacia el Garb, y por todos los medios trabajaban por hacer que la influencia francesa prevaleciese sobre la española, llegándose a dar el caso de un francés que había vendido terrenos que poseía en Alcázar y los volvió a comprar convencido de que Alcázar quedaría en poder de los franceses.

Nosotros teníamos en Larache un tabor a las órdenes del capitán Ovilo, el cual hacía todos los esfuerzos que podía por que se notase su existencia, ejerciendo por lo menos acción de presencia interviniendo en todos los sucesos locales y haciendo viajes a Alcázar con las fuerzas del tabor. En la Península seguía la opinión con interés la marcha de los sucesos y con la violencia propia del alma popular vislumbraba que no podíamos permanecer indiferentes ante la acción francesa y fijando su atención en los preparativos militares, especialmente en la concentración en San Fernando de la división de infantería de Marina que constantemente se ejercitaba haciendo prácticas de desembarco, relacionando con estos preparativos las indicaciones de la Prensa inglesa que decía que si los franceses ocupaban algunos puertos marroquíes, desembarcarían los españoles en Larache, adquirió el convencimiento de que ese era el destino de las fuerzas de infantería de Marina.

La Prensa francesa, que ya por medio de *Le Temps* había dicho al empezar a hablarse de que en España había movimiento de opinión, para no dejarnos pasar inadvertidos en la cuestión marroquí, que «la cooperación de España no significa identidad servil; cuando España envió al Rif 50,000 hombres, nosotros no nos creímos obligados a enviar otros tantos a la Chaúfa. El buen sentido indicará lo que aconsejen las circunstancias», continuó trabajando por hacer atmósfera en favor de nuestra exclusión de la zona de Alcázar, queriendo hacer aparecer como una oficiosidad no exenta de ambición, nuestra intervención completamente legal y hasta obligatoria y teniendo buen cuidado de no hacer alusión al tratado secreto de 1904. Pero nuestro Gobier-

no no desatendía sus deberes y por medio de sus agentes estaba al tanto de lo que ocurría. La agitación de Fez pronto se dejó sentir en la zona de Alcázar, excitando a los exaltados y envalentonando a los que vivían fuera de la ley, que creyendo llegada la hora de su reinado multiplicaron sus fechorías. Pronto empezó a desaparecer la seguridad en los campos, los correos fueron con frecuencia desbalijados entre Larache, Alcázar y Fez. El san-



Puente sobre el río Negrón, construido por los ingenieros militares

tón de Beni-Aros, de nombre Tazia, enemigo del Raisuli, se dirige al Garb y por medio del terror intenta atraerse a su partido a todas las tribus de la región, cometiendo depredaciones en los bienes y personas de las que no se avienen a secundarle. El agente consular español señor Zugasti señala a fines de mayo al Gobierno español el peligro de que los montañeses puedan entrar en la ciudad. El Gobierno entiende que su deber, conforme a los tratados, es garantizar el orden en Alcázar y por consideraciones expuestas en Consejo de Ministros resuelve enviar a las aguas de Larache al crucero *Cataluña* y al transporte *Almirante Lobo*, con fuerzas de desembarco para prevenir cualquier eventualidad, pero esperando que la sola presencia de los dos buques bastaría para imponer el orden, pero lejos de ello, no sólo no cesa la agitación, sino que estando allí los barcos que tenían la representación de España, son asesinados varios protegidos españoles. El

Raisuli, bajá del territorio, nada hacía por poner fin a la anarquía y enterado del extremo de gravedad a que había llegado la situación, resuelve el Gobierno autorizar el desembarco de fuerzas en Larache, comunicándolo a las potencias, el cual se efectuó el 7 de junio por la noche, saliendo inmediatamente para Alcázar un destacamento mixto de tropas españolas y policía indígena, los cuales llegaron a dicha población a las dos de la tarde del día 8, haciendo una marcha de diez y seis horas.

He aquí la nota oficiosa que sobre este asunto hizo circular el ministerio de Estado :

*«Sucesos de Alcázar conforme a la correspondencia
de los agentes españoles*

11 de mayo.—La escolta de policía de Larache que acompaña a Alcázar al nuevo médico español es después objeto de agresión por algunos soldados de la mehallá. El jalifa hace justicia castigando al principal autor.

13 de mayo.—El agente consular de Alcázar previene que el rumor de que las cábilas de Beni Mesara, Guezzagua y Helcherif trataban de asaltar la ciudad, apoderándose del depósito de armas, causó gran alarma, principalmente entre los hebreos, habiendo las autoridades enviado varios correos a Raisuli, montado guardia exterior, colocado cañones en los lugares estratégicos, dado armas a los habitantes y prevenido al caid Ben Dahan, jefe de la pequeña mehallá que acampa en las cercanías de la ciudad.

15 de mayo.—La tranquilidad parece haber vuelto al espíritu de las autoridades, aunque la inquietud de los habitantes no está completamente calmada. Los españoles se preguntan cuál sería la actitud de la mehallá del caid Ben Dahan en caso de asalto de la ciudad.

23 de mayo.—La inquietud se acentúa nuevamente ante la noticia de que el agitador Tazia, que es el santón de Beni-Aros y enemigo del Raisuli, va acercándose al Garb, siendo de temer que se corra el movimiento por la orilla de Lucus.

24 de mayo.—Se han recibido cartas del Tazia en las cábilas inmediatas a Alcázar, y aun en las próximas a Larache, excitándolas a secundar el movimiento. El agitador sigue la táctica de permanecer el día en el monte, bajando de noche al llano.

25 de mayo.—El jalifa de Alcázar ha sido relevado por el Raisuli.

Los notables de la ciudad pretenden no admitir al nuevo ; escriben en ese sentido al Raisuli.

26 de mayo.—El día anterior se ha sabido en Alcázar que Tazia quemó quince aduares en el Garb ; las gentes exageran su importancia, temiéndole unos y proponiendo otros unirse a él.

27 de mayo.—Continúa en Alcázar el disgusto por el cambio de jalifa y el temor a los diversos agitadores, principalmente a Tazia, que ha escrito a Mesmuda y a Helcherif insistiendo en reclamar ayuda.

28 de mayo.—Agente Alcázar continúa señalando exaltación del fanatismo de los montañeses por las hazañas de los agitadores ; la población recela medite ataque contra ella para satisfacer su odio a Raisuli.

En la reunión de los tolbas celebrada el día antes en Muley Abdeselan (Beni-Aros), con asistencia de los delegados de las cábilas montañesas, témesese que contribuyan a fomentar el movimiento pretextos religiosos.

30 de mayo.—Raisuli niegase a dejar sin efecto la sustitución del jalifa de Alcázar ; los notables están divididos entre sí sobre actitud a adoptar.

El agitador Tazia hállase en el aduar Fersiw, en el centro mismo de la cábila de Mesmuda, habiendo atacado el día antes al aduar de Zuggara, causando bajas y arrebatando mucho ganado.

Algunos protegidos españoles del aduar han enviado a Alcázar sus mujeres e hijos con lo de más valor de sus casas.

La cuestión para Alcázar consiste en si Tazia desde Mesmuda podrá obtener paso a través de Helcherif y atacar la ciudad.

Helcherif está dividido.

Raisuli mismo parece inquieto, a juzgar por instrucciones que trae el nuevo jalifa.

31 de mayo.—Créese próxima la lucha entre Tazia y gobernadores del Garb.

La cábila Helcherif ha recibido nuevos apremios para unirse a aquél.

Cunde la alarma—dice el agente consular—cada vez más y aumenta la agitación ante el peligro de que por sorpresa pudieran atacar la población los montañeses.

1.º de junio.—Asegúrase que Tazia se acerca cada vez más a Alcázar y atacará aquella noche al aduar de Zarzor, distante dos horas de la ciudad, en el cual se refugian ya parte de los moradores, huyendo de la *razzia* que les espera. La cábila Helcherif

se ha negado unirse a Tazia ; pero su lealtad inspira poca confianza a causa de las discordias intestinas, sobre todo si el agitador y su banda la atacan. Sábese que el día anterior, en su casa de Mesmuda, el protegido español Ahmed-ben-Maleck y dos de sus hijos fueron capturados después de quitarles ocho caballos de silla y seis mulas, y exige Tazia veinte mil duros por el rescate y que le provea de caballos, tiendas de campaña y armamento.



Don Felipe Alfau, teniente general. Alto comisario de la zona de influencia española en Marruecos

Otros tres individuos del Garb están también presos. Un protegido español, Ahmed-ben-Felac, logró escapar a Alcázar a uña de caballo.

Autoridades mismas no disimulan temor de un ataque a la población.

Por la noche oyéanse disparos y adóptanse precauciones, repartiendo armas a los habitantes y acudiendo a los askaris de la mehalla del zoco El Arba, que han entrado en la ciudad para acompañar el convoy de municiones dispuesto a salir a la mañana siguiente.

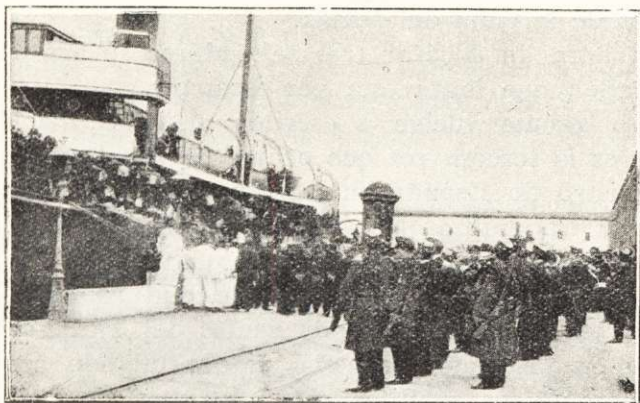
2 de junio.—En vista de las noticias anteriores, el Consejo de ministros deliberará cuál debe ser su conducta.

Toma en cuenta : primero, que la colonia de Alcázar sólo podrá ser protegida desde Larache ; segundo, que la barra de Larache no es siempre practicable ; tercero, que el camino de Alcázar a Larache es de cerca de 40 kilómetros ; cuarto, que la tranquilidad de ambas poblaciones está íntimamente relacionada.

Decide el envío del *Cataluña* y del *Almirante Lobo*, esperando que en todo caso el efecto moral de su presencia contendrá cualquier veleidad de secundar el movimiento del lado de Larache.

Un askari de la policía de esta ciudad, que va a Alcázar con permiso, es robado al pasar el río. De Larache llega a Madrid esta noticia :

«Un comerciante rico de aquí (un tal Busfija) ha recibido anoche una carta de un pariente de Alcázar rogándole le busque casa para sus mujeres y le dice que todos allí temen de un momento á otro grandes peligros por cuya razón están reti-



Embarque de fuerzas de infantería de Marina en el Ferrol con destino a Larache

rando de sus comercios y casas los efectos de algún valor, para librarlos.»

3 de junio.—Los barcos salen para Larache. Su envío es comunicado a las potencias. El agente español en Alcázar, que ha tenido que reclamar por escrito al jalifa contra tres robos sucesivos de sus peatones, denuncia un hecho nuevo de esa índole a las puertas mismas de la localidad, con la agravante de que son soldados de la mehalla de Ben Dahan los autores.

La confusión de los espíritus aumenta con la insistencia del rumor de que el Raisuli ha sido destituido.

4 de junio.—A amanecer han llegado los barcos a Larache. En el curso del día se conoce la noticia de que el 2, por la noche, Tazia incendió varios aduares del Garb y de que los contingentes de aquella región y la mehalla del zoco El Arba le están atacando desde ayer. El agente en Alcázar, a instancia de

nuestros compatriotas, pregunta si una parte del tabor de policía de Larache, que está compuesto de marroquíes disciplinados y fieles, no podrá ir a aquella ciudad a servir de garantía positiva de orden.

5 de junio.—Llegan noticias de que el 3 y 4 Tazia llevó la peor parte en el combate y se retira a la montaña, hacia Mesmuda y Beni-Mesara.

Los cañonazos de la lucha, que se oían desde Alcázar, aumentaban allí la alarma, y ésta tomaba caracteres de pánico por asegurarse que Ulad-el-Far, autor del robo de dos españoles en Arcila, amenaza con mezclarse a la lucha con varios miles de hombres de la tribu del Jemás.

A una hora de Alcázar tres salteadores se arrojan sobre el correo español, que logra esta vez escapar.

Nuestro agente vuelve a escribir al jalifa, haciéndole observar que es la tercera vez que ocurre en el mismo sitio.

El ministro de España en Tánger pide a Guebbas medidas eficaces para tranquilizar los ánimos en Alcázar. Guebbas ofrece escribir a Raisuli.

6 de junio.—Circula el rumor de que Ahmed-ben-Maleck y sus hijos han sido muertos por gentes del Tazia. Ahmed-ben-Maleck no era asociado agrícola, sino protegido comercial regular de uno de los súbditos españoles más ricos de Larache; le fué concedida protección previo certificado notarial de buena conducta, legalizado por el caid; se le incluyó en la lista comunicada al Magzen en 1910; el Magzen no protestó, ni nadie presentó nunca queja contra él; lejos de haber tomado parte en la rebelión del Tazia, había sido, según antes se dijo, apresado por las gentes de éste.

7 de junio.—La noticia de que Tazia se ha retirado hacia Beni-Mesara sólo en parte calma la zozobra de nuestra colonia en Alcázar.

Parte de las gentes que acompañaban al rebelde se han refugiado en Helcherif, cábila inmediata a aquella población. Son elementos dispuestos a rehacerse en torno de aquel u otro agitador.

Subsiste además muy vivo el recelo que produce Ulad-el-Far. Se reciben detalles del asesinato de Ahmed-ben-Maleck y sus hijos.

Resulta que las gentes del Tazia no se contentaron con darles muerte, sino que los despedazaron y pasearon sus cabezas

como trofeo por las cábilas, excitando a las tribus contra los extranjeros.

La impresión entre los nacionales y protegidos en Larache y Alcázar es muy honda ; piden que se aproveche la presencia de los buques para tomar medidas inmediatas a fin de que el prestigio de España quede a salvo y la seguridad garantizada, cesando los atropellos de que los protegidos españoles vienen siendo víctimas en toda esa comarca.

La opinión pública en España se conmueve también.

Reclama en el mismo sentido.

La madrugada anterior, el cónsul en Larache, conforme a instrucciones que dos días antes le transmitiera el ministro en Tánger, había enviado a Arzila al canciller intérprete del consulado a preguntar a Raisuli las medidas que se proponía adoptar en vista de la situación de Alcázar, y a informarle de la llegada de los buques.

Habíase dicho que Raisuli reunía contingentes para llevarlos en persona contra Tazia.

Raisuli, sin embargo, permanece sin moverse de Arzila.

8 de junio.—El Gobierno examina la situación ; reconoce que su pasividad ante las demandas de la opinión pública, a la hora misma en que dos buques de guerra españoles estacionan frente a Larache, podrá interpretarse como un abandono de los deberes que le incumben. Resuelve el desembarco en Larache, más bien con el carácter de una demostración.

Acuerda anunciarlo a las potencias y expresarles que en todo caso esas medidas contribuirán (en la eventualidad de que el estado del tiempo y las malas condiciones del fondeadero de Larache obliguen a los buques a retirarse) a dejar al tabor de policía, que es muy corto en número, mayor libertad de movimientos y a levantar el espíritu de las colonias, sobre todo en Alcázar.

Entretanto, los acontecimientos se han precipitado ; la noche del 7 al 8, un grupo de jinetes llega al zoco de Alcázar, hace varias descargas sobre la guardia, ésta replica, la tropa toca llamada, la caballería sale en persecución de los asaltantes. La alarma de los moradores, y en especial de la colonia española, que es la más numerosa, sube de punto. Nuestros compatriotas piden al agente consular de España que recabe las medidas de protección necesarias ; el agente consular transmite el ruego al cónsul en Larache, y éste, de acuerdo con el comandante del crucero *Cataluña* y con el capitán Ovilo, instructor principal del

tabor, acuerdan el desembarque, anunciándolo previamente al cuerpo consular, que no hace observaciones.

Se plantea la cuestión de enviar a Alcázar fuerzas españolas solamente o fuerzas de policía únicamente ; se escoge la solución mixta como la más adecuada a las circunstancias y al deseo de evitar dificultades que agraven la situación. Las circunstancias



UNA VISTA DE WAD-RAS

(La construcción en la altura es el Fondac donde actualmente hay un puesto de policía indígena)

(Fot. *Africa*)

que pesaron en el ánimo del señor Zugasti eran suficientes, en el sentido del Gobierno, para justificar la determinación ; autoridad en Alcázar, ejercida desde lejos, sin suficiente interés, por Raisuli ; incertidumbre en cuanto a la permanencia de éste en sus funciones ; representación de su autoridad (el jalifa) en el lugar aceptada de no buena voluntad, y por ende no bien secundada por los notables ; fuerzas indígenas dentro (la guarnición) y fuera (la mehalla de Ben Dahan) de la localidad, con organización exclusivamente marroquí, bajo mandos diferentes, con peligro de chocar una con otra, habiendo dado muestras repetidas de su indisciplina ; alarma en la población, prolongada durante varias semanas ;

efecto moral deprimente de las atrocidades contra los Ben-Maleck ; hecho concreto (el suceso de la noche del 7 al 8) que aumenta la agitación.

Si todo esto no se reputa suficiente será por que se sustente el criterio de que en estas materias sólo se puede castigar daños irremediables y no se debe prevenir que ocurran ; pero cuando se tiene a su cargo el cuidado de vidas y haciendas no cabe inspirarse en ese principio, tanto más cuanto que la prevención se ejerce en términos que permiten continuar funcionando normalmente los organismos jerifianos.

El día 3 de junio, a las doce de la mañana, formaron en el patio del cuartel de San Fernando las compañías primera, segunda y tercera del segundo batallón de infantería de Marina. El marqués de Arellano, comandante general del Apostadero, arengó a las fuerzas, diciéndolas : «Vais a embarcar, ignoro para dónde, pero donde quiera que vayáis, soldados de infantería de Marina, deseo que tengáis fijos vuestros pensamientos en el Rey, en España y en la Marina. Cumpliréis seguramente con vuestro deber, y estoy seguro de que si encontráis ocasión para ello conquistaréis para la bandera de este segundo batallón la preciada y honrosa corbata de San Fernando, con la que está galardonado el primer batallón.

»Y pido a Dios que esta gloria la obtengáis pronto, para tener yo el orgullo y la honra de colocarla en esa bandera.

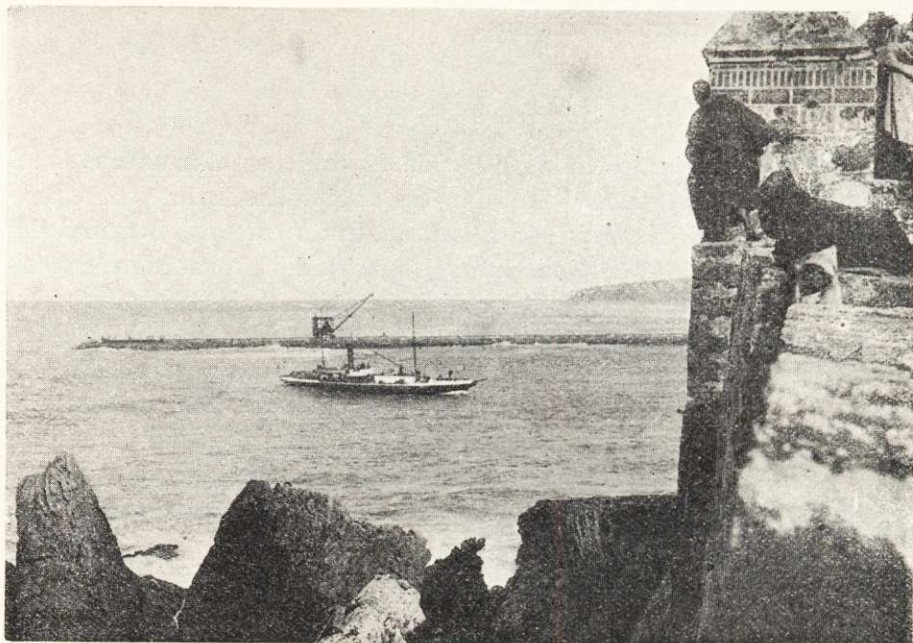
» ¡Viva el Rey ! ¡Viva España ! ¡Viva la Marina ! »

Las órdenes del embarque se habían circulado con tanta reserva, que al desfilar a las doce y cuarenta y cinco minutos, mucha parte del público creía que se trataba de una revista por su general, pero desfilaron ante el general y siguieron hasta la Avanzadilla y entonces el público se convenció de que iban a embarcar. Al llegar a la Avanzadilla estaba todo dispuesto para el embarco. Las compañías primera y segunda embarcaron en el *Almirante Lobo* y la tercera compañía en el *Cataluña*.

A las dos de la tarde llegó el buque almirante *Carlos V* y de él desembarcó el ayudante del ministro, que era portador de las órdenes reservadas, que entregó al jefe de la expedición. A las dos y media estaba terminado el embarco. En el *Almirante Lobo* embarcó el teniente coronel señor Dueñas y en el *Cataluña* el comandante señor Gallego. La fuerza no llevaba bandera, que

quedó en San Fernando, custodiada por la fuerza del batallón que no embarcó. A las siete y media de la noche zarpó la expedición, llegando al día siguiente ante la barra de Larache.

El mismo día ya se conocía en París la presencia de buques de guerra españoles ante dicha población y telegrafiaban a España las agencias dando cuenta de la expectación que nuestra actitud había producido. Los corresponsales de la Prensa francesa en la capital de España recorrieron todos los centros oficiales



La barra de Larache

en busca de noticias, intentando penetrar nuestros propósitos, llegando a interrogar al presidente del Consejo. Síntesis de las opiniones que pudieron recoger, fué un artículo publicado el día 7 por *Le Temps*, atribuyendo sus frases al señor Canalejas :

:«España está, más que nunca, decidida a limitar su acción en el Norte de Africa, a suplir medidas de policía. Las tropas de Ceuta que han ocupado varias posiciones en el camino de Tetuán, así como el tabor de Larache que ha ido a Alcázar y los contingentes de infantería de Marina que se encuentran en Larache a bordo de los buques de guerra tienen una misión de policía que cumplir.

»Si España no hubiese tomado precauciones en su zona de

influencia podría haberse visto sorprendida por los acontecimientos y más tarde se hubiera reprobado este descuido.

»Las relaciones entre España y Francia siguen siendo cordiales a pesar de los esfuerzos de algunos periódicos que intentan hacer creer lo contrario.

»Las campañas de los periódicos, tanto madrileños como parisienses, no ejercen ninguna influencia sobre los respectivos gobiernos, que saben cuál es su deber ; pero tienen el inconveniente de que excitan a los pueblos el uno contra el otro y crean equívocos lamentables.»

Al salir el señor Canalejas de Palacio, de despachar con el Rey el día 9 encontró en la Puerta del Príncipe al ministro de Marina, quien enseñó al primero un despacho radiotelegráfico urgente por el que el comandante del crucero *Cataluña* daba cuenta del desembarco de las fuerzas en Larache la noche del 7 al 8 por estimarlo necesario nuestro cónsul, a causa de la gran agitación que reinaba, añadiendo el despacho que no había podido comunicarlo antes por impedirlo la estación de Tánger y otras comunicaciones que se cruzaban.

El señor Canalejas dijo al ministro que ya sabía que la noche del 7 había habido alarma en Alcázar porque los moros intentaron asaltar la ciudad, siendo rechazados por el tabor de policía.

Un corresponsal (1) daba las siguientes noticias de la entrada de las fuerzas españolas en Alcázar y de la situación de las que quedaron en Larache :

«Las noticias que se reciben de Alcázar coinciden en que las tropas españolas tuvieron un gran recibimiento en aquella población.

Desde que se supo que los españoles caminaban hacia la población se dispusieron a salir al encuentro de las tropas, el jalifa del Raisuli, el almotacén, otras autoridades y los moros notables, todos ellos vestidos con sus mejores galas.

El jalifa había ordenado a las tropas que componen la mehabla de Ben Dahan que estuviesen alerta y guardasen el camino de las montañas para evitar una sorpresa de los cabileños.

Cerca de Alcázarquivir hizo alto la fuerza al distinguir grupos de jinetes que avanzaban a rienda suelta hacia la columna. Era el influyente cacique de esta región, el caid Ermiqui, protegido español, y llegaba con 50 caballos magníficamente enjaezados para ponerse a disposición del capitán Ovilo.

(1) Del *Noticiero Universal*, de Barcelona.

A las diez de la mañana entraron en la ciudad las tropas.

Procedente de Fez había llegado también a Alcázar el caid M'Tugui, con una escolta de 100 jinetes, con el propósito de seguir su viaje a Rabat, por Mehedia, para trasladarse a Marrekesh.

Al entrar las tropas en la ciudad se dirigieron al zoco, donde vivaquearon, llamando mucho la atención la exquisita corrección y la gran disciplina de nuestras tropas, que en las horas que allí llevan se han captado hasta la simpatía de los mismos moros.

En un *fondac*, previamente alquilado, se estableció el par-



Grupo de jefes y oficiales de las fuerzas españolas en Alcázarquivir

que de municiones y la guardia principal de la población, que se distribuye en patrullas para mantener el orden.

Una vez establecidos los servicios de referencia, el capitán Ovilo, con el resto de las fuerzas, salió de la población para establecer su campamento en una pequeña altura inmediata al santuario de Sidi Bugalem, patrón de la ciudad, o sea el punto en que durante la noche anterior había acampado toda la columna.

En el campamento, en muy pocas horas, fueron levantadas tiendas y realizadas algunas obras de campaña para darle en lo posible las condiciones de campo atrincherado.

Todas las autoridades marroquíes funcionan exactamente igual que antes de la llegada de la columna Ovilo.

Sólo ha variado el aspecto de la población por el gran júbilo a que ya hube de referirme antes.

Todas las conversaciones, lo mismo entre los extranjeros que entre los indígenas, son de alabanza por la conducta correctísima de nuestros soldados.

Según informes de Tánger, las tropas españolas que han quedado en Larache vivaquean a la orilla opuesta del río Lucas, habiendo establecido un pequeño campamento en excelentes condiciones defensivas, a fin de prevenir cualquier intento de parte de las tribus del Sajel y del Jemis.

Este campamento, situado en el sitio llamado Nador, ha sido bautizado con el nombre de Alfonso XIII. Tiene diez tiendas, donde se alojan 160 hombres de la tercera compañía de infante-



Desembarco de tropas en la playa de Larache

ría de Marina que manda el capitán Cañizares. Falta una sección que marchó a Alcázarquivir.

Los acampados disponen de dos ametralladoras.

Otra parte de las fuerzas se instala en un amplio castillo, situado sobre la boca de la barra, después de haberse hecho en él una gran limpieza y algunas reparaciones, pues estaba abandonadísimo.

En las canteras del Zenula, abiertas para las obras del puerto que ejecuta una empresa alemana, ha quedado una sección de 24 hombres y otra de 30 en Ras el Ramil, al otro lado del Lucas.

Ciento cincuenta hombres de la compañía que manda el capitán don Manuel Jiménez Pidal guarnecen el Borj el Ritabate, llamado fuerte de San Antonio durante la ocupación española en la época de Felipe IV.

La población mora muéstrase conforme y hasta satisfecha con el desembarco de los españoles, pues espera que ha de traer ganancia a la región.»

Las noticias de los días sucesivos corroboraron el buen efecto que la presencia de las tropas españolas había producido en Larache y Alcázar. Los moros elogiaban la apostura y marcialidad de nuestros soldados, habiéndose establecido pronto corrientes de simpatía entre unos y otros, los zocos aumentaron en animación y únicamente los montañeses revelaban alguna inquietud, pero no hacían demostración alguna de hostilidad. El caid de Alcázar hizo constar al capitán Ovilo su satisfacción por la presencia allí de nuestras tropas.

La noche del desembarco prestó muy buenos servicios como práctico un morito llamado Ben-al-alal, apodado *Florido*, que conocía muy bien la peligrosa barra de Larache y se puso a las órdenes del comandante del *Cataluña*.

En la primera compañía de infantería de Marina servían como voluntarios dos judíos naturales de Larache, súbditos españoles alistados hacía tiempo en la Península, llamados Jacob Cohen y Samuel, quienes se emplearon desde los primeros momentos como intérpretes por conocer el idioma árabe.

A su llegada a Larache fueron las tropas muy atendidas, alojándose los destacamentos de Obras del Puerto y del Jemis en barracones cedidos por el ingeniero jefe alemán V. Malteusky, representante de la casa Sager, y Woerner, de Munich, concesionarios de la construcción del puerto. El teniente Valle, jefe del destacamento, fué alojado en elegante y confortable habitación de dicho ingeniero. En el grupo de Canteras se dejó un destacamento de 30 hombres con una ametralladora y en el del Jemis otro de 19 hombres, considerándose desde el primer momento necesario reforzarles por tratarse de una posición avanzada que domina el llano hasta Alcázarquivir. También se pensó habilitar la factoría romana, que se conserva en buen estado, así como su pequeña ciudadela.

En Alcázar acampó la fuerza en la orilla del Lucus, situándose la artillería y ametralladoras en la colina El Minzah.

El capitán Ovilo se alojó en la casa que antes había servido a los instructores franceses.

Cuando llegaron a Alcázar las tropas españolas acampaba a seis kilómetros de la ciudad la mitad de la mehalla allí organizada para ir a Fez, compuesta de 150 caballos y 60 infantes, habiendo salido el capitán Moreaux con el resto, retirándose cuatro kilómetros al interior con propósito desconocido.

La impresión producida en España por la ocupación de Larache no pudo ser más favorable, y hasta *El País*, que siempre se

ha significado por su oposición a la política de expansión en Marruecos, decía que el desembarco era una operación obligada como protección de la zona de influencia española y que la escasez de las fuerzas que se habían enviado a Alcázar probaba que la situación no era tan grave como se había pintado.

El representante de España en Tánger visitó al resto del cuerpo diplomático allí residente, comunicándoles el desembarco de sus compatriotas en Larache y explicando los motivos que habían decidido al Gobierno. Nuestro embajador en París también visitó al ministro de Negocios Extranjeros, dándole igual noticia, manifestándole Mr. Cruppi que no conociendo completamente las circunstancias que habían concurrido para el desembarco de nuestras fuerzas en Larache, se limitaba a tomar nota y pedir mayores informes.

La determinación de nuestro Gobierno fué en el extranjero objeto de vivos comentarios, distinguiéndose por la dureza de sus tonos la Prensa francesa, a la cual seguía la inglesa, aunque con más serenidad y menos acritud.

Le Matin llegaba a decir que los desórdenes de la región de Alcázar habían sido provocados por nosotros, afirmando que el agente consular francés M. Boisset había presenciado con una caravana el ataque *simulado* de los indígenas amigos de España contra Alcázar. Otros periódicos consideraban el desembarco como absolutamente contrario al acta de Algeciras y que había sido una medida injustificada, porque la paz—decían—era completa en aquella región, mientras sucedía lo contrario en la de Melilla, donde, sin embargo, España no se creía en el caso de obrar. «El ministro de Negocios Extranjeros ha informado de la cuestión al Consejo de ministros y a él corresponde decidir si conviene hacer en Madrid observaciones amistosas y dar cuenta a las potencias signatarias de Algeciras.» Efectivamente; a la salida del Consejo aludido se dió una nota oficiosa que aproximadamente decía lo mismo.

Correlativamente a esto, en el Consejo de ministros celebrado en Madrid el día 12 dió cuenta el ministro de Estado de que los señores Pérez Caballero y el representante en Tánger, marqués de Villasinda, le habían comunicado observaciones a la ocupación de Larache formuladas, respectivamente, por el Mokri, ministro de Negocios Extranjeros del Sultán, y por el delegado del mismo soberano en Tánger. El señor García Prieto quedó encargado de continuar los trabajos para disipar del ánimo del Gabinete fran-

cés toda duda respecto del significado y alcance de nuestra justificada acción.

El periódico francés *Excelsior* decía que la ocupación de Larache autorizaba la denuncia del Tratado de 1904, y que teniendo en cuenta las legítimas pretensiones de España, había, sin embargo, que no entregarla los caminos de Fez a Tánger y Larache; que se debía invitar a España a cambiar Alcázar por Tetuán y desembarazar el camino de Tazza entre Marruecos y Argelia,



Una calle de Tetuán

negociando con las potencias el establecimiento, no de un protectorado, sino de una inspección francesa sobre los asuntos interiores y exteriores del Imperio.

El *Paris Journal*, aludiendo, sin duda, a la especie que ya había circulado de que España obraba de concierto con Alemania, la eterna preocupación de los franceses, decía que Francia debía permanecer en actitud expectante, pues era fácil que España obedeciera a influencias extranjeras.

También el *Paris Journal* decía, atribuyéndolo a declaración del Mokri, por entonces en París, que la ocupación de Larache causaría gran disgusto en Marruecos y que era probable que el Magzen considerase que aquel acto destruía los convenios que acababa de perfeccionar con España como consecuencia de los incidentes

del Rif y que las potencias dirían si el acta de Algeciras había caducado.

El *Daily Graphic*, de Londres, calificaba de ultraje la ocupación de Alcázar, y decía que había que ejercer influencia en los gabinetes de París y Madrid para lograr una solución amistosa y legal.

Daily Mail, que la ambición de ejercer influencia fuera de las ciudades y las costas era peligrosa para España y para Euro-



Don Enrique Ovilo, comandante jefe del tabor
de policía de Larache

pa y conculcaba el acta de Algeciras, provocando, además, el resurgimiento de las ambiciones de las potencias. Que un llamamiento de Francia a los firmantes del protocolo de Algeciras añadiría a la dificultad actual nuevos riesgos y complicaciones que sólo podían evitarse con la retirada de las fuerzas españolas.

Y el *Times* decía que no se podían negar las diferencias esenciales demostradas por la Prensa francesa entre las acciones de España y Francia. Y suponía que las tribus cercanas a Alcázar protestarían, con lo cual habríamos los españoles conseguido turbar el Norte del Imperio, hasta entonces tranquilo, lo que obligaría a ampliar la acción española, dificultando con ello la reti-

rada de españoles y franceses y traería como consecuencia inevitable la intervención de terceras entidades, que pedirían compensaciones, originando rozamientos entre las potencias.

El Noticiero Universal publicaba un artículo joco-serio, que descaradamente y sin los pudores diplomáticos ponía la cuestión en su verdadero lugar, por lo cual no podemos resistir a la tentación de reproducirlo. Se titulaba «J'y suis et j'y reste», y decía así :

«¡Pues no hemos armado poco revuelo en Europa con el desembarco de Larache ! Todos los periódicos del viejo continente se ocupan de nosotros y hacemos andar de coronilla a los diplomáticos. Somos la actualidad mundial, y no por nuestro sol, nuestros toreros y majas y motines, sino por un bello arranque, por patriótico y sabio y previsor acuerdo del Gobierno del señor Canalejas.

Lo que hay es que, en general, se censura acremente el desembarco de Larache, y esto es una prueba de que hemos procedido bien

La Prensa europea, en particular la francesa y la inglesa, dice que los moros no nos han dado motivo para ir a Alcázar, y que habiendo ido a pesar de todo, hemos violado no sé cuántos tratados, pactos y acuerdos internacionales.

He de confesar que tal vez tengan razón esos periódicos en sus afirmaciones. Es posible que el desembarco de fuerzas españolas en Larache no lo hayan motivado los moros, y que con él hayamos violado el tratado de 1880, el de 1904, el acuerdo hispano-francés y el acta de Algeciras. Todo esto podría ser verdad.

Pero hay otra verdad muy superior a esta, y que nos ha obligado a ir a Alcázar. Es el temor de que Francia, con la especiosa afirmación de que opera en Marruecos de acuerdo con el emperador, al que tiene secuestrado, se fuera apoderando poquito a poco del Imperio y acabara por echarnos de nuestros territorios del Norte de Africa.

El miedo a que nuestra fiel y dulce aliada arramble con Marruecos justifica la actitud de España, sea o no respetuosa con los tratados.

Cuando la vida de una nación depende de la observancia de un acuerdo, se pasa por encima de él, que esto es lo que han hecho siempre que han podido todas las naciones del mundo.

Guardando la más estricta fidelidad a los tratados, nos acreditaríamos, más que de leales, de tontos. Sobre todo en el caso

de que se trata, cuando Francia está jugando con visible perfidia y mala intención. Una vez echados por Francia de Marruecos, podríamos ir a reclamar a las potencias. Nuestra lealtad sería pagada con una irónica sonrisa y nuestros derechos desconocidos.

Júzguese como se quiera la actitud de España, el hecho es que tenemos el pie puesto en Alcázarquivir, como Francia lo tiene en Fez. Ahora que lluevan protestas y reclamaciones. Todo lo más que nos puede ocurrir, es que Europa nos obligue a retirarnos, lo cual no sería en mengua de nuestro honor. También Francia tuvo que abandonar a Fashoda por mandato imperial de Inglaterra.

Pero está por ver el que tengamos que reembarcar. Si la empresa fuera fácil, Francia no se mostraría tan alarmada. Lo malo para sus propósitos es que ya nos encontremos en Alcázar. Recuérdese el caso de Austria con la Bosnia y la Herzegovina, hace dos años, Turquía, Rusia, Alemania, Servia y Francia protestaron de aquel acto de fuerza, de aquella violación del tratado de Berlín, y a despecho de estas protestas y de que el mundo parecía iba a caer sobre Austria, la Bosnia y la Herzegovina quedaron anexionadas al imperio austriaco.

Lo mismo le podría ocurrir a España respecto a su política imperialista en Marruecos. Entretanto digamos como los franceses :

J'y suis et j'y reste.





CAPITULO IX

La mehalla del Amrani.—Persecución del Roghi.—Los franceses en Fez.—La destitución del Glaui.—Muley Zin; quién era Muley Zin.—Operaciones de Moinier alrededor de Fez.—Toma de Mequinez.—Mequinez.—Regreso de Moinier a Fez.—Una alocución.—Efecto contraproducente de la presencia de los franceses.—La política de Hafid y el concurso de Francia.—Camino del protectorado.—Sumisiones.—Personajes en desgracia.—Sigue el envío de tropas francesas.—Nuevas operaciones militares.

Para poder relacionar los sucesos que siguieron a las ocupaciones de posiciones en el campo de Ceuta y a las de Larache y Alcázar, será conveniente que volvamos sobre otros acontecimientos que hemos dejado en suspenso.

El Amrani, que mandaba la mehalla de la Chauia, y que al pensarse por primera vez por el Gobierno francés en mandar fuerzas en socorro de Fez, parecía indicado para jugar el principal papel en la operación, quedó relegado a segundo término en cuanto se resolvió que los auxiliares de la plaza bloqueada fueran tropas exclusivamente francesas. Por los días en que esto se decidió publicaba el periódico *Le Temps* un artículo sobre aquellos sucesos, y entre otras cosas decía :

«Anuncia el Gobierno que el general Moinier ha recibido orden de prestar su concurso a El Amrani, encargado por el Sultán de conducir por Rabat, en dirección a Mequinez y Fez, la har-

ka de la Chauia. Nada mejor, nada más correcto internacionalmente. Pero surgen ahora tres cuestiones :

1.^a ¿Qué se sabe en París de la fuerza probable de esta harka ?

2.^a ¿Ha de llegar hasta Fez ?

3.^a ¿Será ella la encargada, de acuerdo con el Sultán, de abastecer la misión militar ?

Importa que se dé una respuesta a estas tres cuestiones. Nosotros, sin esperarla, agregamos que si tal misión se ha confiado a la harka, tememos que ésta no sea capaz de cumplirla, y menos de cumplirla en tiempo oportuno.»

Concluía *Le Temps* su artículo sentando las siguientes afirmaciones :

«1.^a La misión militar francesa, instituída por tratado, aceptada por las potencias, puede encontrarse muy pronto en peligro de muerte por falta de municiones.

2.^a Hay que conjurar este peligro aprovisionando la misión.

3.^a Es preciso que el Gobierno dé a conocer cómo y cuándo piensa llenar este deber, cuyo carácter imperioso nadie pondría en duda.»

Los hechos hicieron ver después, como nosotros lo hemos visto, que efectivamente el encargado de socorrer a Fez no fué El Amrani. Entonces, ¿qué se hizo de él ? ¿Qué misión se le encomendó ?

El Amrani se dirigió a Alcázar y de allí encontramos que partía para Fez el día 18 de mayo. El día 19 pasaba por el zoco El Arbaa y se dirigía por etapas cortas a Hadjeb el Uakeff, pensando ejercer acción de presencia sobre los Ulad Aissa y algunas tribus del Este del Garb, por entonces excitados por la presencia de un nuevo Roghi, que era el xerif Muley Ahmed Tazzia, antiguo compañero de Bu Amara y que se hacía llamar como aquél ; contaba ya con el concurso de algunas tribus y se decía que varios moros notables interesados en que continuaran los disturbios le proporcionaban dinero. El día 22 supo que el Roghi, con gentes de las cábilas montañosas de Erthona, Mesnuda, Gazzaiá y Beni Messara se proponía atacar Alcázar, según decían, para apoderarse del parque de municiones del capitán Moreaux y que ya había incendiado algunas aldeas del Garb mandadas por los caídes Knafes, Chercani y Bu Kern, quienes, encontrándole en las cercanías del Uargha, le batieron, causándole bastantes muertos, haciéndole huir a internarse en los montes de Beni Mesquilde. El Amrani llamó luego a los principales jefes del movimiento,

obteniendo la sumisión de muchos grupos de tribus del Garb y de Cherarda, en los que, sin duda, también influyó la noticia de la entrada de los franceses en Fez. Sin embargo, el Amrani se propuso terminar con toda la mehalla del Roghi y continuó la persecución, sin poder volver a batirle, mientras aquél se acercaba a Alcázar, hasta que a cuatro kilómetros de esta población el caid Chercani, con algunas fuerzas del Amrani, haciendo una marcha nocturna sorprendieron al amanecer el campamento del Roghi, y sin darles tiempo para apercibirse a la defensa les hicieron abandonar el campo, dejando tendidos 34 cadáveres y no pudiendo en su huída llevarse algunas tiendas que quedaron en poder de los leales. Al Roghi se le suponía en connivencia con el Raisuli, pero este decía que aunque era de su misma tribu era su mayor enemigo, aunque para atraerse partidarios decía el Roghi que los dos estaban de acuerdo. Para probar la sinceridad de sus manifestaciones pidió a las cábilas la formación de una mehalla, que mandaría su hermano Muley Alí.

El Amrani ya quedó en esta zona incorporado a las fuerzas del capitán Moreaux, al que se unió el 27 de mayo en Mesera el Hacha para continuar operando contra el Roghi, que en aquella fecha acampaba en territorio de Benimesera.

Los franceses, antes de la llegada de Moinier a Fez, habían circulado por medio de su Prensa la noticia de que en el proyecto de socorro se incluía, desde luego, la idea de no quedarse en la plaza después de levantado el asedio, bloqueo, cerco, sitio o como quiera llamarse, pues para darle denominación no hay más razón que el capricho del escritor, porque en nuestro concepto nunca tuvo la plaza sus comunicaciones cortadas con el exterior. Sea ello como quiera, el caso es que la tan citada Prensa decía primero que no entrarían las fuerzas de Brulard en la población, acampando fuera y que a los dos o tres días regresarían; luego dijeron que estarían algunas semanas, y en Consejo de ministros de 30 de mayo en París ya el ministro de la Guerra expuso un programa completo, diciendo que el plan de operaciones que Moinier desarrollaría tendría por base la represión de la rebelión de los Cherarda y Beni Mitir, concediéndoles de plazo para la sumisión hasta el día 30 de junio. Las fuerzas francesas actuarían de acuerdo con las del Sultán. El Glaui sería destituido y reemplazado por Aissa Ben Omar, que se encargaría de negociar la sumisión de las tribus, excepto con los Beni Mitir, a los que el Sultán quería castigar. Esta fracción rebelde acampaba a cinco kilómetros de Fez.



Calle de la Judería en Tetuán

(Fot. Africa)

Se hizo una distribución de las fuerzas expedicionarias, que fueron repartidas del modo siguiente :

En la Chauia, 5,000 hombres ; en Salé, 500 ; en Mehedia, 300 ; en Kenitra, 700 ; en Lalla Ito, 1,200 ; en Sidi Gueddar, 1,200 ; en Kiala ben Omar, 1,200 ; en Fez, guarnición de seguridad, 500 hombres acampados en Dardebibagh, quedando 14,500 hombres para operar, de ellos 3,000 a disposición del coronel

Brauliere y del general Ditte, para que les distribuyeran en sus territorios.

El territorio de Ditte se dividía en dos zonas : una de Rabat a Sidi Gueddar (coronel Taupin), y otra, de Sidi Gueddar a Fez (coronel Gouraud). Estos dispondrían también de las fuerzas de aquellas guarniciones, tropas móviles y protectoras.

Empezando a cumplir el programa expuesto, Muley Hafid pidió al Glaui cuentas de su gestión y de las sumas que había recibido de las tribus y no habían llegado al Tesoro. El Gran Visir se negó y el Sultán le destituyó, prohibiéndole salir de Fez y ordenando se le confiscaran los bienes.

Mientras el Sultán había tenido que emplear toda su atención en ver la manera de librarse del peligro inmediato, o sea de los que le sitiaban en Fez, se había proclamado Sultán en Mequinez apoyado, y según él, obligado por los bereberes, Muley Zin, hermano de Muley Hafid. El corresponsal en Tánger de *La Correspondencia de España*, daba en este periódico los siguientes datos del proclamado en Mequinez :

«Muley Zin residía habitualmente en la ciudad donde ha sido proclamado.

Allí le tenía Muley Hafid a modo de recluso desde el tiempo en que en Casablanca, cuando Hafid pasó en ruta para Fez, se separó de las tropas.

Muley Zin acompañó en la visita que hizo a la Chauia al príncipe Mohamed, más conocido por *El Tuerto*, por quien mostraba especial simpatía.

Es Muley Zin muy querido de los moros, entre los cuales goza de gran ascendiente.

Su estatura es mediana. Es hombre fornido. Su barba es negra y espesa.

Tiene predilección por la vida activa.

Su madre, que es de Marrakesh, después del nacimiento de Muley Zin conservó durante algún tiempo su influencia sobre el difunto Sultán Muley Hassan, padre del que lo es actualmente y del que los rebeldes acaban de proclamar en Mequinez.

Es Muley Zin hermano intermedio, por la edad, entre Abd-el-Aziz y Muley Hafid.

Vivía en Mequinez en el palacio de la alcazaba.

Podía atender con relativa holgura a las necesidades de su vida con la pensión que le daba su hermano Muley Hafid y los regalos que las cábilas le hacían frecuentemente.

La persona que me da estos datos, hombre completamente veraz, conoce personalmente a Muley Zin.

Me asegura que goza de gran influencia, no sólo entre las cábilas bereberes, cuyo centro es Mequinez, sino también en la región de Marrakesh, por ser su madre de aquella región, como queda dicho, y, además, perteneciente a familia de arraigo y poder.

He hablado con un hebreo establecido en Mequinez, que estos días se encuentra en Tánger.

Me ha referido que en Mequinez reside también otro Muley Zin, hermano de Muley Hassan y tío por consiguiente del Sultán Muley Hafid.

El hebreo a que aludo estaba en la creencia de que era Muley Zin el viejo.

De éste me ha dicho que es un hombre cargado de años, sin energías para nada y de tan limitado alcance, que no hay que esperar de él nada serio.

Aquí se cree que este segundo Muley Zin, a quien seguiremos llamando el viejo para que no se le confunda con el hermano de Muley Hafid, es el nombrado jalifa por Muley Zin el joven para que le ayude en las tareas del Gobierno.

El mismo hebreo a quien aludo antes me ha hecho la confirmación de que en el saqueo de Mequinez se apoderaron los rebeldes de una buena cantidad de pólvora y de muchos proyectiles antiguos, que ellos fundirán para adaptarlos a las armas modernas.

Muley Zin—ha dicho finalmente mi interlocutor—ha tenido que aceptar el cargo obligado por la fuerza impetuosa de los insurrectos.»

Muley Zin había proclamado la guerra santa y establecido su campamento bajo los muros de Mequinez, esperando contingentes.

Uno de los objetivos del general Moinier había de ser derrocar al pseudo Sultán; pero antes de dirigirse a Mequinez tenía que despejar el camino y limpiar de enemigos el macizo montañoso, buscando la vía más corta por el collado de Zegotta. Efectivamente; el 29 de mayo salió Moinier con su columna, compuesta de las de Brulard, Gouraud y Dalbiez, acampando en Mekkes y se dirigió a Zegotta, donde se le sometieron algunas cábilas. El 30 se dirigieron a un pequeño poblado en una altura donde se habían establecido los rebeldes para hacer resistencia, creyéndose inexpugnables, pero se rindieron ante la artillería. Los goummiers cogieron 600 carneros. 60 vacas y 200 cabras.

El 31 bombardearon los aduares de Kermut, empezando el regreso a Ras el Ma, siendo el día 2 atacado por los Beni Mitir cerca del puente del Mekkes. Moinier marchaba llevando en vanguardia a Brulard y en retaguardia al coronel Gouraud con un convoy de 2,000 camellos. Apenas pasado el puente le atacaron gran número de jinetes que, batiéndose admirablemente en orden disperso y aprovechando los accidentes del terreno, llegaron a 100 metros a pesar del fuego de la artillería. Entonces Moinier modificó el orden de marcha, haciendo pasar delante el convoy, mientras Gouraud contenía al enemigo y Dalbiez ocupaba unas alturas dominantes, siguiendo las fuerzas de Brulard.

En aquel momento comenzaron éstas a avanzar por escalones, abrigadas por los fuegos de la columna Dalbiez, y ocuparon a su vez otras alturas.

Gracias a estos moviminetos pudo ir avanzando luego la tropa del citado general hasta salir a terreno llano.

El combate duró desde las siete de la mañana a las tres de la tarde, y aunque los franceses causaron muchas bajas a los rebeldes, fué a costa de un médico mayor y tres legionarios muertos y 15 heridos.

El día 3 llegó Moinier con su columna a Ras el Ma sin más contratiempo.

Una columna mandada por el general Ditte se separó de la del general Moinier antes del combate de Mekkes y se dirigió hacia el litoral escoltando convoyes.

En el trayecto fué atacada con gran violencia por los zemours, que no fueron derrotados sino después de varias cargas y luchas cuerpo a cuerpo.

Al día siguiente, domingo 4, por la noche, fué rudamente atacado el campamento atrincherado de Dar debibagh, donde se hallaban concentradas todas las fuerzas del general Moinier. El tiroteo duró hasta que fué de día.

Por la mañana huyeron al fin los asaltantes, que pertenecían a la cábila de Beni-Uarain y se retiraron hacia Sefrú, abandonando siete cadáveres en las trincheras. Estos fueron expuestos en Bab Sagma.

Los franceses tuvieron en este combate dos muertos y cinco heridos graves.

El general dispuso una salida de la columna, marchando en dirección de Sefrú, donde destruyó varios poblados con la artillería.

Los moros decían que habían cogido a los franceses cañones, víveres y municiones.

De Fez salieron varios europeos y una caravana, conduciendo mercancías a Larache.

Al mismo tiempo que la caravana, salió el intérprete de la legación francesa Ben Gabrit, que fué a Tánger escoltado por 30 jinetes, y de allí siguió París con una comisión especial.

El día 6 Moinier, de regreso de Bholil, acampó en Ani Bluz a 20 kilómetros de Fez, dirigiéndose desde allí directamente a



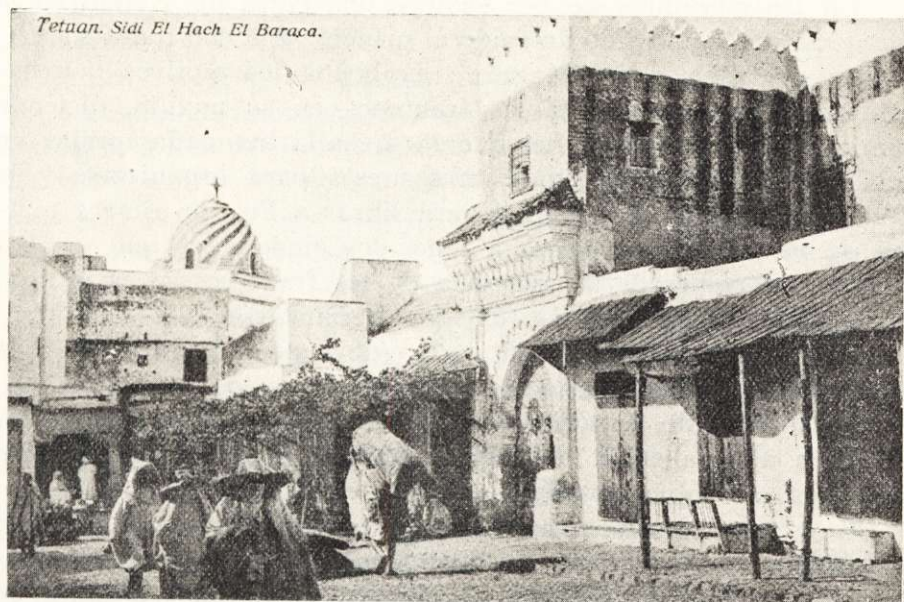
Embarque en Algeciras de una batería de montaña destinada a Larache

Mequinez, atravesando Beni Mitir. Durante su marcha sorprendió un campamento de rebeldes de esta cábila, dispersándolo con fuego de artillería, lo mismo que el aduar de Ait Sich, que fué destruído desde una distancia de 3,500 metros, incluso la casa del caid Abd-el-Uebad, jefe del aduar. Algunos grupos de estos Beni Mitir habían tomado parte en el combate del 4, donde tuvieron unas 100 bajas. El aduar era el centro de aprovisionamiento de los rebeldes. Los franceses lucharon con grandes dificultades por lo accidentado y peligroso del terreno al atravesar el Ued-Atham.

El 7 se rindió una fracción de Ait Yusi, presentándose en Fez a hacer acto de sumisión.

El día 8 llegaron los franceses ante Mequinez a la una y media de la tarde, habiendo tenido desde las seis y media de la

mañana que rechazar los ataques de un enemigo numeroso que se presentó, combatiendo en ligeras guerrillas sin ofrecer núcleos. Al atravesar un riachuelo les hicieron a los franceses un muerto y cinco heridos, causando ellos al enemigo 50 muertos. Los franceses acamparon en los jardines del Sultán, donde el general Moinier recibió una diputación de notables y el Magzen de Muley Zin, y, por último, a él mismo en persona, pidiendo el «aman». Las tropas entraron al día siguiente en la ciudad.



Tetuan. Sidi El Hach El Baraca.

Tetuán. — Sidi el Hach el Baraca

Mequinez es una de las poblaciones más bonitas de Marruecos, situada a una jornada de Fez por el Oeste, en la pintoresca llanura regada por el río Bu Fekrau. A diferencia de otras ciudades, tiene calles largas espaciosas, entrecortadas con huertos y jardines. Está rodeada de olivares, por lo cual la llaman *Mecnás ez Zaitún*.

Tiene un buen Alcázar, que casi ocupa la mitad de la población, de forma cuadrangular, construido por el Sultán Muley Ismael en 1861 en memoria de la toma de Tánger. En ese Alcázar fué proclamado Muley Zin, el hermano predilecto de Abdel-Aziz, y en sus jardines está, según la tradición, oculto el tesoro imperial.

En la *aljama* del Mechdub está enterrado el Sultán Muley Ismael. La fiesta del Mulud (nacimiento de Mahoma) ha dado

a Mequinez gran fama. También la Zauia que allí tienen los Aisanas, cuya cofradía radica en la ciudad, es muy visitada, yendo a ella cada siete años en solemne procesión y siendo sus dueños durante doce días. En estos días es muy peligroso para los europeos el tránsito por sus calles. El santo patrón de Mequinez es Sidi Mohamed Ben Aisa. La población tiene 15,000 habitantes y su comercio principal son tejidos y azulejos. Los naturales de la población se llaman *mecnasí*.

En las mezquitas de Fez se leyó una carta del Sultán en la que decía que había sido detenido el príncipe Zin con todos sus ministros por fuerzas del Magzen; explicaba los motivos que había tenido para llamar a los franceses en su auxilio, diciendo que una de las razones fué que la mehalla mandada formar en la Chauia hubiera necesitado tres meses para organizarse y la situación exigía más brevedad para librar a Fez de estar a merced de los bereberes. Pedía a todos los ciudadanos que se abstuvieran de comentar la presencia de los franceses, pues el apoyo de éstos obligaría a los rebeldes a someterse.

Durante la lectura de la carta (de cuatro de la tarde a la puesta del sol) hicieron salvas los cañones de los fuertes.

A las once de la noche se hicieron nuevas salvas, que causaron gran alarma en la población. Durante el día en celebración del suceso se había corrido la pólvora en Babsagua.

El general Moinier mandó a Fez a los principales jefes de la rebelión de Mequinez, con objeto de que hicieran acto de sumisión ante Hafid, pidiendo el perdón. El Sultán, después de que hicieron en su presencia el sacrificio de ritual, les perdonó.

El día 15 regresó Moinier a Fez, atravesando la región de Beni Mitir.

Al día siguiente de la entrada en Mequinez había dado la orden general siguiente:

«El comandante general del cuerpo de ejército tiene la satisfacción de dar a conocer a sus tropas el excelente resultado político que acaba de obtener, gracias a la actividad incansable de ellas y desplegada así antes como después de su llegada a Fez, y gracias a los golpes repetidos que han asestado a la coalición rebelde. El Gobierno insurreccional que se había constituido en Mequinez, está ya disuelto, y su jefe Muley Zin, hermano del Sultán reconocido por las potencias, ha venido confiando en la generosidad del Gobierno francés, a ofrecer sumisión al comandante de las tropas. Volviéndole a Fez arrebatamos a los rebeldes su bandera y apresuramos el restablecimiento de la pros-

peridad en el rico país presa desde hace mucho tiempo de las depredaciones de los bereberes. Todavía esperamos realizar nuevos esfuerzos contra los fanáticos que intentaron restaurar más lejos su rota coalición. Laboremos y emprendamos la nueva tarea como emprendimos la primera.—*Moinier.*»

Las ocupaciones por los franceses, de las poblaciones de Fez y Mequinez, no fueron seguidas de la tranquilidad del Imperio, como parecía se esperaba; antes por el contrario, las siguió un período de gran agitación en todo el país. El coronel Mangín, con algunas tropas indígenas y 2,000 franceses, tuvo que salir de Fez en los primeros días de junio, dirigiéndose a Sefrú, donde no cesaba el desorden. La mehalla del hermano del Glaui, que se dirigía a Fez desde Marrakesh, tuvo que detenerse, acampando en los alrededores de Rabat por oponerse las autoridades francesas a que avanzase atravesando el territorio de Mehedia al mismo tiempo que se reforzaban los puestos militares para impedir que la mehalla entrase en Rabat. Al llegar a Fez la mehalla del Bagdadi, antiguo ministro de la Guerra, fué disuelta por creerla demasiado adicta a su jefe. Entre Sefrú y Marrakesh las tribus asesinaron a dos caídes y la rebelión se extendía por todo el Imperio, utilizando los agitadores la entrada de los cristianos en Fez y la destitución del Glaui para alterar los ánimos.

El Sultán, si se han de creer las informaciones de la Prensa francesa, decía (1) que su política, con arreglo al acta de Algeciras, tendía a castigar a las tribus rebeldes y garantizar la paz, el orden y la seguridad con el concurso del general Moinier, haciendo desaparecer las concusiones y exacciones, reorganizando el país con el concurso de Francia, reconociendo que la fuerza militar marroquí era insuficiente para mantener su autoridad, por lo cual no creía posible fijar el límite de la cooperación francesa, que a su juicio no era ocupación, toda vez que no tenía inconveniente en declarar que él mismo había pedido el auxilio y refuerzos de Francia.

Sin embargo, la opinión fuera de Francia suponía que esta nación iba camino de establecer en Marruecos un protectorado de hecho, sino de derecho. *El Noticiero Universal*, de Barcelona, publicaba el 30 de mayo un artículo que titulaba «Hacia el protectorado», vislumbrando que por el predominio de los franceses en Marruecos como consecuencia de la entrada en Fez y la prisión

(1) *L'Echo de Paris* y *Le Matin*.

disimulada del Sultán, establecía Francia de hecho un protectorado sobre el Imperio sin faltar al convenio de Algeciras, adueñándose de Marruecos con sólo algunos millones de gasto y un paseo militar, todo lo cual había de ir en perjuicio de España.

El Mokri, en París, en conversación con un periodista, manifestó que el Sultán no había pedido el protectorado francés, y que en su última entrevista con Moinier se había limitado a dar las gracias a Francia por el auxilio que le había prestado, sin que ni el Sultán ni Francia se apartasen del acta de Algeciras, y que, en su opinión, ya desde entonces podían las tropas imperiales, sin el concurso de los franceses, lograr la sumisión de los Beni Mitir, terminando de pacificar el país.

Efectivamente ; la entrada de los franceses en Fez y en Mequinez pareció impresionar por el pronto a los cabileños, y aunque los Beni Mitir, los Ait Yusi y algunas otras tribus no se sometieron y continuaban buscando el concurso de otras para proclamar la guerra santa, en cambio otras, como las de Udaya y Vadjana y Cherarda, no sólo pidieron el «aman», sino que se sujetaron a pagar multas de 12,000 duros, 50 mulas y 50 caballos cada una de las dos primeras, y de 50,000 duros la tercera. Las de Zeraha y Ulad Jhem hicieron sumisión ante Moinier el día 1.º de junio, y en otras regiones también hubo algunas sumisiones, como la de la tribu de Huara, que se presentó el 26 de mayo en el campamento de Merada al general Toutée a hacer ofertas de amistad y otras delegaciones de Debdú se presentaron con igual objeto.

Pero en Fez, a la destitución del Glaui, que se encerró en su domicilio, dispuesto a defenderse, siguieron las represalias contra otros personajes. El M^{te} Tugui también cayó en desgracia ; su secretario, Zenmuri, fué preso, apaleado y paseado en un asno por las calles ; el administrador, Bas-el-Hak, que era quien cobraba los impuestos, temiendo también ser preso, tuvo que acogerse al cónsul de Inglaterra, de la que era protegido. Todos los familiares del Glaui fueron perseguidos, siendo uno de ellos Ben el Jiat preso y puesto luego en libertad por ser también protegido inglés. El cónsul de Inglaterra mandó una nota al Magzen para que el Glaui fuese respetado, porque sus bienes eran suficientes para que pudiera responder de su gestión administrativa. En Fez reinaba una inquietud y alarma constante ; el día 5 probaron unos cañones en el palacio del Sultán y la población se alarmó, creyendo había estallado una sublevación dentro de las murallas.

Francia no había cesado de mandar fuerzas desde que resolvió su intervención; desde el 25 de marzo al 6 de junio llegaron a Casablanca 34 vapores franceses con 20,000 hombres, 5,500 caballos y mulos y mucho material; aunque siempre dijeron que no ocuparían Rabat y trasladaron a cuatro kilómetros al Norte de Salé el campamento que allí tenían, quedaron en la población 100 tiradores para el servicio de puentes, habilitando Mehedía para base de aprovisionamiento de la columna de socorro, abriendo su puerto con ese motivo con gran riesgo de que ya continuase para siempre abierto al comercio, con lo cual causaría la ruina del de Larache (1), y, en una palabra, aunque las sumisiones seguían en la región de Fez y de otras se recibían buenas noticias, no había señales de que las tropas de Moinier se retirasen de la región de Fez y Mequinez, habiendo, por el contrario, motivos para temer que la situación se hiciera crónica, porque cuanto más tiempo permanecían los franceses sobre el territorio, más se exacerbaba la animosidad de las tribus contra los cristianos, aumentando otra vez el número de los rebeldes. El 22 de junio volvió Moinier a salir de Mequinez con las brigadas Brulard, Gouraud y Dalbiez, dejando en ella una guarnición de 1,500 hombres, saliendo al mismo tiempo de Fez el comandante Bremond con una columna para atacar, en combinación con el primero, la alcazaba de El Hadjeb, centro de operaciones de los Beni Mitir, Ait Suda, Ait Fraya y Zemmour, que continuaban manteniendo la bandera de la rebelión. En Marrakesh empeoraba la situación, y en general, en todas partes se oponían a ser gobernados por las nuevas autoridades nombradas por influencia de los franceses, llegando en algunas a la lucha, como ocurrió en Denat, en que se empeñó un combate entre los partidarios del gobernador antiguo y los del nuevo, que había asesinado a su antecesor, habiendo muchas bajas por ambos lados.

(1) Interin se resuelve el problema del ferrocarril a Fez, los franceses han estudiado la vía más corta para la importación y exportación. Por Mehedía desemboca el río Sebú que pasa por Fez y separa las importantes cábilas del Garb y Beni Hassen, la primera correspondiente a la zona de influencia española. Remontando el río, tiene agua suficiente para ser navegable hasta la unión del Uargha en Megran (Sefian) en el Garb. Cuando terminen las obras de canalización podrán llegar vapores de poco calado. De Megran a Fez pueden navegar lanchas de vapor.

Larache importa casi todo el comercio de Fez y las cábilas entre las dos poblaciones y exporta la producción del Garb, granero de Marruecos.

El corresponsal de un periódico de Barcelona decía con fecha 30 de junio :

«Las fuerzas francesas han ocupado el palacio imperial de Mequinez.

Las tropas han sido distribuídas en el inmenso edificio y en otras dependencias del Magzen. Esto parece demostrar que el general Moinier se propone establecer en Mequinez su cuartel general.

El regreso se efectuará por movimientos escalonados. El general piensa estar en Casablanca con la mayor parte de los soldados hacia el 15 de agosto.

Estas noticias coinciden con lo que se viene diciendo desde que España ocupó Larache y Alcázar, esto es, que los franceses simularán una retirada, para presentarla con todo aparato ante Europa, y pedir la de los españoles.»





CAPITULO X

Crisis ministerial en Francia.—La Prensa alemana.—El «Panther» ante Agadir.—Antecedentes.—Primera idea de las compensaciones.—La protección de los intereses alemanes en Marruecos.—Gravedad de la determinación de Alemania.—Preocupación del Gobierno francés.—La nota oficial de Alemania.—Explicaciones de los franceses.—Conferencias.—Acuerdo de entrar en negociaciones.—Satisfacción de los moros.—Incompatibilidad de tendencias.—La cesión del Congo francés.—Alternativas de pesimismo y optimismo.—El banquete de la paz.—Retraso peligroso.—El término de la negociación.—La Prensa francesa y la alemana.—Un comunicado del Gobierno alemán.

El día 26 de junio hubo crisis ministerial en Francia, la cual se resolvió a los dos días con un Ministerio presidido por Mr. Cailiaux, repartiéndose las demás carteras entre Mrs. De Selves, Negocios Extranjeros ; Cruppi, Justicia ; Messimy, Guerra ; Delcassé, Marina ; Steeg, Instrucción ; Klotz, Hacienda ; Augagneur, Trabajo ; Conyba, Comercio ; Pams, Agricultura ; Lebrun, Colonias, y Renault, Obras Públicas.

Un periódico de Berlín decía, comentando la crisis antes de resolverse, que lo mejor que los alemanes podían desear era que Delcassé fuera a Negocios Extranjeros, porque así se entenderían con él para arreglar la cuestión marroquí como la de Egipto, y que en Francia se necesitaba un Gobierno fuerte capaz de solucionar con la política bismariana el laberinto de Marruecos en forma digna para Francia y Alemania.

Y el día 27 el periódico *Der Tage*, de Berlín, publicaba, bajo el epígrafe de «Lo que nos importa Marruecos», el siguiente artículo :

«Al tratar del avance francés sobre Fez parecen desprenderse de la lectura de la Prensa internacional tres fases distintas.

La primera es la en que dicho avance se pinta como de necesidad urgente para librar a Fez de un asedio peligroso, y se inicia enérgicamente. Luego se publica la consabida comunicación



«El horno oscuro» en Tetuán

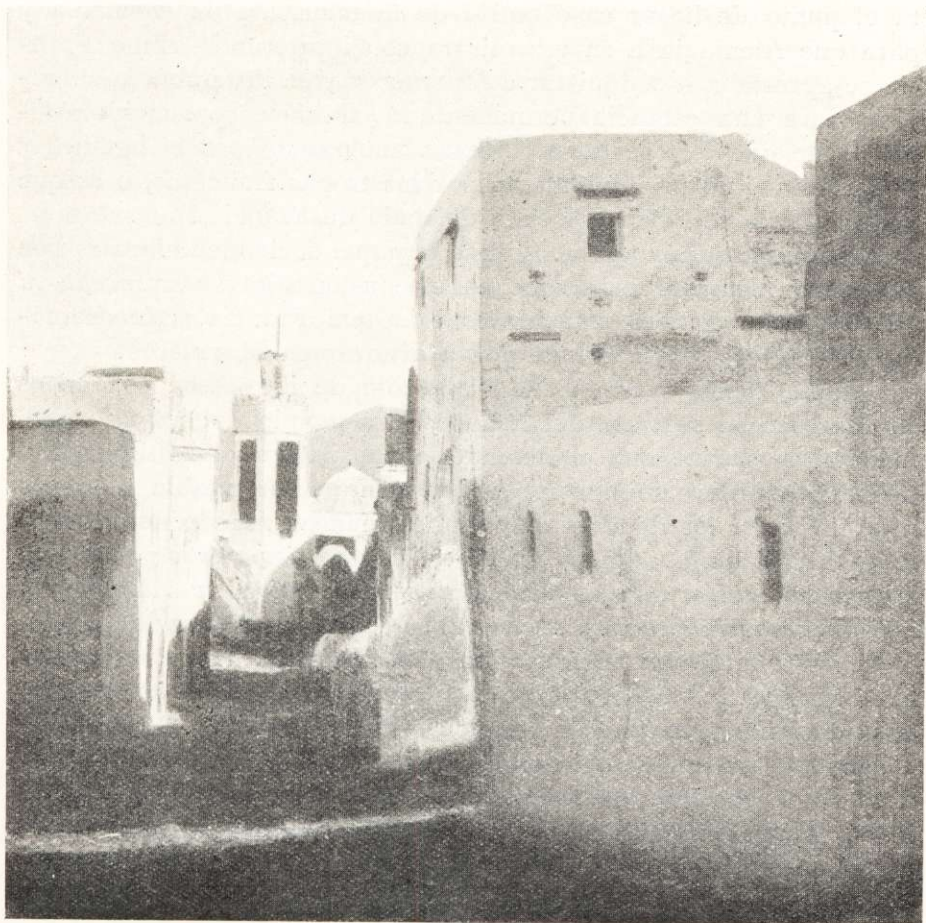
(Fot. Africa)

de la *Gaceta General Nortealemana* con la exigencia por parte nuestra de que Francia respete la integridad de Marruecos y no ocupe a Fez de un modo permanente, y simultáneamente un artículo de Berlín en un periódico de Viena, subrayando con fuerza la actitud alemana y señalando la posibilidad de un conflicto franco-alemán inmediato para el caso de que continúe el avance francés.

Por aquel entonces el embajador francés en Berlín marchó para París, y es de suponer que fué *como portador de la noticia de que Alemania estaba resuelta a intervenir*.

El efecto de esa actitud de Alemania fué inmediato. Las columnas francesas en su marcha sobre Fez oyen el toque de ¡alto ! Esa fué la segunda fase.

Luego se inició la tercera. Los franceses, sin preocuparse de Alemania, reanudan su marcha. ¿Es que la situación de los europeos, de sus instructores y de la columna de Bremond en Fez les



Mezquita de Sidi Saidi en Tetuán

(Fot. *Africa*)

obligó a ello? Según los informes franceses, la ciudad padecía hambre, urgía la llegada de las columnas aprovisionadoras y la dispersión de las tribus sitiadoras. En cambio, según las informaciones alemanas, la ciudad no carecía de provisiones, las tribus peleaban sólo entre sí y se habían alejado en gran parte; no existía peligro alguno.

La entrada de los franceses en Fez y en Mequinez se efectuó casi sin disparar un tiro, evidenciándose así la veracidad de los informes alemanes.

¿Qué había sucedido para que Francia se envalentonara hasta el punto de hacer caso omiso de la oposición de Alemania y para que Alemania a su vez mirara con indiferencia cómo Francia se aprestaba a conquistar a Marruecos y se instalaba en su capital para una estancia permanente? ¿Habíase convencido Alemania de que Fez realmente estaba amenazado por el hambre y la revuelta y no principalmente por las tropas francesas, o es que otra potencia se había colocado del lado de Francia?

No importa por ahora. Lo que hay que decir bien claro es que la nación alemana desea que en este asunto *no se retroceda ni una pulgada*; quiere saber y esperar que Francia sepa exactamente el límite hasta el que podrá avanzar en Marruecos.

Para Alemania ya no se trata sólo de intereses económicos en Marruecos: se trata del honor y el prestigio del imperio germánico; y sépase que el defender dicho honor y prestigio es el deber primordial de nuestro poder militar, formidable y preparado hasta en los detalles más nimios, cual el mundo no ha visto igual hasta ahora. *En el extranjero es preciso que se sepa que ese poder militar apoya cualquier manifestación de Alemania y entrará en acción cuando sea necesario, sin preocuparse de consejos amistosos de los vecinos.* No debe dirigirse nunca una palabra alemana a una potencia extranjera sin que exista previamente el decidido propósito de traducirla en hechos.

Este es el deseo ardiente que anima a todos los Centros patrióticos en la cuestión marroquí, y la nación alemana abraza la esperanza de que su Gobierno sabrá resolverla en este sentido.»

Grande fué la impresión producida por este artículo en todos los círculos diplomáticos de Europa; pero aún le dió más valor la confirmación de su carácter oficioso, que le proporcionó el hecho que dentro de su sencillez de ejecución fué el más trascendental y demostrativo del carácter internacional de la cuestión marroquí; el envío del cañonero alemán *Panther* a la rada de Agadir el día 1.º de julio (1).

(1) La ciudad de Agadir está situada en la costa occidental de Marruecos, sobre el cabo Guir, en una colina de 188 metros de altitud. La población ocupa una posición fuerte, naturalmente, pero además tiene murallas con antiquísimas baterías. El puerto es bueno, y en verano acaso el mejor del Imperio, por su capacidad y el abrigo que ofrece a los buques; en invierno, entran en él los vientos reinantes. La población tuvo su origen en un castillo edificado por un noble portugués en 1500 para proteger una pesquería, dándole el nombre de

La noticia empezó por causar gran sensación, y, según las informaciones de la Prensa, también gran sorpresa. Sorpresa que no encontramos justificada, pues casi a raíz de hacerse pública la intención de Francia de intervenir con sus armas en Marruecos ya la Prensa alemana empezó a tratar del asunto y a discutir los fundamentos de la resolución y la actitud con que Alemania debía responder a la intervención francesa. El 10 de abril comunicó el embajador de Francia en Berlín, Mr. Cambon, al ministro de Negocios Extranjeros de Alemania, Kinderlen Vaetcher, las intenciones del Gabinete francés y los acuerdos tomados en el Consejo del día 4. El día 19 notificaba el Gobierno francés a Alemania su resolución de enviar inmediatamente algunos batallones a Casablanca, y el día 21 ya decía la Prensa de Berlín que el acta de Algeciras no autorizaba a Francia para intervenir en Marruecos, siendo únicamente una mandataria de Europa en lo referente a la organización de la policía y represión del contrabando de armas. Que Francia podría obrar por su cuenta y riesgo, pero que ello sería una prueba que no resistiría el acta de Algeciras, y que si esta acta se rompía, todas las naciones firmantes recobrarían su libertad de acción.

Que no se pensaba por las demás naciones prescindir de Alemania en la cuestión de Marruecos lo prueban bastantes hechos; el periódico londinense *Morning Post* decía el 24 de abril que era posible que la cuestión de Marruecos terminara por un reparto que con muchas probabilidades de certeza sería: Francia intervendría las provincias centrales desde Casablanca a Argelia; España el Rif, incluso tal vez Tetuán e Ifni; Alemania, Mogador y el *hinterland*, e Inglaterra, Tánger.

En una reunión del Comité del Congreso Pangermanista de Berlín celebrada hacia el 20 de abril se aprobó una moción que decía:

«El Comité, ante la situación creada en Marruecos por la acción francesa, no quiere que se deje en manos de Francia sola-

Agadir. Pasó luego a poder del rey de Portugal que la transformó en ciudad, llamándola Santa Cruz de Berbería o de Agadir, hasta que en 1536 fué asaltada y tomada por los marroquíes. Engrandecida por los sultanes llegó a ser centro comercial donde cambiaban sus productos los árabes del desierto y los sudaneses, con los europeos. El sultán Sidi Mahomet, puso sitio a Agadir y después de rendirla, transportó a Mogador los comerciantes que en ella habitaban y cerró el puerto al comercio juzgando que cuanto más pobres fueran los habitantes, más fácil sería tenerlos sometidos.

Hoy es un montón de ruínas con unos 800 vecinos que viven de la pesca, de la agricultura y del intercambio con las caravanas del Sus y del Vad Nun. Hay una pequeña guarnición de tropas irregulares.

mente la tarea de restablecer el orden en aquel país, de lo que, por otra parte, es incapaz.

»El Gobierno imperial ha de ser llamado a colaborar de una manera activa en la organización del Imperio marroquí, fijando en él bien claramente las esferas de acción que corresponden a la República francesa y al Imperio alemán.»

La *Nueva Prensa Libre*, de Viena, decía que la importancia del acta de Algeciras estaba precisamente en que constituye la más firme garantía de la independencia de Marruecos, y recordaba el trabajo inmenso que costó llegar a semejante acuerdo. Y añadía que Francia haría muy bien en no olvidar que Alemania tiene empeño, no tan sólo en defender sus intereses económicos marroquíes, sino también en garantizar del modo más absoluto la integridad del Imperio.

En los primeros días de mayo decía la Prensa alemana, ocupándose del avance de los franceses en Marruecos, que no había sido justificado el envío de tropas, pues no estaba comprobada la pérdida de autoridad del Sultán, ni la ocupación de Fez por los rebeldes, ni la amenaza de las vidas de los europeos y aseguraban los alemanes que si Francia traspasaba los tratados firmados, obligaría a Alemania a tomar posiciones.

A raíz de la llegada de Moinier a Fez, decía la Prensa alemana que nos hallábamos en momentos críticos, habiéndose quebrantado el acta de Algeciras. Un periódico pedía el inmediato regreso a Berlín del presidente del Consejo para arbitrar medios de defensa para el Sultán y para negociar con el Gabinete de París.

El periódico de París *Excelsior* publicaba el día 26 de mayo un telegrama de Berlín en el que se decía que hacía quince días habían firmado Francia y Alemania un convenio en el cual, a cambio de dejar a Francia completa libertad de acción en Marruecos, obtenía Alemania ventajas económicas.

Eso era lo que había de dar la solución al conflicto ; pero si bien al poner ese telegrama reveló bastante perspicacia el corresponsal, los acontecimientos sucesivos demostraron que aunque ese había de ser el tema sobre el que se pactase, aún se estaba lejos del día en que el pensamiento fuera una realidad ; pero de todos modos ya señalaba una orientación muy digna de tenerse en cuenta. Apreciándolo así, ya no lo dejó de la mano la opinión alemana, y volviendo sobre ello, en 1.º de junio el *Berliner Tageblatt* publicaba un artículo que en resumen decía :

«El Gobierno alemán ha tenido últimamente ocasión de proteger en dos casos los intereses alemanes en Marruecos, habiendo obtenido en los dos éxito lisonjero.

»En la Compañía española de Minas del Rif en Melilla, que hace poco se fusionó con una Compañía francesa, «Le Nord Africain», le «Nord» recibe un 15 por 100 de la exportación de las minas del Rif. Esta intentó hace poco exportar 6,000 toneladas de mineral; pero como esto hubiera sentado un nefasto precedente, y, además, lesionado los intereses de la casa alemana Netter, no se realizó la operación por la intervención del embajador alemán cerca del Gobierno español.

»El segundo caso se refiere a una sentencia de arbitraje pronunciada por los tribunales franceses en Marruecos, la cual lesionaba intereses alemanes, y fué revocada por el Gobierno de París.»

El artículo produjo alguna sensación, porque demostraba que los alemanes no perdían de vista la marcha de los sucesos en Marruecos y que el Imperio alemán no estaba dispuesto a dejarse tratar como cantidad despreciable.

Después de la ocupación de Alcázar por los españoles, dijo la Prensa alemana que España e Inglaterra ya habían sentido la necesidad de intervenir en la cuestión marroquí y que pronto, sin duda, le tocaría a Alemania, pues su silencio no significaba que hubiera abdicado de sus derechos.

Ante el nuevo suceso de la presencia de un buque alemán en aguas de Agadir, toda la Prensa estuvo conforme en Francia en reconocer la gravedad del paso dado por Alemania, pero la opinión general fué que podría el conflicto arreglarse por medio de unas negociaciones internacionales, pero que serían dificultosas y se alteraría el equilibrio total de la situación en Marruecos.

El Gobierno francés ordenó por telégrafo a Mr. Pablo Cambon, embajador en Londres, que se entrevistase con Mr. Grey para ponerle al corriente de la situación, mientras Mr. Julio Cambon, embajador de Francia en Berlín, y que accidentalmente se hallaba en París, conferenció con Mr. De Selves, que se preparaba a acompañar al presidente Fallieres en su viaje a Holanda, y ya no le acompañó, quedándose en París para estar más al tanto del desarrollo de los sucesos, yendo en su lugar el ministro de Comercio. Por su parte, el presidente también pensó en abreviar su viaje, regresando cuanto antes a la capital de Francia.

En una recepción celebrada en el Palacio del Elíseo, y a la que acudió todo el cuerpo diplomático, sostuvieron una larga conversación Mr. Caillaux y el embajador de Alemania en París, no dudándose que trataron del asunto de actualidad entonces. En algunos Círculos políticos de París se dijo que Francia enviaría otro buque a Agadir, pero la mayoría no daba acogida a la idea.

La Prensa extranjera juzgaba desde muy distintos puntos de vista el suceso; así la inglesa en general consideraba injustificada e inquietante la actitud de Alemania y la de Italia decía (1) que la presencia del *Panther* en Agadir, casi simultánea con el desembarco de los españoles en Larache, demostraba que había una acción combinada para obligar a Francia.

El Gobierno alemán pasó a las cancillerías la siguiente nota oficial explicando su determinación:

«Varias casas alemanas que tienen intereses comerciales en el Sur de Marruecos y principalmente en las cercanías de Agadir, sienten honda inquietud por la agitación que reina entre las tribus de aquella región y que parece haber sido provocada por recientes sucesos acaecidos en otras partes del país. Dichas casas se han dirigido al Gobierno imperial y le han pedido protección y ayuda para sus vidas y bienes. El Gobierno ha accedido a esta demanda y ha acordado que fuese a Agadir un buque de guerra para ayudar y socorrer en caso necesario a los súbditos y protegidos alemanes y para velar al mismo tiempo por los intereses de Alemania en dicha región, que son considerables. En el momento en que el orden quede restablecido y la tranquilidad asegurada en aquella parte de Marruecos, el buque encargado de la misión protectora abandonará inmediatamente el puerto de Agadir.»

Los aspectos bajo los que los franceses querían explicarse la actitud de Alemania eran infinitos, exponiendo muchos de ellos a sabiendas de que no eran aquellos los motivos que había impulsado la acción de aquel Gobierno, no obstante haber dado bastantes explicaciones oficiosas; *Berliner Neueste* decía que el paso dado por Alemania tenía por objeto impulsar a Francia a que explicara y librase a Europa de la preocupación marroquí. *Le Figaro*, buscando una explicación, dijo que cuando Delcassé firmó el tratado con España se le reconoció a esta nación una posesión en el extremo Sur de la costa de Marruecos,

(1) El periódico *Avanti*, de Roma.

cerca de Agadir. Como la posesión necesitaba cierto desarrollo, se la dedujo una zona de influencia, y que ahora, instalados los alemanes en Agadir, estarían junto a los españoles, y situados ambos frente a Canarias, se haría por Agadir gran contrabando de armas. No era, por tanto, la casualidad lo que había llevado a los alemanes a Agadir, y (decía) todo parecía indicar que alemanes y españoles se habían entendido.

Otros periódicos franceses decían que en el primer Consejo de ministros se acordaría llamar la atención de Alemania acerca de la contradicción entre su conducta de ahora y los compromisos adquiridos con Francia por el tratado de 1909. También querían suponer muy contrariada a Inglaterra porque vería con malos ojos que los alemanes tuvieran un depósito de carbón en Agadir.

Desde el momento en que el embajador de Alemania en París comunicó a De Selves el envío del *Panther* a Agadir, no cesaron las conferencias de aquél con los Gobiernos francés e inglés. En estas conferencias se trató de la conveniencia de que España tomase parte en las negociaciones, pareciendo al principio bien dispuesto el Gobierno francés, y como Inglaterra también manifestó interés en participar de ellas, se convino en los primeros momentos en que se efectuasen entre Francia, Alemania, Inglaterra y España y hasta en que también interviniese Rusia si en esta ocasión se mostraba solidaria con Francia, pero luego no se invitó a España y habiendo después de empezadas las negociaciones visitado el embajador de Rusia en Berlín al ministro de Negocios Extranjeros de Alemania para preguntarle cuáles eran las intenciones de su Gobierno respecto a Francia en la cuestión marroquí, el ministro le recibió afablemente, pero se negó a informarle, diciéndole que en su lugar debía preguntar a Francia por qué había suspendido las negociaciones con Alemania para poner en práctica el tratado de 1910, ante cuyo fracaso no volvió a intervenir Rusia en los asuntos de Marruecos, quedando, por tanto, las negociaciones reducidas a la discusión entre Francia y Alemania.

En Consejo de ministros del 7 de julio se acordó la contestación que Francia había de dar a la notificación de Alemania. Se entablarían conversaciones entre Kinderlen Waetcher y Cambon, si el primero estaba dispuesto a dar a conocer los deseos de Alemania, pero que si el Gobierno alemán insistía en mantener su última actitud se dispondrían medidas desagradables para Alemania.

La base para empezar las negociaciones sería la aceptación *a priori* por Alemania del principio de exclusión de toda posesión en Marruecos. Si Alemania aceptaba, como se suponía, las negociaciones se seguirían paralelamente en Berlín y París.

El día 10 celebraron su primera conferencia Mr. Cambon y Kinderlen Waetcher, terminando con la impresión de que en las dos naciones existía el deseo de entenderse.



Tetuán. — Santuario de Sidi Bagui

(Fot. Africa)

A los pocos días de llegar el *Panther* a Agadir fué relevado por el crucero *Berlin*, que fué el buque destinado a permanecer en dicho puerto, quedando el *Panther* para servir de correo entre Agadir y Santa Cruz de Tenerife. Desde los primeros momentos declaró Alemania que no haría desembarco a menos que se presentasen circunstancias imprevistas.

A poco de presentarse el *Panther* en Agadir, escribieron algunos moros notables del Sus una carta al ministro de Alemania en Tánger, considerándose muy satisfechos por haber acogido esta potencia bajo su protección a la región del Sus, y el día 10 decía el *Berliner Tageblatt* que el Sultán estaba muy satisfecho por las ocupaciones alemana y española, y añadía que las manifestaciones de simpatía a Francia no eran libres.

Hasta los primeros días de septiembre las negociaciones se desarrollaron con gran sigilo, y aunque la Prensa de uno y otro país daba noticias del curso de aquéllas, eran completamente imaginarias o fundadas únicamente en indicios sin fundamento ofi-

cial. El día 5 de agosto las agencias de París comunicaron que las negociaciones entraban por buen camino, porque se habían podido sentar ya las dos bases principales : renuncia de Alemania a poseer territorios en Marruecos y aceptación por Francia de dar compensaciones en otro sitio de Africa ; pero se declaraba, desde luego, que no parecía fácil acordar la realización y detalles, aunque sí podía augurarse que sería casi imposible un rompimiento, dada la situación diplomática de Europa.

El día 11 decía la Prensa francesa que Mr. Caillaux y De Selves habían examinado las contraproposiciones alemanas, habiendo llegado a París Mr. Cambon, quien se entrevistó con los



Arcila. — Calle de la Alcaicería

(Fot. *Africa*)

dos anteriores, redactando la respuesta de Francia, que se mandaría a Alemania a fin de aquella semana ; pero descubrían que en las proposiciones de Alemania había algunas inaceptables y que no se avenían al acta de Algeciras, lo cual hacía constar Francia en su contestación.

En Berlín se supo antes de recibir la respuesta oficial, causando en la opinión una impresión malísima la actitud de Francia, quien disculpaba su contestación con la razón de que los privilegios que pedía Alemania eran incompatibles con el principio de igualdad establecido por el acta de Algeciras y los derechos de las demás potencias ; que el régimen comercial que ellos establecerían sería la mejor salvaguardia de los intereses alemanes y que el trabajo de educar administrativamente a los marroquíes sería bastante compensación para Alemania por la libertad de acción que les dejaría en cambio.

Poco después se supo que Alemania trataba de obtener de Francia la cesión del Congo y que a los franceses les parecía demasiada compensación, porque no era cuestión únicamente de sus 250,000 kilómetros cuadrados de superficie, sino que el ob-

¡eto era lograr una salida al mar entre Libreville y la Guinea Española y entre el Oubanghi y el Congo, lo cual representaría dividir los territorios ecuatoriales franceses por la interposición del dominio alemán entre el Gabón y el Chari. Al hacerse pública la pretensión de Alemania se elevó un clamoreo en la opinión francesa y muchas entidades financieras y comerciales y entre ellas la Sociedad de Estudios Coloniales Marítimos, y Mr. Boudon, en nombre de los colonos franceses del Congo, pidieron audiencia a Mr. Caillaux para protestar e influir en que el Gobierno francés no accediese.

El 14 de septiembre decía la *Gaceta Local*, de Berlín, que pronto expiraría el mandato de Francia en Marruecos y que Alemania pedía en razón directa de lo que iba a conceder. Otros periódicos decían que eran muy cordiales las relaciones de Alemania con España y que Francia podría encontrarse con sorpresas desagradables en Marruecos. El *Correo*, de Berlín, decía que Alemania había llegado a la última de sus posiciones, que no podía abandonar sin deshonor y descrédito.

Las negociaciones siguieron durante el mes de septiembre con varias alternativas de optimismo y pesimismo, algunas suspensiones con diversos pretextos oficiales que generalmente ocultaban desacuerdos y hasta alguna vez con temores de ruptura. El 23 de dicho mes ofreció Kinderlen en Berlín a Mr. Cambon un banquete, que llamaron por aquellos días banquete de la paz, por suponerse que el motivo había sido el haber llegado a completo acuerdo las dos naciones y que estaba próximo el término de la negociación, llegando a fijarse la fecha del 25 o el 26 para hacer público el acuerdo. Sin embargo, pasó esa fecha y continuó el cambio de contestaciones entre París y Berlín, así como las conferencias de los respectivos ministros de Negocios Extranjeros con los embajadores de una y otra potencia, tardando aún todo el mes de octubre en convenir las compensaciones territoriales, aunque se dijo que Francia aceptaba en principio la cesión del Congo. La tardanza sobreexcitaba los ánimos, con peligro para ambas naciones, por estar expuestos constantemente a incidentes desagradables que dieran al traste de modo violento con la negociación que con tanto tacto y circunspección se llevaba por los encargados de ella; así, en la primera decena de octubre ocurrió un incidente desagradable en Agadir, donde continuaba un buque alemán, alternando el *Berlín* y el *Eber*, que luego llegó, y provocado porque los franceses residentes en la plaza al izar diariamente el crucero su bandera izaban en el castillo la ban-

dera francesa sobre la del Sultán, apuntando al crucero con los viejos cañones de la muralla, dando motivo a que el cónsul alemán y el comandante del crucero diesen cuenta a Berlín para que se hiciera a Francia la oportuna reclamación. La Prensa de París se mostraba empero optimista y hacía saber que había muchas probabilidades de definitivo acuerdo en las compensaciones, porque Alemania, a su vez, se mostraba conforme en ceder algo de su colonia de Camerón con tal de lograr franco acceso al río Congo.

A fines de octubre volvió la Prensa en Alemania y Francia a confirmar que se había llegado a un acuerdo, y como comprobación anunciaban la apertura simultánea de los Parlamentos de los dos países a principios del mes siguiente para poder discutir el tratado a que daría lugar la finalización de las negociaciones. En los últimos días del mes se dijo que Inglaterra quería intervenir en el acuerdo, pero la Prensa oficiosa de Alemania lo desmintió rotundamente, diciendo que desde el principio de las negociaciones había expresado su nación el deseo de tratar sola y directamente con Francia y así se había hecho hasta entonces, sin que hubiera motivo para modificar esta resolución.

En los primeros días de noviembre ya se dió por toda la Prensa de Francia como cosa hecha el término de las negociaciones con Alemania, felicitándose por ello en general. El día 3 decía *Le Figaro* que él se reservaba dar su parecer hasta conocer el texto del acuerdo. *Le Matin* dijo que ignoraba la idea que inspiró el gesto de Agadir, pero que su resultado era que desde ahora se podía considerar a Marruecos como una parte del imperio colonial francés. «Estos cuatro meses de laboriosas y delicadas negociaciones habrán demostrado al mundo entero que Francia vive unida y que sabe defender sus derechos y hacerlos respetar.» El *Gil Blas* decía que Francia merecía bien de sí misma y de Europa entera, habiendo su Gobierno dado una prueba de tan alto sentido diplomático que le valía un imperio colonial pagado en su precio más justo. *L'Aurore* estimaba que el acuerdo resultaba igualmente honroso para ambas naciones.

The Standard, de Londres, decía que ahora desaparecía la amenaza de una guerra, añadiendo que desde el principio había obrado Francia con admirable discreción.

En el Consejo de ministros celebrado en el Elíseo el día 3 de noviembre anunció el ministro de Negocios Extranjeros que el acuerdo con Alemania acerca de Marruecos acababa de ser firmado en Berlín por Mr. Cambon y Kinderlen.

El mismo día decía *Le Temps*: «El imperio francés del Norte de Africa es ya un hecho, y ante las miradas de Europa entera, la tercera República ha puesto remate a la empresa que comenzara Carlos XI. Se ha llegado al término de la obra en condiciones discutibles si se mira al pasado, pero muy satisfactorias si se mira al presente. Discutibles, porque la historia de nuestra política marroquí es sinuosa y contradictoria, pues en 1904 definimos un programa de acción directa; en 1905 sacrificamos este programa; en 1907 y 1911 hemos vuelto a él y hoy consentimos en dar a Alemania compensaciones como ayer las dimos a Italia, Inglaterra y España, cuando hubiera sido mucho más lógico y más expeditivo consentir en dicho sacrificio ya en 1904, evitando así a Francia y a Europa las repetidas alarmas que se han producido durante esos siete años. En este asunto la política francesa ha obedecido a la ley del menor esfuerzo y esto es una lección que hay que tener presente para el porvenir.»

La Liberté decía: «Al contemplar los resultados obtenidos se comprende hoy bien que la lentitud y dificultades que han hecho durar tanto las negociaciones franco-alemanas, no ha sido sino el resultado del error inicial por el que pretendía Alemania imponer las negociaciones como una consecuencia brutal del gesto de Agadir, y mientras Francia pareció resignada a sufrir indiferente semejante imposición, todo acuerdo era imposible, y, además, ni siquiera deseable. Y si finalmente se ha podido llegar a un acuerdo en condiciones aceptables, débese a que al fin el negociador alemán se ha encontrado con un negociador francés consciente, al menos de la voluntad nacional, ya que no igual a dicha voluntad.» (1).

La Prensa alemana recibió el tratado con Francia considerando como una derrota de su diplomacia y estimando que su nación era la que salía perdiendo. El *Correo de la Bolsa* decía que las garantías que daba Alemania en Marruecos eran bien manifiestas, pero que las que adquiriría en el Congo eran poco importantes. Que la diplomacia alemana no había hecho más que enemistarles con Inglaterra y aumentar la tirantez de relaciones. Que así había terminado el prestigio alemán con los islamitas. Que ningún partido alemán estaba satisfecho del acuerdo y que el único resultado positivo era dar ocasión al Reichs-

(1) En Apéndice núm. 7, se incluye íntegro el Tratado franco-alemán de que se habla.

tag para demostrar la convicción de la opinión alemana de que este estado de cosas debía cambiar y cambiaría forzosamente.

Otros periódicos alemanes no ocultaban su descontento, reconociendo, sin embargo, la tenacidad con que Kinderlen había defendido los intereses de su país en Marruecos.

El *Diario de Berlín* decía que los territorios que Alemania adquiriría en el Congo serían difíciles de defender y que las relaciones franco-alemanas habrían empeorado con estas negociaciones, siendo posible estallase una guerra europea por unos territorios despreciables.

Otros creían que el prestigio de Alemania había sufrido un golpe rudo, siendo preciso que los alemanes realizasen ahora algún acto del cual pudieran mostrarse más orgullosos que por éste.

La *Gaceta de Voss* decía que Francia cedía a Alemania 300,000 kilómetros cuadrados en el Congo y recibía 16,000 kilómetros cuadrados en el Camerón y el Togo, y añadía que a Alemania se la daba la «puerta abierta», pero que Francia se quedaba con Marruecos y el Sultán podía, desde luego, tomar el retiro.

El Correo opinaba que no eran compensaciones lo que se les había dado, sino una miserable propina, y que no les quedaba a los alemanes más recurso que aumentar sus armamentos para tiempos mejores y esperar empresas más gloriosas.

El *Diario Universal* era de parecer de que el único resultado positivo del acuerdo era el establecimiento del protectorado francés con la ayuda de Alemania, lo cual marca para la República francesa un aumento extraordinario de su fuerza y su prestigio.

El Gobierno alemán publicó un extenso comunicado explicando el envío de un buque a Agadir, que tuvo por objeto afianzar el derecho de Alemania a intervenir en Marruecos si Francia, faltando a lo estipulado en Algeciras, intervenía sola.

Insiste luego en las garantías que con el acuerdo obtiene Alemania, que son: libertad de comercio, puerta abierta siempre e igualdad económica, a cambio de desinterés político y consentimiento a todas las reformas interiores, judiciales, financieras, diplomáticas y consulares que Francia introduzca, siempre de acuerdo con el Sultán y las potencias signatarias de Algeciras. El Gobierno alemán considera también más interesante entenderse con diplomáticos franceses que con el Magzen respecto a sus derechos en Marruecos y de su esfera de influencia en el Banco Marroquí.

El acta de Algeciras continuará en vigor en lo referente a minas, beneficios de minerales y trabajos públicos. La explotación de grandes empresas industriales, como el Estado de Marruecos puede concederlas a un tercero, todas las naciones podrán hacer explotaciones agrícolas e industriales, construir y explotar ferrocarriles, y si ocurren litigios se solventarán entre un cónsul extranjero y un agente francés. Para asuntos indígenas el Magzen nombrará un árbitro hasta que otra jurisdicción haya reemplazado a la actual.

Respecto al Congo, dice más la nota del Gobierno francés.

Como compensación, Francia da a Alemania : en la parte del Atlántico, la ribera oriental de Bahía Honda, extendiéndose la frontera de los terrenos alemanes hacia la costa oriental de la bahía y hasta la desembocadura del Massolú, donde forma recodo en dirección a la Guinea Española ; corta después el río Irondo, cerca de su afluente el Oshua, siguiendo hacia el Norte de Vueso y dirigiéndose al Sur de Vueso, que en parte sigue francés, para llegar hasta Sangha, donde forma recodo hacia el Sudoeste del valle de Kandiko. Llega después hasta el Brokiba, sigue este río, sube nuevamente hasta Likouala y hasta la orilla derecha del Congo, que constituye la frontera en una longitud de seis a doce kilómetros hasta llegar a la corriente del Sangha.

Remonta la corriente del Sangha hasta Likouala, que sigue hasta Bohungo. Allí se extiende la frontera en una línea recta de Norte a Sur hasta Berangoko y en seguida oblicua con dirección al Bodinga, bajando hacia el valle de Lobaya. Continúa en dirección al Nordeste, llega hasta Farna y hasta Sogona oriental y Chari. Por su parte, Alemania cede a Francia una porción del Camerón, situada entre Chari al Este y Sogona al Oeste, al Norte de las actuales posesiones francesas.

Los dos gobiernos se conceden mutuamente derechos para la prolongación de los ferrocarriles en sus respectivos territorios, siendo de suma importancia, pues Alemania podrá prolongar el de Camerón hasta Ubanghi. Los dos gobiernos renuevan la prescripción del Acta de Berlín de 1885 relativa a libertad de comercio en Congo y afluentes. En caso de que fuese modificada la relación territorial respecto al Congo, los dos gobiernos entrarán en relaciones entre sí y con los signatarios del Acta de Berlín.

[En Inglaterra, la Prensa en general consideró que Francia había obtenido un gran triunfo diplomático, reconociendo gran talento a Cambon, que había obtenido para su país un imperio colonial, aun considerando que pagaba muy cara su libertad de

acción en Marruecos, y decía que España también podría lograr un acuerdo, aunque fuese a costa de algún sacrificio.

La Tribuna, de Roma, hacía notar que era la primera vez que dos potencias modifican la extensión de sus posesiones territoriales sin efusión de sangre, y se felicitaba porque el acuerdo demostraba que entre Francia y Alemania no existía el antagonismo que se creía.

En Alemania la idea general era que el acuerdo no cerraba de modo definitivo la cuestión marroquí. La *Gaceta Local* decía: «Si un día queda incumplido el acuerdo, no nos faltarían medios para hacer respetar nuestros derechos, pues al menos ya sabemos hoy a quién dirigirnos, y Francia sabe que hemos de hacerla responsable de la observancia de este tratado. Conscientes de nuestra fuerza, no hemos de vacilar en alargar a Francia nuestra mano en señal de la alegría que nos causa ver de nuevo asegurada la paz.»

El Correo de la Mañana: «Estamos donde estábamos, y es muy posible que dentro de algunos años nos podamos dar cuenta de que el nuevo tratado no ha disminuído las posibilidades de un conflicto entre Francia y Alemania.»

La *Gaceta de Voss* decía algo parecido, y el *Diario de Berlín*, radical avanzado, pensaba que Francia había logrado las ventajas del tratado porque la había apoyado la opinión y que acaso ellos hubieran salido mejor librados si los diplomáticos suyos hubieran hecho lo mismo.

El día 3 de noviembre comunicó el Gobierno de París el texto del tratado a todas las potencias signatarias del acta de Algeciras.



